

# EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL  
AÑO 2 NRO 15 MAYO 2017



AGUILAR QUINTERO ALDONATI ALFÉIZAR ANDALUZ QUEIROLO  
BRICEÑO ARMAS CAILLET BOIS DI LORENZO FEDERICI GÓMEZ D  
GONZÁLEZ MAGGIANI GOÑI CAPURRO LATTANO LERNER MANCEDA  
MARCHESKY MARTINEZ VENTURA MATERAZZI MORALES MORZILLI  
OLASAGASTI OLIER ARENAS PÉREZ PRADO SAONA ROB UTOPIAS  
SA SALCOVSKY SALDIVAR ROSAS TORTOSA UBILLÚS CELI  
VALENCIA VELAZQUEZ BAÑUELOS VICTORIANO VILLALOBOS ZAS

# EL NARRATORIO

# EL NARRATORIO

## ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL

AÑO 2 NRO 15 - MAYO 2017

EDICIÓN Y DISEÑO DE TAPA:  
**RENATE MÖRDER**

IMÁGENES:  
**PIXABAY**

**COPYRIGHT:**  
EL COPYRIGHT DE LOS CUENTOS PUBLICADOS PERTENECE A  
SUS AUTORES. QUIENES RESPONDEN ACERCA DE LA AUTORÍA Y  
ORIGINALIDAD DE LOS MISMOS.

**BAJO LICENCIA CREATIVE COMMONS ATRIBUCIÓN-  
NOCOMERCIAL-  
SINDERIVAR 4.0 INTERNACIONAL**



DIRECTOR Y PROPIETARIO:  
**FEDERICO MARONGIU**

PROPIEDAD INTELECTUAL:  
**Nº DE REGISTRO 5.319.848**

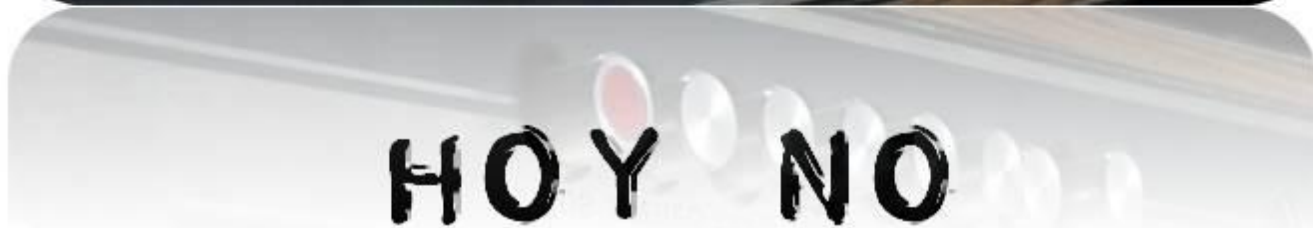
EN LA WEB:  
**WWW.ISSUU.COM/ELNARRATORIO**  
**WWW.ELNARRATORIO.BLOGSPOT.COM**

E-MAIL:  
**ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM**  
**ELNARRATORIODIGITAL@GMAIL.COM**

## ÍNDICE

<u>HOY NO TRANSMITE LA RADIO REBELDE LUCIANO ANDRÉS</u>	
<u>VALENCIA</u>	5
<u>BAJO LA CAMA EZEQUIEL OLASAGASTI</u>	9
<u>FLOR MARCHITA LEÓN SALCOVSKY</u>	11
<u>LA OTRA YOLANDA SA</u>	14
<u>¡ATRAPADO! JUAN PABLO GOÑI CAPURRO</u>	19
<u>VISITACIÓN RAÚL ARIEL VICTORIANO</u>	23
<u>EL TREN VOLVIÓ A PARTIR NANCY AGUILAR QUINTERO</u>	28
<u>NUESTRO TREN LUZ OLIER ARENAS</u>	34
<u>AL BORDE DEL PUENTE GIANCARLO ANDALUZ QUEIROLO</u>	37
<u>BRINDIS PARA DOS ÁLVARO MORALES</u>	41
<u>LA TÍA EULALIA MÓNICA MARCHESKY</u>	43
<u>VIDA, VICIO, CIUDAD ROBERTO PÉREZ</u>	49
<u>PRIMER PUESTO CORINA VANDA MATERAZZI</u>	51
<u>NADA ES MÁS BELLO ANA MARÍA MANCEDA</u>	54
<u>RETIRO ESPIRITUAL INUEL LATTANO</u>	57
<u>LA CASA FRENTE AL RÍO LUCAS G. ALDONATI</u>	60
<u>EL JARDÍN DE LA ABUELITA ANA ALINA TORTOSA</u>	64
<u>UN BASTARDO EN EL DESIERTO ESTEBAN PRADO SAONA</u>	67
<u>AMOR DE MADRE GIANCARLO UBILLÚS CELI</u>	73
<u>EL CASO DEL MANUSCRITO CERVANTINO PARTE II LA SOLUCIÓN</u>	CARLOS M. FEDERICI 77
<u>UN MENSAJE DE FE JUAN A. GONZÁLEZ MAGGIANI</u>	83
<u>LA SALVACIÓN CARLOS ENRIQUE SALDIVAR ROSAS</u>	87
<u>EL GOL DEL TATA RAMÓN MARTÍNEZ VENTURA</u>	93
<u>LA NOCHE Y LA LUNA DENI MORZILLI</u>	96
<u>EL CARNAVAL DE MI PUEBLO ADA INÉS LERNER</u>	98
<u>LUNA, LUNITA JOSE R. VILLALOBOS</u>	100
<u>DESDE LA VENTANA ROLANDO JOSÉ DI LORENZO</u>	106
<u>PALABRAS AL VACIO DEL PAPEL EN BLANCO CARLOS A. GÓMEZ D.</u>	110
<u>MÍSERIA ELVIRA MARÍA ISABEL BRICEÑO ARMAS</u>	113
<u>LA CABAÑA DE LA QUEBRADA DE LA CIEGA ROB_UTOPIÁS</u>	118
<u>VESTIDO NEGRO URIEL VELÁZQUEZ BAÑUELOS</u>	122
<u>CIERTO ATRACTIVO AGREGADO ZANDRO ZÁS</u>	128
<u>EL NOMBRE ALFÉIZAR</u>	134
<u>LA GOTA ANA MARÍA CAILLET BOIS</u>	137





LUCIANO ANDRÉS  
VALENCIA

# VALENCIA

**E**l Coronel Domingo Monterrosa giraba el dial de su transmisor de onda corta, sin obtener el resultado esperado. Había intentado durante todo el día localizar la frecuencia de Radio Venceremos, el órgano de difusión del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN). Aquello era extraño ya que en todos los años que llevaban de Guerra Civil en El Salvador, no habían dejado de transmitir un solo día. El equipo de radio era lo primero que los guerrilleros llevaban consigo cuando debían huir de los ataques del Ejército.

Ya estaba por caer la noche. Desde su oficina instalada en un cuartel improvisado en la Selva salvadoreña, el coronel continuaba con su empeño por encontrar la frecuencia de la radio rebelde. A pocos metros, un subordinado limpiaba un rifle.

—Esto es muy extraño —dijo Monterrosa— espero que no estén tramando algo.

—A lo mejor nuestros hombres dieron con el transmisor —le respondió el soldado—. Hace unos días estuvieron muy cerca de capturar a los guerrilleros, y desde entonces los vienen siguiendo.

—Eso es muy probable. Fue un acierto instalar este cuartel en la Selva. Desde aquí puedo controlar personalmente todas las Operaciones.

Monterrosa escuchaba diariamente la frecuencia de la Radio Venceremos, tratando de seguir los movimientos del FMLN. Se había propuesto acabar con ella desde los acontecimientos de El Mozote, cuando lo convirtieron en blanco de sus ataques.

El 11 de diciembre de 1981 el Batallón Atlacatl, comandado por el coronel Domingo Monterrosa, arribó al poblado campesino de El Mozote, de 200 habitantes. Venían de perseguir guerrilleros y decidieron tomarlo ante la sospecha de que se ocultaban ahí.

—Los pobladores se declaran neutrales en el conflicto, señor— le dijo uno de sus soldados, encargado de contactar con los pobladores.

—No hay que creer en palabras de civiles —le respondió el coronel Monterrosa—. Registren cada una de las viviendas y torturen todo lo necesario para obtener información.

Durante horas los soldados cumplieron con la orden. Cayendo la tarde, Monterrosa pidió un informe de los resultados obtenidos.

—Señor, no hemos podido obtener ninguna información de utilidad acerca del paradero de los guerrilleros —le informó otro de sus soldados—. Hemos torturado a los hombres delante de sus familias. Incluso hemos llegado a golpear a los niños y amenazado con violar a las mujeres, sin conseguir que nos dijeran algo al respecto.

—Si los civiles se niegan a hablar —dijo el coronel—, es porque colaboran con la guerrilla y debemos tomar represalias contra ellos.

Todos los habitantes fueron sacados de sus viviendas y llevados al centro del poblado. A los hombres y las mujeres se los formó en filas, mientras que los niños y los ancianos fueron colocados en un círculo rodeado por soldados.

Entre golpes y amenazas, arrojaron a los hombres y las mujeres al suelo y comenzaron a dispararles. Algunos intentaron resistir, pero fueron acribillados. Cuando no quedaban sobrevivientes entre la población adulta, uno de los soldados preguntó señalando a los niños y los ancianos:

—¿Qué hacemos con ellos, Señor?

A lo que Monterrosa respondió:

—No malgasten mas balas ya que no pueden ofrecer ninguna resistencia. Limítense a degollarlos.

Al ver que algunos de sus hombres dudaban en cumplir la orden, el coronel extrajo un revolver y apuntado a uno de ellos dijo:

—Al que se niegue a cumplir la orden, lo mataré personalmente.

El coronel se alejó del lugar mientras se continuaba la matanza porque los gritos de dolor de los niños que clamaban por sus madres, le provocaban jaqueca.

Por último, ordenó que fueran quemadas las viviendas para acabar con cualquier sobreviviente que permaneciera escondido en ellas.

Con El Mozote reducido a cenizas, el Ejército Salvadoreño continuó con su acción “pacificadora”, como gustan decir en la jerga militar, en los poblados vecinos.

Durante semanas nadie habló de la masacre. Hasta que Radio Venceremos comenzó a dar noticias al respecto, señalando al coronel Monterrosa como el culpable sobre el que debía caer la “justicia revolucionaria”.

Habían pasado tres años desde aquellos acontecimientos, y desde entonces Monterrosa no había dejado pasar un solo día sin escuchar la radio rebelde a fin de dar con su ubicación. Ponerle fin a su transmisión se había convertido en una obsesión y en el objetivo fundamental de su guerra.

Pero ya habían pasado dos días sin que se escuchara su transmisión y el coronel comenzaba a inquietarse.

Hacia el final del segundo día un joven oficial le trajo la buena noticia. Una Brigada había atacado un campamento guerrillero en la selva. Los combatientes revolucionarios se dieron a la fuga, dejando abandonado el equipo desde el cual transmitían la Radio

Venceremos.

El coronel felicitó a los hombres por la excelente misión, y esa noche celebró el fin de las transmisiones por parte del FMLN.

Al día siguiente, un helicóptero de la Guerra de Vietnam, regalo de los Estados Unidos para la lucha contrainsurgente, aterrizó en la base para trasladarlo a su siguiente destino. Monterrosa cargó el equipo de radio en la nave y se acomodó en el asiento contiguo. No quería perder de vista ni por un momento su trofeo de guerra.

Mirando sonriente a los pilotos, conocedores de la noticia, les dijo:

—Ya no va a transmitir la radio rebelde.

Fueron sus últimas palabras. A los pocos minutos de remontar el vuelo el helicóptero voló en pedazos causando la muerte de todos sus ocupantes. Un estupor invadió a todos los soldados que presenciaron la explosión desde la base, ya que no podían explicarse lo sucedido.

Horas después la Radio Venceremos salía al aire nuevamente dando detalles de la impactante noticia:

“En el día de hoy hemos dado muerte al temible coronel Domingo Monterrosa, autor y responsable de la tortura y el asesinato de cientos de campesinos de los poblados de El Mozote, La Joya, La Ranchería y Los Toriles, en la provincia de Morazán. Para tal fin hemos escondido un artefacto explosivo dentro de un transmisor de radio estratégicamente abandonado en el campo de batalla, que hicimos detonar a control remoto cuando supimos que estaba en manos del coronel. Esto representa un paso de gran importancia en el camino hacia el triunfo revolucionario que llevará a la liberación de nuestra Patria. ¡Hasta la Victoria Siempre! ¡Venceremos!”.

**LUCIANO ANDRÉS VALENCIA**

Argentina

Google +: <https://plus.google.com/u/0/114773697260851717480>





**BAJO LA CAMA**

**EZEQUIEL**

**OLASAGASTI**

**N**o puedo dormir, sé que hay algo bajo mi cama que quiere atraparme y hacerme daño. Ya grité muchas veces pero nadie me hace caso, o no parece importarles. Recuerdo que antes, cuando le decía a Mamá que había algo bajo mi cama, ella venía como un rayo a mirar y así dejarme más tranquilo. Incluso revisaba el placard y dejaba la puerta abierta para que entrara la luz del pasillo (algo que espantaba a cualquier monstruo que pudiera rondar mi cuarto).

Extraño a Mamá. Me duele su ausencia; y la gente de aquí es claro que no va a venir a atenderme, porque no les importa. No van a mirar bajo mi cama para notar el terrible peligro que me ronda. Saben que es verdad, conocen lo que está debajo de mí y hasta lo que planea hacerme, pero no harán nada al respecto. Según ellos tengo que arreglármelas solo.

Puedo sentirlo ahí abajo moviéndose, haciendo pequeños chasquidos cada vez que me espía. Si presto mucha atención puedo oír incluso su respiración. Está esperando que me atrape el sueño para apoyar sus garras, primero sobre el colchón, luego sobre mi pecho; o no, más bien sobre la boca para que no grite. Incluso si gritara, seguro a nadie de aquí le importaría. Lo que espera bajo la cama podría matarme y a ninguna persona le movería un pelo.

Me gustaría que estuviese Mamá. Le pediría perdón por las cosas malas que hice, por ser un mal pibe, alguien terrible. Ella entendería. Le explicaría que no importa lo malo que pueda ser uno, ni los peores de los peores merecen este padecimiento que vivo ahora. Sentir cada segundo pasar en la noche con los ojos abiertos, compartiendo espacio con lo que en cualquier momento va a matarte. Tal vez lo peor es eso, saber que vas a morir y no saber cuándo. Podría ser al final de este último pensamiento. Seguramente será tiempo después de que apaguen las luces. Apagan todas al mismo tiempo y sin compasión. A veces ruego que la luz de la luna penetre profunda por la ventana, es lo más cerca que puedo estar de aquella puerta abierta que dejaba Mamá para que entrara la luz del pasillo. Sigo sintiendo los mismos crujidos bajo mi colchón que indican que se está moviendo, siento su respiración de nuevo y cómo desenfunda sus garras y sus puñales.

Esta es mi última noche. No creo estar dormido para cuando surja de abajo de mi cama. Tal vez este es el momento, ya que el último guardia acaba de irse. Y todas nuestras celdas ya están cerradas.

**EZEQUIEL OLASAGASTI**

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/p1cka>



# FLOR MARCHITA

## LEÓN SALCOVSKY

**F**lorencia abrió la ventana temprano esa mañana. Una vez más, el viento le obsequió ese aroma primitivo y penetrante de campo abierto, de arboledas frondosas y danzantes, pastos de colores claros y oscuros que colmaban de goce su alma. La casita en el campo que su abuela en vida le había regalado, era su más preciado tesoro. El lugar donde regresaba cada vez que su trabajo de docente en la ciudad se lo permitía. Esta vez podía estar cuatro días por el feriado largo. Tres meses hacía ya que no volvía por ahí. Lo primero que buscó al llegar, tras estacionar el auto y guardar el celular en un cajón, fue a sus perros: Luis, Diego y Benito, que rápidamente aparecieron con ladridos de bienvenida. Entró a la casa. El olor a madera vieja y los pocos objetos arrinconados parecían más abandonados esta vez. Nadie se ocupaba de la morada hasta que Flor volvía. No hace falta que alguien cuide, pensaba ella. Los vecinos seguían siendo distantes, y a los más cercanos los veía siempre de lejos, trabajando en sus terrenos, o al pasar con su vehículo cuando iba a la casita. Pocas veces saludaban.

Hacía calor, la lluvia seguía ausente y en ese cielo seco solo se escuchaban los ruidos del viento. El arroyo estaba a dos, tres kilómetros a pie y Florencia dispuso ir a bañarse en sus aguas mansas. También de camino quería averiguar si alguien más vivía por ahí. En el trayecto no vio ni escuchó a nadie. Llegó. Dejó su vestido floreado en las piedras, bajó unos escalones de tierra y musgos. Sintió la frescura del agua cristalina, destellante, y caminando por su lecho se acomodó en un recodo, respirando hondo, cerrando los ojos, relajando su cuerpo. Fue entonces que irrumpieron en su memoria imágenes de momentos con su ex novio, recuerdos de ardientes caricias, jadeantes susurros, dejándose llevar hacia el confín de esas fantasías que provocaron irrefrenables presiones de los dedos entre sus piernas. Quebró con sus gemidos el silencio de la tarde.

Volvió en sí. Alzó la vista, buscó el vestido. Este colgaba de la mano de un desconocido. Parecía un trabajador de la zona. Apoyado en un tronco muerto, la miraba fijamente desde unos seis metros de la orilla. Quién sabe hacía cuánto tiempo que estaba ahí, mirando. Florencia amablemente le pidió el atuendo, a lo que el hombre sonriendo y disculpándose se lo acercó, buscando con la mirada, sin disimular, sus pechos. La mujer esperó nerviosa que se alejara. Pasaron unos segundos y, como interpretando el semblante de Flor, el tipo dio media vuelta y se perdió entre la malezas altas del lugar. Florencia salió presurosa del agua, empapada se puso la prenda y más asustada aún comenzó a buscar el camino de regreso a su casa. El viento empujaba más fuerte los restos de cortezas y tierra suelta que la falta de humedad provocaba. Caminó un trecho y desesperada asumió que se había perdido. Gritó el nombre de sus perros. Varias veces, casi llorando. Esperó,

dudando seguir o quedarse ahí. Al cabo escuchó un ladrido. Era de Luis o tal vez Benito. Antes de poder gritar nuevamente la estremeció el estruendo de un disparo. Sus ojos buscaron ver más allá de la maleza molesta, por lo alta y densa. Expectante vio que algo se movía. De la nada surgió como un suspiro el mismo hombre. Arremetió hacia ella. Sus ojos oscuros clavados en los de Flor. La mujer trató de huir hacia donde fuera. Los árboles parecían juntarse cruelmente para cerrarle el camino. La tierra seca envolvía sus sandalias hasta convertirlas en superficies deformes y pesadas. Gritaba, corría sin mirar atrás. El campo, eterno e infinito se la iba tragando. Los caminos no llevaban a ningún lado, Florencia se perdía entre los cardales espinosos e hirientes y los arbustos descoloridos, desprolijos, que formaban un laberinto desesperante. El aire caliente y pesado le iba quitando aliento, despojándola de su energía. Miró al cielo, cayó de rodillas, él la alcanzó.

El viento, con su alboroto inarticulado, se llevó los gritos de Florencia pidiendo piedad, en esa calurosa tarde de siesta campestre.

**LEÓN SALCOVSKY**

Argentina

Google+ : [León Salcovsky](#)





# LA OTRA

## YOLANDA SA

**M**iré la hora en el extremo inferior derecho de la pantalla: 18:27.  
—Finalizó mi jornada laboral, pensé. No quedaban facturas pendientes. Cerré el programa comercial y apagué la computadora. Salí al exterior, la tarde comenzaba su retiro, respiré el aire fresco, me sentía bien. Caminé hasta la Estación Perú. Bajé las escaleras que me llevaban a la plataforma de acceso al subterráneo. Subí a la formación, muchos éramos los que volvíamos a casa. En la cuarta parada un grupo considerable descendió y pude acercarme a la zona de los asientos, recorrí con la vista los rostros extraños y quedé sorprendida y contenta a la vez.

—¿Victoria, qué haces acá? le pregunté a una joven sentada, que miraba distraída por la ventanilla.

La joven se volvió y me miró extrañada: “Disculpe señora, pero no la conozco, debe confundirme con otra persona”, me dijo.

—Sí, es que... sí, debo estar confundida, le contesté. La observé de reojo, la ropa que vestía no me era familiar, el cabello lo llevaba más corto, pero lo demás... La mente me mostró una imagen que deseché enseguida.

Cuando vi que se dispuso a descender, en la Estación Río de Janeiro, un impulso inesperado se apoderó de mí, la seguí; otra vez la escalera mecánica descompuesta, escaleras de cemento: ni me di cuenta. En un momento dado un grupo de muchachos irrumpió en dirección contraria, voceando consignas del club de sus amores y otras necedades, quedé inmovilizada hasta que bajó la tromba. Apuré el paso para no perderla entre el gentío que se volcaba a la calle, pero fue inútil, no quedaba rastro de ella. Me sentí como un chico al que le quitan un juguete.

Una vez en casa, no quise tocar el tema, dirían que estaba alucinando. Mi hija vivía cerca, tenía que verla.

—Abuela, me recibió mi nieta, hoy aprendí las... las vocales. La besé y abracé, pero seguía en mi mundo.

—Hola Victoria, ¿Todo bien hoy? ¿Hace mucho que llegaste? ¿Volviste en auto con tu compañera de trabajo? le pregunté.

—Si mamá, todo bien, igual que siempre, me contestó ella. Hablamos de trivialidades y volví a casa. Esa noche me dormí a la madrugada. Me asaltaban imágenes, conversaciones lejanas, sentimientos que desconocía: estaba eufórica y a la vez aterrada. Tenía que descartar o confirmar.

Al día siguiente dejé la oficina quince minutos antes, bajé en la misma estación y esperé en la boca de salida a nivel de la vereda. Llevaba anteojos oscuros con los que me

imaginaba ser invisible. Al rato la divisé, mi corazón empezó a latir con ritmo acelerado. La seguí hasta un edificio de departamentos muy alto, de unos diez pisos; el portero estaba en la vereda conversando con un vecino.

—Estoy de suerte, pensé y acercándome a él le dije: “Buenas tardes, necesito localizar a la madre de la joven que recién entró, soy una amiga de la secundaria y quiero darle una sorpresa”.

Me miró de arriba abajo, mi figura vestida con cierta elegancia, mi edad, mi seguridad y su innata disposición para los chismes obró a mi favor, no se privó de darme información de más.

—La madre de Sofía suele regresar alrededor de las veinte horas. Sofía no vive aquí, pero como el padre está en un Congreso... agregó. Las mujeres siempre tienen cosas de que hablar.

—Yo hace varios años que no veo a la madre, ¿por qué no me la describe un poco?, voy a esperarla, proseguí ¿Sigue usando el pelo corto? añadí para reforzar mi historia.

Entré a una confitería, situada a unos metros del edificio en cuestión. Pedí un café doble, faltaba casi una hora para las veinte, saqué la agenda y anoté la dirección y sin querer el nombre: Sofía. Comenzaron a caer por mis mejillas lágrimas tibias y así, en ese estado, dejé que pasaran por mi mente los recuerdos de treinta años atrás, de la madrugada donde comencé mi trabajo de parto. Estaba aturdida, me habían suministrado una medicación para paliar los dolores. Escuché: “Señora tiene una hermosa hija”, me emocioné porque hasta el momento no sabía el sexo. “Pero viene otro en camino, un esfuerzo más”. El comentario me dejó en shock, en ningún momento durante el embarazo se habló de esa posibilidad, la ecografía no existía. Lo único que recuerdo fue mi preocupación porque no tenía preparado un segundo nombre, fuera otra nena o varón; y fue otra nena.

Al rato volvió el médico y me dijo que había parido gemelas, pero la segunda no sobrevivió. Todo era un caos en mi cabeza, como no la esperaba, no reclamé verla. Me dediqué con toda mi energía a la beba viva.

El encuentro con Sofía me devolvió a ese pasado que borré parcialmente. Pagué la cuenta y salí. El aire fresco me despejó y secó mis lágrimas.

De un taxi bajó una mujer, la alcancé antes de que subiera hasta su departamento.

—Señora ¿Usted es la madre de Sofía? Por favor necesito hablar de ella. Es muy importante.

Me miró sorprendida. Me di cuenta de que no iba a conseguir nada si no actuaba rápido. Saqué una foto reciente de Victoria y se la mostré.

—Es mi hija, ¿Qué pasa con ella? preguntó de mal modo.

—No, es mi hija, y de eso quiero que hablemos, le contesté.

—No entiendo nada, no sé quién es usted, déjeme en paz, dio media vuelta y se dispuso a abordar el ascensor.

—Sofía es adoptada, ¿no es cierto? le grité con desesperación.

La mujer se paró en seco, volvió a enfrentarme y me señaló un par de sillones acomodados en la recepción.

—Mi marido es obstetra. La madre de Sofía murió y no hubo familiares que la reclamasen. Me la trajo, haciendo una obra de bien. La criamos, pagamos sus estudios, la amamos como a la hija que no podríamos tener. Esa es mi historia, ¿cuál es la suya?, terminó, alterada.

Yo le conté mis recuerdos y el encuentro reciente. Ella había palidecido, abría y cerraba los puños.

—No puede ser, no pudo ser tan canalla para contentarme así.

—Hagamos un ADN, consígame un cabello, me apresuré a decir, notando su inseguridad.

—No, le creo, los hechos concuerdan con mis recuerdos. Pero Sofía no se puede enterar. La imagen de mi marido, quedaría destruida. Él tiene mucho trabajo, quedaríamos en la calle.

—¿Y yo? Sabiendo que es mi hija, no la puedo abrazar, integrar a mi familia. Tiene un padre y una hermana biológica. ¿Qué hago con mi angustia, con mi deseo de que lo sepa?

—Deme un tiempo, una semana. Lo voy a hablar con mi marido. Vamos a encontrar una salida.

Viajaron a España, pusieron en venta el departamento. No los vi por diez años. Me acostumbré. En casa no sabían nada. Un abogado me dijo que era difícil probarlo, sin la presencia física de los involucrados. Ni siquiera conocía el apellido del médico. Cuando busqué los registros en el Hospital, figuraba una partera y un médico de guardia, presentes en el parto. A pesar de eso, la denuncia estaba asentada.

Una mañana, me encontré en las noticias del diario digital, la participación de la muerte de un reconocido obstetra. Sus últimos años había trabajado en España.

Comencé a transpirar, tomé un caramelo, mientras iba a servirme un café. Sabía

que era él. Daban una dirección de velatorio. Solo trabajaba dos veces por semana en esa época y esa mañana estaba en casa. Me vestí con mi traje azul, medias, tacones y un pequeño pañuelo de estridente rosa, que no dejé muy a la vista, pero simbolizaba mi hija perdida. Ubiqué al abogado y le pasé la dirección.

Las personas entraban y salían del salón. Me acerqué para conocer al canalla. Las mujeres que me importaban no estaban. En un grupo pregunté por Sofía. Alguien comentó que todavía no había llegado. Respiré con alivio. No estaba equivocada.

Me puse a hojear una revista. El abogado estaba cerca. Al anochecer llegaron las dos juntas. Solo tuve ojos para Sofía, estaba delgada y triste, pero sus gestos eran los de Victoria. Nos cruzamos las miradas un instante y fue para siempre.

**YOLANDA SA**

Argentina

Facebook: [Yolanda SA](#)





**¡ ATRAPADO !**

**JUAN PABLO GOÑI  
CAPURRO**

**S**e ubicó en las cercanías de los probadores, dispuesto a capturar a la ladrona. Hasta entonces había deambulado por las diferentes secciones, atento a cualquier actitud que escapara del comportamiento normal de un cliente; bastó con ello para descartarlos, por la mañana el movimiento era escaso. En la reunión con el gerente habían llegado a dos conclusiones: los hurtos se producían cerca de la hora de cierre, cuando estaban todos apurados y se relajaba el control. Y, segundo, el punto crucial eran los probadores. La intimidación los privaba de cualquier tipo de intromisión, allí la malviviente podía quitar los precintos de seguridad y esconder las ropas que robaba bajo las que vestía. Evitando la alarma, le bastaba con salir con las prendas robadas dentro de las propias. O dentro de la bolsa de las compras, si compraba algún producto para disimular.

La advertencia de Ercilla había sido categórica; o descubrían a la mechera esa semana, o se buscaban otro trabajo. El gerente no era de dar vueltas a los asuntos, en los tres empleados del salón dejó la responsabilidad de hallar a la culpable. Marisa se había instalado cerca de las cajas, Esteban continuaba alrededor de las prendas más caras. Ruiz los dejó hacer, seguro de atrapar a quien se burlaba de “Casa Mil”. Desde su puesto, identificaría a los sospechosos que ingresaran al probador. Estudiaría sus siluetas, buscando cambios entre la entrada y el egreso. Sospechaba de Elena, ¿a quién se le ocurría poner a una morocha a cargo de un puesto tan importante como el probador? Ella debía controlar la cantidad de prendas que ingresaban y salían, era posible que estuviera confabulada con la mechera. Vivía en un barrio que era una cueva de maleantes; su rostro aindiado era para Ruiz la prueba más categórica de su poca inclinación al trabajo.

Así se venían abajo las grandes tiendas, tomando empleados sin categoría que ahuyentaban a los buenos clientes; de continuar, parecerían una tienda para pobres. La miró; su físico explicaba el por qué de su contratación, el gerente era de afuera, su familia se había quedado en Mar del Plata, suficiente para Ruiz. Dejó de pensar en ella. El inventario de la semana anterior había arrojado la pérdida de cincuenta prendas, número importante para esa sucursal. Tampoco la cadena se fundiría. “Es una cuestión de honor”, había dicho el gerente, “todas nuestras hojas de trabajo quedarán marcadas si no descubrimos al culpable”. ¿De dónde salían estos gerentes?, ¿el culpable? Contó ochenta y tres mujeres, y cuatro hombres en el salón, las posibilidades que fuera varón eran mínimas. Un bulto prominente acercándose al probador hizo sonar sus alarmas.

La mujer era muy ancha y usaba ropa suelta. Traía cuatro prendas, el máximo que permitían probar de una vez. Baja y muy oscura, quizá fuera vecina de Elena. Sus zapatos

estaban gastados. La mujer se volvió, tenía una cicatriz en la mejilla. Ruiz se decepcionó, esa cara era inolvidable; no había estado antes en la tienda. Maldijo y giró para volver a su puesto, chocando con una señora. Le pidió disculpas, casi de rodillas. Era una clienta habitual, de unos cincuenta años, modales finos y físico esbelto. La mujer avanzó al probador con dos prendas, dejando estela de perfume caro a su paso. ¿Por qué no serían todas así? Esas eran las damas que gustaba atender, las que lo hacían sentir en una tienda de categoría. La olvidó en cuanto vio a un joven morocho, de pelo enrulado.

El muchacho, de espesas cejas y zapatillas agujereadas, llevaba en su mano un pantalón de jean. Ruiz no le quitó el ojo; estaba husmeando en la sección damas. Con un movimiento fugaz, colocó un vestido bajo el pantalón. El alerta pasó a rojo; había más que un vestido bajo el jean. El muchacho pasó al probador. Ruiz trató de recordar si lo había visto antes; se rindió, los negros eran todos iguales para él. Tenía al ladrón. ¿Amante de Elena? Ya lo verían cuando lo atraparan y lo hicieran confesar. Ruiz fue por el gerente; había salido. Retornó apresurado; no se cruzó con el joven, aún estaba en el probador; “nadie demora tanto en salir, tengo al culpable”.

El joven salió casi a las doce, detrás de la dama del perfume, que lucía unos aros dorados en juego con la hebilla de sus zapatos. Ruiz lo siguió, ¿lo detenía antes de pasar por la caja? No, aún no estaría el robo consumado. Tampoco dentro de la tienda, debería esperar que atravesara las alarmas y apresarlo en la vereda. Aceleró sus pasos y se ubicó junto a la salida. Saludó a su clienta favorita, que le ocultó la vista del morocho. Dudó un instante. Las alarmas sonaron. Ruiz corrió y tomó de brazo al joven, que había quedado detenido cuando oyó la sirena acusatoria. Al igual que la mujer, pálida de muerte.

Ruiz se apresuró en pedir disculpas a la dama y decirle que marchara en paz. “Hemos atrapado al ladrón”, gritó. Se formó un círculo, entre clientes y empleados. “Veamos que tiene”. De la bolsa sacó un jean, anotado en el ticket. Luego mostró las demás prendas; una falda, una blusa, dos corpiños y tres bombachas. El joven, rojo. Los curiosos murmuraban y reían. El gerente llegó en plena acción. Ruiz terminó de sacar prendas; cada una había sido pagada en caja. Aun así, lo llevó al probador para desnudarlo; vestía una bombacha negra, de una marca que no comercializaban en la tienda.

El humillado fue Ruiz, al presentarle sus disculpas. Y el despedido; no solo habían vuelto a robar, la compañía enfrentaba una demanda por daño moral, violación a la intimidad y otros etcéteras. Tras mucho esfuerzo, consiguió conchabo en la construcción de una ruta. El gerente fue trasladado. La mujer rubia continúa comprando en la tienda.

Los robos mantienen su promedio, renovado todo el personal. Solo han aumentado los pedidos de disculpas hacia varios clientes obligados a mostrar sus bolsas antes de salir. Curioso, todos de piel cetrina, habitantes de barrios lejanos al centro de la ciudad.

**JUAN PABLO GOÑI CAPURRO**

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/juanpablo.gonicapurro>

Blog: <http://juanpablogoicapurro.blogspot.com/>



# VISITACIÓN

RAÚL ARIEL

VICTORIANO



**E**zequiel Cáceres, el vendedor ambulante más avezado que trajinaba en el sistema ferroviario, en esta zona perdida en los mapas argentinos, conocía todos los pueblos esparcidos en la aridez del páramo, en la provincia de Catamarca. Sin embargo, hoy, todavía, no había realizado ninguna venta.

Una vez que se detuvo el tren, subió, dejó su valija de cartón en el piso y, levantó la mano izquierda para tomarse de la anilla, a fin de mantener el equilibrio sobre sus piernas. A pesar de que tenía el palo en la otra pudo tironear el cinto hacia arriba, un movimiento involuntario que no cumplía el objetivo de evitar el desgaste, ya que las botamangas del viejo pantalón verde claro estaban deshilachadas por el paso del tiempo. Cuando se cerró la puerta comenzó su discurso.

—Buenas tardes señores pasajeros, sepan disculpar la molestia...

Abrió grande la boca para que le saliese clara y fuerte la voz ronca; mantuvo esbelta la espalda y firme el cuello fijando la vista hacia el fondo del vagón, para que su sonido sobresaliera por encima del ruido del choque de ruedas y rieles, que se colaba desde afuera, junto con el polvo y el calor extenuante del verano, a través de las ventanillas abiertas.

Había solo dos pasajeros. La anciana Visitación estaba sentada en el primer asiento. Tenía apretada contra su pecho, y descansando sobre la falda del vestido de colores gastados, una bolsa de manijas de plástico que sujetaba con sus manos nudosas. Al lado, sobre el piso traía la jaula con la gallina. Anoche un zorro se le había metido en el gallinero y le había matado a la bataraza. Su hija, que vivía en el pueblo de al lado, le había regalado una. Visitación había ido a buscarla hoy con el tren y ya estaba de regreso a su casa.

Miraba fijo, prestando atención al hombre, con sus ojos negros engastados en su rostro oscuro y arrugado. Se acomodó mejor el sombrero de paja para observar el movimiento de los labios y entender mejor el discurso.

—Directamente de la Aduana vengo a ofrecerles en esta ocasión este útil palo para la dama o el caballero, el mejor del mercado para obtener las mejores selfis con el celular para delicia de la familia...

El segundo pasajero, de traje fuera de época y zapatos negros, venía cabeceando sus sueños. Había comenzado a beber desde temprano, y, ahora, viajando a casa de sus parientes, le había ganado la modorra. Su cabeza golpeaba, a cada barquinazo del tren, contra el asiento de madera, agitando los cabellos desordenados sobre el rostro, con cada sacudida.

—Este práctico instrumento lo están abonando en los comercios del ramo a no menos de 300 pesos. En esta ocasión, yo, Ezequiel Cáceres —y esto lo dijo con notorio orgullo—, se lo vengo a ofrecer, no a 200 pesos, tampoco a 100 pesos, se lo vengo a regalar...

Visitación ni siquiera pestañeó, pero cuando escuchó “regalar”, sin querer giró levemente su cabeza, movida por el interés, como para escuchar mejor.

—...por la módica suma de solamente cinco pesitos, así como lo escuchan damas y caballeros, cinco pesitos.

El hombre hizo una pausa para secarse la transpiración de la frente con un pañuelo grande y arrugado. La anciana le sostenía la mirada sin cambiar de posición.

—Y ahora, con el permiso de todos ustedes voy a pasar asiento por asiento...

Ezequiel se alisó un poco la camisa roja arremangada hasta los codos antes de comenzar a transitar por el pasillo con sus alpargatas nuevas mostrando la mercadería. Solo llevaba un palo, los demás los tenía en la valija que había dejado en el piso, en el sitio en dónde había estado voceando las bondades del precio.

—Señora, señor, cualquier duda, cualquier consulta, no tiene más que preguntar, un hermoso producto para regalar, práctico para el hogar, multiuso, a ver quién lo solicita por acá...

Cuando Visitación escuchó la palabra “multiuso”, pensó en el rancho, en todas las cosas que le faltaban, ni lavarropas tenía la pobre, televisor menos. Tal vez este aparato lo pudiera usar en la cocina, para remover los carbones sin quemarse los dedos y sin que las chispas le estropeen el único vestido. O tal vez como antena para sintonizar mejor la radio. Se le ocurrieron un montón de aplicaciones para el dispositivo.

Cáceres ya estaba de vuelta en su lugar. El tren de dos vagones en el que estaban viajando, había partido de Cebollar, y estaba llegando al próximo pueblo. Cabeceaba un poco más porque estaba haciendo el recorrido sinuoso, obligado por los rieles, antes de entrar en la estación de Chumbicha, en pleno valle de la polvorienta provincia de Catamarca. Lejos de todo.

—Alguien más por aquí que quiera aprovechar... —dijo, cuando pasó al lado de la anciana.

Visitación torció el cuello y, sin dejar de mirarlo a los ojos, pronunció la pregunta con claridad.

—¿Y el palo sirve para hacer llover?

Ezequiel dejó de hablar, se inclinó hacia ella, la miró sorprendido, y alzando

levemente las dos cejas le dijo.

—Es lo mejor que hace señora.

El tren ya se había detenido y Visitación se levantó del asiento. Se inclinó para tomar la jaula de la manija y repreguntó.

—¿Y cómo me lo demuestra?

—Tiene garantía, si no le funciona, mañana se lo cambio por otro —le dijo fijando en ella más aún la mirada con ánimo de convencerla.

—No tengo cinco pesos, tengo tres huevos.

Cáceres sopesó la contraoferta, alzó la mirada al techo, se tocó la barbilla y le propuso.

—Bajemos y hacemos el intercambio.

Visitación se sentó en el banco del andén desierto, revolvió en el fondo de la bolsa, y con cuidado le dio los tres huevos envueltos en papel de diario. Ezequiel los puso dentro de la valija de cartón y después sacó un palo, pero que era mucho más corto que el que había mostrado en el tren. La anciana lo miró desconfiado y él mostrando todos los dientes en una sonrisa de orgullo le dijo.

—Es extensible abuela, le doy el mejor que tengo —Y ante la mirada interesada de ella, en un solo movimiento lo desplegó logrando la longitud del que había mostrado en el viaje.

Visitación se alejó caminando despacio dejando atrás el callado andén de la estación por uno de sus extremos. Alrededor no había ni una sola casa, estaba alejada del centro de la ciudad, en uno de los sitios más desérticos de toda la provincia. Comenzó a transitar el sendero de tierra floja que la llevaba al rancho, con la jaula de la gallina en una mano y en la otra la bolsa, de la que sobresalía el palo, como un mástil brillante, un objeto de alta tecnología, atípico en aquella vastedad.

Ezequiel se quedó sentado en el banco esperando el tren que lo llevaría en sentido inverso, un recorrido que hacía a diario.

El sol caía salvaje calcinando la llanura casi sin hierbas, con extensos claros de tierra cuarteada por la sequía. El silencio era total, la ventanilla de expendio de boletos estaba cerrada, la casilla del jefe también. El bochorno de la tarde le ardía sobre la piel. El aire cálido, tórrido, ocupaba todos los espacios, alcanzaba hasta los rincones más escondidos.

Se colocó ambas manos detrás de la cabeza observando a lo lejos desaparecer tras el horizonte la pequeña figura de la anciana. Así pasó un largo rato mirando a su

alrededor, a ningún lado, dejando pasar el tiempo. Después se desprendió otro botón de la camisa, sacó el pañuelo para secarse las gotas de sudor que le perlaban la frente y la cabeza, aplastado por el terrible calor, tumbado en el asiento.

En ese momento, vio la línea quebrada que titiló entre la tierra y el cielo, y un segundo después escuchó el estampido del rayo. Los ojos se le agrandaron, el corazón le empezó a latir como un bombo. Cuando se levantó, ya definitivamente asustado, empezaron a caer unas tímidas gotas de agua, primero esparcidas por el campo y luego más juntas, más cercanas, antes de que se declarara, definitivamente, el diluvio.

**RAÚL ARIEL VICTORIANO**

Argentina

Blog: <http://hastaqueelesplendorsemarchite.blogspot.com.ar/>

Mail: [betweenbrackets293@gmail.com](mailto:betweenbrackets293@gmail.com)



**EL TREN VOLVIÓ  
A PARTIR  
NANCY AGUILAR  
QUINTERO**



**E**ran las seis de la mañana en pleno invierno, cuando Eulogio llegó a la estación del tren. Poco le abrigaba la chamarra que llevaba puesta, demasiado vieja y raída, y el frío le calaba hasta el alma. Hacía exactamente treinta años y tres días que dejó aquel pueblo con la intención de no regresar jamás. No sabía con qué se enfrentaría y qué acontecimientos lo esperaban durante los días que se avecinaban. Ni siquiera tenía la certeza de porqué había regresado. Retomar el hilo de un pasado cruel y lleno de resentimiento no sería tarea fácil. Con sesenta años encima su aspecto era escuálido y decrepito, como el hombre que fuma y bebe mucho. Todavía sentía en sus oídos el llanto desgarrador de su hija de apenas un mes de nacida, con cólicos y vómitos que le hacían insoportable su permanencia en el hogar. Su esposa Aurora, le miraba suplicante, diciéndole con los ojos lo que sus labios no se atrevían a pronunciar. Momentos detenidos en su memoria y que lo atormentaban en las largas noches de farra y aguardiente, en cualquier bar o taberna, de cualquier ciudad o pueblo donde vivió, o malvivió todos estos años. ¿Qué razones válidas pueden llevar a un ser humano a abandonar a su familia para deambular como alma errante por esos mundos de Dios? Estaba harto de la vida, de su mujer, de sus hijos, de la pequeña Inés María y el varoncito Juan Jacobo de dos años. Nunca superó haberse casado. El problema no era Aurora, hacendosa y aseada, con una cabellera resplandeciente como los trigales en flor, sino él, de alma errante y sin ataduras, asiduo a cantinas y a parrandas, con su guitarra al hombro cantando y perdiendo el tiempo como le decía su madre, Doña Carmela Morante, viuda de Cisneros. Y la cantinela diaria que se lo recordaba.

—¿Eulogio, cuándo vas a sentar cabeza y formar un hogar como Dios manda?

Y allí estaba Aurorita, la bella hija de los pulperos Anzola que lo miraba con ojos arrobados y embobada al escucharlo cantar y tocar la guitarra. Un día de tantos, después de escuchar la consabida cantinela y reproches de su madre tomó la decisión. ¡Se casaría con Aurora! Estaba tan seguro que ella lo aceptaría que se dio plazo de dos meses para los preparativos de la boda. Fue una ceremonia sencilla pero elegante, donde los padres de Aurora le obsequiaron la casa donde vivirían ya que Doña Carmela dejó muy claro el hecho que “casado casa quiere”. Y como dice el refrán “escoba nueva barre bien”, el primer año de casados todo fue felicidad y arrumacos. Sus suegros en vista de su falta de estudios y oficio le ofrecieron, a regañadientes, después de escuchar las súplicas diarias de su hija, hacerse cargo de la pulpería. Era la más grande del pueblo con toda clase de víveres y quincalla. Pero al poco tiempo, su suegro Don Ignacio Anzola notó la desaparición de mercancía, —¡y lo más grave!— no entregaba bien las cuentas. Al año lo

botó y Eulogio recibió la lluvia de reproches de su madre y esposa. Volvió a las andanzas, a la cantina donde permanecía casi hasta el amanecer, divirtiendo a los clientes con sus chistes y su guitarra descuidando por completo su hogar. Una tarde llegando a la casa de su madre y antes de comenzar a escuchar sus reproches, tomó una decisión. Y es que las decisiones de Eulogio eran así. Tajantes y rápidas. ¡Se marcharía del pueblo! Sabía que a su esposa y a sus hijos no les faltaría nada. Para eso estaban sus padres y su madre que no los desampararían. Se iría a buscar fortuna, sin ataduras como siempre quiso, sin dar explicaciones de su conducta a nadie. Cuando su hija Inés María comenzó con el llanto y el vómito, Aurora le suplicaba con la mirada, sin atreverse a decirle que fuera a buscar un remedio para la niña. Días antes, le había sugerido muy sutilmente los buenos oficios de la yerbatera Agustina Coronado, que tenía fama de nunca equivocarse en sus diagnósticos. Salió dando un portazo y pensó en la curandera que muchos en el pueblo le tenían más fe que al doctor Olegario Arreaza, ya que según decían estaba ya demasiado viejo y anacrónico para atender enfermos. Su cabeza era un caos, con pensamientos desordenados y reprochándose a sí mismo en el problema que se había metido por estarle haciendo caso a su madre. La noche estaba oscura y tenebrosa. Caminó un buen rato bajo la tormenta que arreciaba por momentos. Pasaron las horas y llegó el amanecer y Eulogio sin aparecer. Nadie supo más de él. La policía interrogó a Nehemías el taquillero de la estación del tren si lo había visto pasar por allí. Pero como era huraño y mal encarado nunca se fijaba en quien compraba los boletos por lo tanto no dio mayores explicaciones. Lo buscaron por los alrededores y la policía sabiendo lo tarambana que era no puso mucho empeño en encontrarlo. Más bien estaban agradecidos que así fuera, porque aparte de bebedor era pendenciero y buscapleitos y fueron muchas las veces que los agentes del orden se apersonaban en la cantina porque había problemas con Eulogio.

—Eulogio, Eulogio ¿dónde estarás?...sabía que en algún momento me darías un disgusto muy grande. Eran las palabras y lamentos de doña Carmela, su madre.

Y como todo acontecimiento dura siete días, a la semana solo apenas rumores y uno que otro preguntar. El pueblo se olvidó de él. Aurora nunca. Y ahora estaba ahí, en la estación del tren, queriendo con toda el alma juntar los pedazos de vida rotos por el tiempo y la distancia.

Eulogio ya había ideado un plan que estaba seguro le daría resultado. Pediría perdón, se arrodillaría si fuese necesario. Aurorita lo amó demasiado como para no perdonarlo. Hablaría con sus hijos desde el corazón y les daría una explicación. Si eran tan buenos como su madre de seguro lo perdonarían. Estaba arrepentido, y a cualquier

persona arrepentida, se le otorga el perdón. Eso era lo que decía el cura Casimiro, de la iglesia Santa Teresa donde contrajeron nupcias y donde su esposa era una ferviente feligresa.

Estaba ansioso por llegar y que todo volviera a ser como treinta años atrás cuándo sin excusa ni motivo valedero abandonó el techo conyugal.

Apenas Eulogio se acercó a la casa donde vivió momentos felices e infelices, supo que algo muy grave ocurría. La pequeña y modesta casa que dejó estaba irreconocible. Reformada totalmente, simulaba un pequeño palacete, como un jardín hermoso y árboles frutales a los lados. Frente a la verja entreabierta notó que había algunas personas en la entrada de la casa. Su corazón casi se sale del pecho cuando vio aquella carroza fúnebre parada enfrente. Alguien al verlo con aquella vestimenta, inapropiada y sucia y el pequeño morral al hombro, le preguntó que deseaba. Ya iba a contestar cuando otra persona les interrumpió y dijo:

—Debe ser uno de los labriegos a quien Don Demetrio ayudaba con sus obras de caridad y vino a darle el último adiós.

Quedó paralizado por la duda.—¿Quién sería Don Demetrio?... —Y qué hacía en aquella casa, su antigua casa. —¿Será que Aurorita tuvo que venderla, cuando él se marchó?...—Y...¿Dónde estarían sus hijos?

Supuso serían independientes, se habrían casado y tendrían sus propias familias. Toda su cabeza era un torbellino de preguntas incongruentes sin respuesta. Sin que nadie se diese cuenta y en medio de la confusión se coló dentro de la casa. De aquella pequeña y humilde casa no quedaba nada. Estaba irreconocible. Tropezó con una chica y por su uniforme dedujo era del servicio. Casi le tumba una bandeja donde llevaba bocadillos y tazas humeantes de café.

—¡Usted debe ser uno de los labriegos que vienen por la limosna semanal del Don!... Pero...¿no está enterado que él falleció hoy en la madrugada?

—No, no estaba enterado... —balbució Eulogio, con palabras entrecortadas. —Vamos buen hombre, tome una taza de café y un bocadillo que se nota a leguas que está muy hambriento... —Y ya que está aquí, puede quedarse para el funeral.

Ahora sí era verdad que Eulogio estaba desorientado. Decidió seguir el juego a las personas y descubrir qué estaba pasando allí. Deseaba con el alma ver a Aurora, ¡a su Aurorita! Qué alivio sintió cuando la chica del servicio le dijo que el difunto era un tal Don Demetrio. Tenía la certeza de haber escuchado ese nombre antes, pero no recordaba donde.

Con la velocidad de la luz su memoria se remontó al pasado...—claro... ¡Demetrio, el hijo del Alcalde del pueblo! Un chico medio fatuo y pretencioso.—¿Sería el mismo? Siempre estuvo enamorado de Aurora, pero a esta no le hacía la menor gracia. Podría decirse que hasta le causaba cierta repulsión.

## II

Que dolor tan grande puede ocasionar la partida de un ser amado, pero cuando este desaparece sin dejar ningún rastro, la pérdida es doble y la incertidumbre mayor. Si está muerto, se reza por su alma y se le lleva flores a su tumba...¡pero si está vivo!...¿dónde estará?

A los dos años de desaparecer Eulogio, Aurora se unió en segundas nupcias con Demetrio, el hijo del Alcalde, más por complacer a sus padres que por estar sola y desamparada con dos niños a quién criar. Y entonces tomó una decisión transcendental en su vida: crearía un escudo de protección tanto para ella como para sus hijos. Ella tan romántica y soñadora idealizaría al padre perfecto, al santo, al mártir que dio su vida por la de su hija enferma.

Estaba a punto de dar media vuelta para marcharse, cuando de pronto la vio en el umbral de la puerta. Allí estaba Aurora, ¡su Aurorita! Ella lo reconoció de inmediato y sintió una congoja muy fuerte en su alma viendo en el despojo humano que se había convertido el hombre a quien amó con locura y le hizo trizas su corazón. Supo en ese instante que su búsqueda había terminado, pero disimulando muy bien, se dispuso a recibir las condolencias de los presentes.

## III

El cortejo fúnebre partió a las diez en punto con destino al viejo cementerio ubicado en las afueras del pueblo. A lo lejos vio la casa de su madre...¡su madre! Nunca supo más de ella, ni una carta, ni una llamada. ¡Qué ingrato había sido! Recorrió el cementerio, como alma en pena, soportando como un fardo el peso del remordimiento. Buscó la tumba de su padre, una pequeña lapida, casi escondida entre la maleza y hojas húmedas. Entonces vio algo que lo dejó totalmente anonadado. ¡No lo podía creer! Al lado de la tumba de su padre, otra muy cuidada, con cultivos de rododendros y narcisos, con una hermosa lápida y un epitafio algo ostentoso. Leyó y relejó y no salía de su asombro. Allí escrito en letras doradas estaba su nombre. Pero lo inverosímil era el texto. ¡Qué significaba todo esto! Él...¡Un Santo!

Eulogio Ramón Cisneros Morante

1955-1985

Padre amantísimo y Santo varón, elevado a los altares, fallecido en medio de la tormenta, buscando un remedio para la curación de su hija enferma. ¡Milagro que se le pida, es milagro concedido! Q.E.P.D

Su esposa Aurora y sus hijos Inés María y Jacobo José.

Piedra Alta, 06 de abril de 1985

Su hija, su Inés María arrodillada en ferviente oración. Con dolor y rabia terminaría con esa farsa, iba a decirle que su padre, fue un mal hombre, sin escrúpulos, que los abandonó a su suerte. Se detuvo al ver la mirada fría y lacerante de Aurora, que con el dedo índice le conminaba a guardar silencio. No tenía derecho a romper el idílico recuerdo de esa leyenda fascinante del hombre que se convirtió en santo. El padre perfecto que perdió la vida al ser alcanzado por un rayo en una noche tenebrosa por buscar un remedio para su hija enferma.

**NANCY AGUILAR QUINTERO**

Venezuela

Twitter: [@aninagat11](https://twitter.com/aninagat11)

Facebook: [Nancy Aguilar Quintero](https://www.facebook.com/NancyAguilarQuintero)

Blog: <http://incongruenciaschachiblog.blogspot.com>





# NUESTRO TREN

## LUZ OLIER ARENAS

**S**eguramente me he quedado dormida. Siempre me pasa en el tren cuando voy a trabajar. Al llegar a mi parada, me despierta ese chico tan mono, que se sienta frente a mí y que me sonríe de vez en cuando. Creo que le gusto. La verdad es que parece que quiere hablarme, incluso algún día me ha dicho “hola”, a lo que yo he contestado con un movimiento de cabeza porque me da vergüenza mi acento, que se dé cuenta de que no soy de aquí. Además, ¿qué podría hablar con él, si apenas entiendo el español? Lleva siempre una carpeta y a veces, entre mirada y mirada hacia donde yo estoy, consulta sus apuntes. Debe de ser estudiante. Otro impedimento. Aunque yo estuviese estudiando allá, en Rumania, ahora solo voy a limpiar por las casas.

Soy una idiota. Me hago ilusiones con un muchacho que me ha saludado en un par de ocasiones. Pero es que me siento tan sola. El otro día les escribí a mis padres diciendo que quiero volver. Me está resultando más duro de lo que creí en un principio.

He perdido el hilo de mis pensamientos. Debí de quedarme dormida, sí, y aún estoy soñando. Estoy metida en una pesadilla porque me siento en medio de una guerra. Ha habido una tremenda explosión y todo el mundo grita. Hay gente destrozada, partida por la mitad a mi alrededor. Y él... Él está en su asiento de siempre, con la carpeta abierta sobre las piernas. Las hojas de los apuntes han volado por todas partes. Tiene sangre en la cabeza, ¡qué horror! Pero no parece preocupado por eso. Y me mira, me mira con una extraña expresión... ¿de miedo?

No me gusta este sueño. Porque tiene que ser un sueño.

Junto a mí hay un hombre con las piernas seccionadas a la altura de las rodillas. Tiene los ojos cerrados, pero está vivo porque respira fatigosamente. ¡Dios mío, sácame de aquí!

El chico mono se ha levantado y se acerca a mí intentando no pisar los restos de cuerpos que hay esparcidos por todas partes. Me hace una caricia en la cara. ¿Es una declaración? ¿Qué debo hacer, qué debo decirle? El momento es demasiado horrible para que se me declare. Aunque sea un sueño, es demasiado horrible. Pero le sonrío, y entonces me doy cuenta. Está llorando. Las lágrimas forman surcos en su rostro ensangrentado.

¿No podrían parar esos gritos? Me producen escalofríos.

Han empezado a oírse sirenas de ambulancias o policía. Me parecía que alguien había encendido la luz, pero al levantar la cabeza compruebo que no hay techo.

El cielo es luminoso allá arriba, quizá porque él se ha arrodillado frente a mí y apoya la cabeza en mis rodillas. Yo le dejo hacer con mi mano entre las suyas. Me gustaría

que su expresión fuese distinta, menos triste, y que no llorase, porque ahora llora como un niño y los sollozos estremecen sus hombros.

¿Por qué solo llora? ¿Por qué no me habla? Su actitud resulta inquietante.

¿Qué importa que no sepa su idioma? Puedo aprenderlo. Mi estancia en este país será menos dura con él a mi lado. Y estoy segura de que a alguien tan dulce como él, no le importará que me gane la vida limpiando casas.

Aunque quizá estaba equivocada y esto no es un sueño, porque de pronto lo veo todo desde el techo del tren. Todo. También a mí misma. Estoy al lado del hombre que se ha quedado sin piernas, en medio del horror, con ese muchacho tan dulce que llora desconsoladamente y me coge las manos.

Que coge las manos de ese cuerpo que fue mío, y que ahora está ahí, igual que los otros, inerte.

No sé lo que ha pasado, pero ya no importa.

La locura, la muerte, la pesadilla se precipitó sobre nuestro tren.

Ahora ya nunca podré decirle cuánto me gustaba.

Y ahora ya nunca volveré a Rumania.

En memoria de los asesinados el 11 de Marzo de 2004, inocentes trabajadores y emigrantes, sacrificados por la brutalidad de los terroristas y la codicia de los poderosos, que están haciendo de este mundo un lugar inhabitable.

**LUZ OLIER ARENAS**

España

Blog: "El lugar de las cosas invisibles". [www.luzolier.blogspot.com.es](http://www.luzolier.blogspot.com.es)

Facebook: <https://www.facebook.com/luzolier>

Twitter: <https://twitter.com/LuzOlier>



# AL BORDE DEL PUENTE

GIANCARLO ANDALUZ  
QUEIROLO

**L**a noche que Andris saltó del puente, entendí que todo estaba perdido. Un día antes habíamos pasado la tarde en el café Gerbaud, entre generosas porciones de tarta dobos y café negro, conversando acerca de la posibilidad de dejar todo atrás.

Siento que ya no pertenecemos a esta tierra, Hajna, fue la respuesta que me dio cuando le pregunté el porqué de esa idea tan definitiva.

Tenía veintidós años cuando me pidió que lo acompañase a ese viaje sin retorno. Hacía apenas dos años que la gran guerra había terminado, dejando una herida imborrable en el alma del país.

A Andris lo conocí en Szeged, en una de mis jornadas de apoyo al ejército del Imperio. Llegó al hospital de campaña en donde yo atendía, con una terrible herida de proyectil en la pierna izquierda. Dos soldados cargaban la camilla en donde Andris se retorció de dolor. Un internista le inmovilizó la pierna con ayuda de dos tablillas y varios vendajes de algodón. Mi compañera Anci y yo apoyamos al doctor Tardos mientras entablillaba su pierna. Anci no soportó los gritos de dolor de Andris, por lo que el doctor le ordenó apoyar a los recién llegados, dejándome a mí con todo el trabajo encima. Una hora después, el doctor Tardos se puso de pie y fue a atender a los otros internos, dejándome a mí a cargo del paciente.

Inyéctale diez mililitros de barbitol, con eso podrá descansar toda la noche, me dijo el doctor Tardos antes de seguir con su trabajo.

¿Y qué pasa si se sigue quejando de dolor?, le pregunté.

Esperemos que eso no ocurra, dijo, y luego se alejó por un largo pasillo lleno de camas clínicas y soldados heridos clamando por atención.

Pasé toda la noche junto a él, después de que con lágrimas en los ojos me pidiera que no lo dejara solo. Al comienzo no nos dijimos ni media palabra, pero con el pasar de los minutos, él se sintió más cómodo conmigo y me contó algunos pasajes de su corta existencia. Había nacido en Dalmacia, pero pertenecía al Honvédség húngaro, debido a que sus padres habían nacido en territorio magiar. Tenía diecisiete años cuando ingresó al gran ejército Austrohúngaro, y diecinueve cuando llegó al hospital en donde lo conocí. Venía de participar en la campaña de Rumanía, en donde el ejército rumano había logrado dispersar al primer ejército del imperio hacia los Cárpatos. En la huida recibió un proyectil en la pierna izquierda, por lo que tuvo que ser trasladado al puesto hospitalario más cercano, y ese puesto era el hospital de campaña de Szeged, en donde yo servía de enfermera.



El efecto del barbital duró hasta las once de la mañana del día siguiente. Andris despertó con un fuerte dolor de cabeza, pero al menos ya no se quejaba de dolor como la noche anterior. Estuvo internado en el hospital cerca de una semana y media, y al décimo día fue dado de alta y enviado a su hogar en Budapest. Una promesa de reencuentro quedó flotando en el aire, promesa que se cumplió un año y medio después, cuando dejé el cuerpo de auxilio médico, al anunciarse que el imperio austrohúngaro abandonaría toda participación en el conflicto mundial tras la ascensión al poder de Carlos IV de Hungría, quien reemplazaba en el trono a su tío, el emperador Francisco José I.

Una tarde de diciembre de 1918, nos volvimos a reunir, cumpliendo así la promesa hecha en el hospital de campaña. Él vivía en casa de sus padres junto a su madre y a su hermana menor, y yo vivía en las afueras de Budapest, en Csobánka, en casa de mi abuela paterna. Una mesa exterior del Déryné Bistro nos sirvió para volvernos a juntar, así como para finiquitar algunos asuntos puntuales que quedaron en el tintero el último día de su recuperación. No había olvidado su promesa, y para muestra estaba el anillo que me dio esa noche para sellar nuestro amor.

Sí quiero casarme contigo, Andris, le respondí después que formulara nerviosamente la pregunta. Un beso apasionado selló esa unión que se inició la noche que pasamos juntos en el hospital.

Durante la cena me contó que había perdido a su padre y a su hermano en la batalla de Vittorio Veneto, batalla que marcó, además del fin de su familia, el desmembramiento total del imperio austrohúngaro. Yo por mi parte, le conté que vivía en casa de mi abuela, quien era la única familia que me quedaba después de tantos años de lucha absurda. A pesar del tiempo transcurrido, secuelas de la herida impedían que Andris pudiera caminar con normalidad. Ese fue el inicio de una vida juntos.

¿Por qué dices esas cosas, Andris? ¿Es qué acaso ya no me amas?, le pregunté al oír su plan, pero él no supo qué responderme.

Después de pasar un grato momento en el Gerbaud, caminamos en dirección al Puente de las Cadenas, aprovechando los últimos rayos del sol de ese martes de junio. Tras cruzar las viejas calles de Budapest, llegamos a la Plaza de la Libertad, la cual cruzamos sin detenernos. Seguimos caminado de la mano, en silencio, aprovechando las solitarias calles de la capital a esas horas de la tarde. Llegamos al edificio de la Academia de Ciencias y nos detuvimos en la Plaza Széchenyi para admirar su imponente fachada. Unos minutos después, retomamos la caminata con dirección a la parte este del puente.

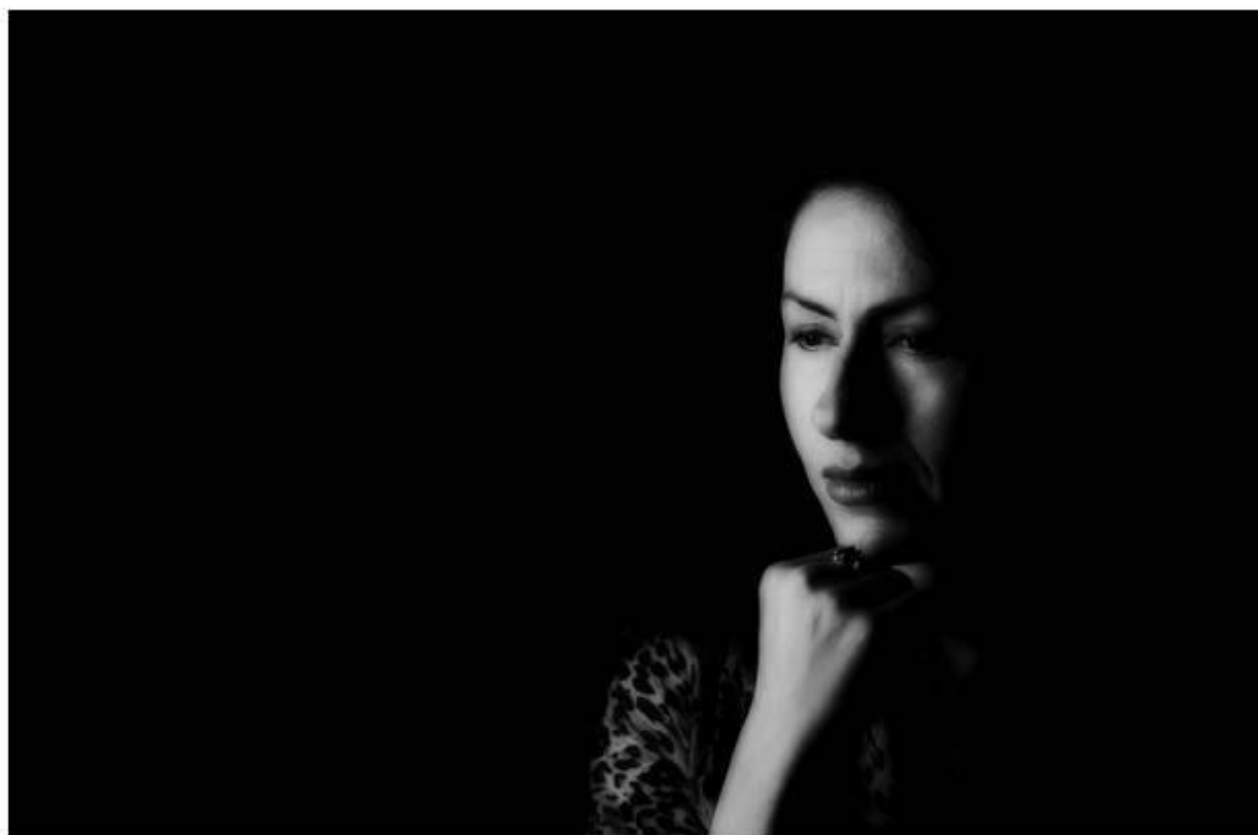
Caminamos por el puente sin soltarnos las manos, mientras las verduscas aguas del

Danubio discurrían libremente bajo nuestros pies. En mitad del puente nos detuvimos y Andris me soltó la mano. Siento que ya no pertenecemos a esta tierra, Hajna, dijo, repitiendo la frase que me había dicho esa tarde en el Gerbaud. Y sin esperar una respuesta de mi parte, cogió con ambas manos la baranda del puente y dándose el impulso suficiente, saltó a las mansas aguas del Danubio.

**GIANCARLO ANDALUZ QUEIROLO**

Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/giancarlo.andaluz>



**BRINDIS**  
**PARA DOS**  
**ÁLVARO MORALES**

Él roza con la punta de los dedos cada uno de los vasos, que podrían esperar el brindis, por la mitad llenos de un líquido blanco y espeso que parece leche. Ella no lo mira. Tampoco a los vasos o a la mesa, ni a la silla a su izquierda. Lleva ambas manos hasta la frente y fija la vista en el hueco de las palmas de las manos. Ha comenzado a llorar, igual que cada vez, casi en el momento exacto.

Él golpea con el puño la tabla de la mesa y los vasos resuenan. Siempre hace lo mismo, pero ella cada vez se sorprende y suspira sobresaltada, o intenta parecer tranquila, a pesar de que las lágrimas le saben a sal en la boca. Una oscuridad mortal parece invadir poco a poco la habitación entera, como surgiendo desde el fondo, trasfigurando en la sombra de un amargo recuerdo todo lo que ha cambiado con el tiempo.

Ella le responde. En realidad no lo hace, pero para él es como si lo hubiera hecho.

Él había dicho en un tono disfrazado de rabia: “Vos tomás primero; después yo y nos vamos juntos”.

Ella le había propuesto cambiar el orden.

Él había aceptado.

La había observado a los ojos mientras tomaba el vaso con una mano, sosteniéndolo firme durante unos segundos, como si quisiera comprobar su consistencia.

Ella bajó la vista justo en el momento en que el líquido pasaba por su garganta y él dudó, dudó un segundo y ese titubeo fue lo que hizo que ella se terminara de decidir.

Él le hace un gesto desesperado. El líquido está en su interior y ya ha comenzado a hacer efecto.

Ella lo ignora. La vista permanece fija en el piso. No toma el vaso. No bebe su contenido. Se toma otra vez con ambas manos la frente y llora.

Entonces suena la alarma que marca la medianoche y ella se asoma dubitativa de entre el hueco de sus manos. La luz de la luna ingresa por entre las cortinas y termina de difuminar la oscuridad que ganaba la sala. Ella suspira. Se limpia el rostro, y por primera vez en toda la noche mira hacia su izquierda.

Sonríe.

No hay nadie sentado en la silla.

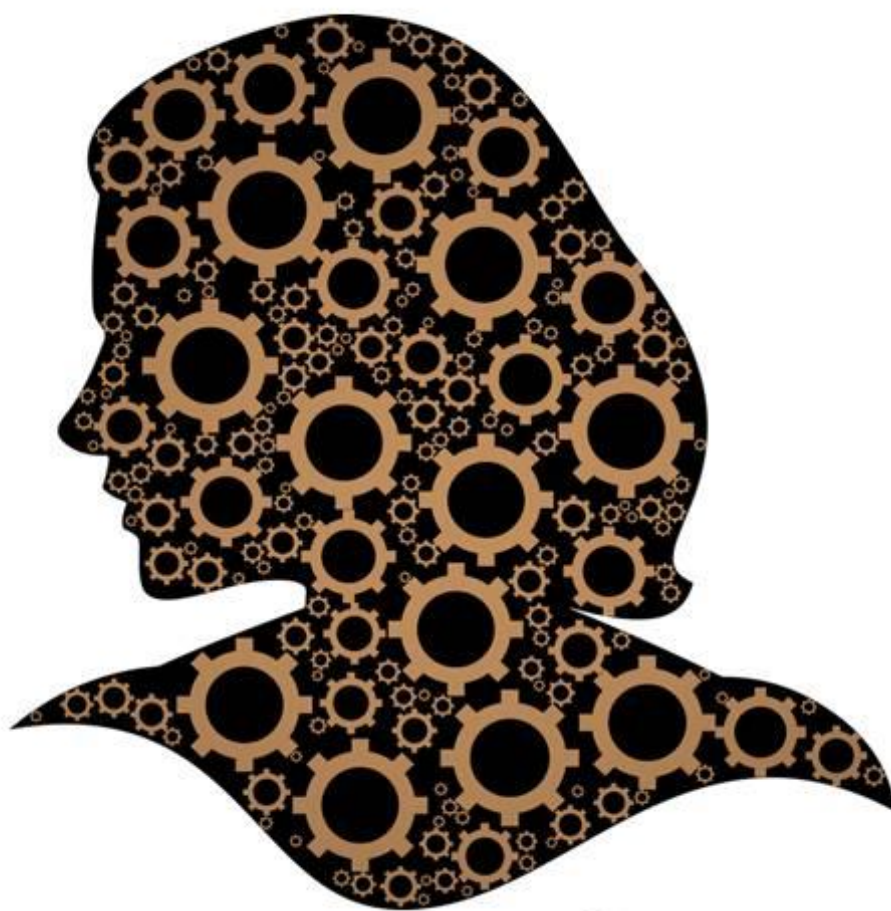
Y los vasos, están vacíos.

**ÁLVARO MORALES**

Uruguay

Facebook: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100004283896091>

Linkedin: [https://www.linkedin.com/in/%C3%A1lvaro-morales-b165618a?trk=nav\\_responsive\\_tab\\_profile\\_pic](https://www.linkedin.com/in/%C3%A1lvaro-morales-b165618a?trk=nav_responsive_tab_profile_pic)



LA TÍA

EULALIA

MÓNICA MARCHESKY

**D**escolgué el vaquero que mi madre había dejado tendido en el patio. Tenía la costumbre de colgarlos al revés y eso me fastidiaba. Mi madre, adicta a las dietas mágicas, tenía en la heladera cosas tan desagradables como verduras y alimentos de bajas calorías. Éramos en casa, cuatro varones hambrientos y deseosos de un buen churrasco con papas fritas. O comida chatarra, bien salada que se podía bajar con una cerveza. Era un martirio oír a mamá tratando de educarnos en el “buen comer”.

Un día, cansado de las discusiones entre mis padres, abandoné la casa y con mis veinte años no miré atrás a la hora de dejar mi fastidiosa vida. No he vuelto desde entonces.

—Ha muerto —me dijo uno de mis hermanos. Luis, el mayor, el que finalmente había llegado a ser médico, siguiendo la tradición familiar.

—Imposible —le grité por el manos libres mientras observaba la bahía que se desplegaba ante mi ventana. Era una hermosa mañana de otoño y el sonido palpitante de la ciudad se colaba por las mamparas térmicas.

—Te digo que ya no está más en casa —repitió.

—¿Qué sabés de Lautaro? —le pregunté.

—Está con papá de vacaciones.

—¡Qué divertido! —agregué sonriendo. Lautaro, el menor, siempre había estado al lado de papá.

—¿No preguntás por mamá? —me increpó Luis.

—¿Qué tiene mamá?

—Está cada día más gorda, esas dietas de mierda que sigue la van a matar.

—Vos sos el médico, indícale que debe comer “sano” como dice y dejarse de estupideces con dietas, que ya sabemos cuál es el resultado en ella.

—Preguntó por vos Humberto —recriminándome. Deberías llamarla.

—¿Cómo sabés que ha muerto y no se fue de vacaciones con Lautaro? —cambiando de tema.

—Porque... porque si... porque mamá ya no la ve más y entró en un estado depresivo, me llamó llorando ayer...debo colgar, llamala no seas boludo...

Y la comunicación se cortó.

En realidad, no creía que Tía Eulalia se hubiera muerto. Eso era como decir que mi madre había dejado de hacer dietas. No debía ocurrir, la tía era propiedad de la casa. Si



había pasado eso, era señal de que algo andaba mal. Debería llamar a mamá, me dije.

De hecho, no la llamé, bajé los trece pisos que me separaban del hormiguero de la ciudad, me subí al coche, marqué el mapa de destino y me dejé conducir. Mientras recorría la autopista, me repetía que había hecho una promesa de no regresar a la casa.

Más de una vez intenté cancelar la orden dada al coche y volver a la tranquilidad de mi piso, donde tenía todo lo que necesitaba sin moverme, desde donde trabajaba y tenía diversión y sexo si quería y estaba además al tanto de todo lo que pasaba en el mundo. La red transmitía de continuo en las pantallas, a través de la infinidad de cámaras y drones espías que recorrían las calles y husmeaban nuestra vida. Mi trabajo de periodista asociado a una de las grandes cadenas de noticias me permitía tener acceso a toda esa tecnología. Me había vuelto un, (mar) man addicted Room, la nueva dolencia del siglo XXII. Pero la desaparición de la Tía Eulalia era todo un problema para mamá, quien en estos años se había vuelto totalmente dependiente de ella.

Claro que quinientos quilómetros desde Montevideo a Salto son algunas horas. Pero las recorrí como un zombi que es atraído por el olor de la carne.

La ruta estaba silenciosa, algunas granjas hortícolas, encerradas en burbujas de cristal translúcido se sucedían como hongos en el campo. Los animales aún seguían libres, amparados en cuadrículas fabricadas para alimentarlos, bañarlos, vacunarlos. Era todo un spa vacuno y ovino en el que paseaban y se mantenían en forma hasta que les llegara la hora.

A ambos lados de la ruta se deslizaban parques eléctricos de tres compañías distintas. Luego que el monopolio estatal había dejado de existir, las otras dos compañías extranjeras habían desarrollado monstruos electrónicos para captar el viento y las tormentas, dando así una visión del campo, sumado a las burbujas y a las cuadrículas, un espacio ocupado por elementos futuristas. Para algo sirvió la tierra, después de todo, pensé.

La computadora del coche me indicó que necesitaba un escaneo del sistema, me detuve en una estación de servicio junto a la ruta 3, dejé que el autómata hiciera su trabajo, mientras yo, en un acto de valentía, abandonaba por unos minutos el útero electrónico. Decididamente me había vuelto adicto a los ambientes cómodos.

Entré en la ciudad como el hijo pródigo que regresa al hogar. Me asombró reconocer los lugares, en veinte años era como si el pueblo se hubiera detenido en el tiempo. Todo igual, solo las costaneras sur y norte que bordean el río Uruguay, habían contemplado un desarrollo arquitectónico fuera de lo común para la zona. Allá enfrente,

Concordia, como una postal, interrumpida por el paso de un aliscafo que silenciosamente se deslizaba sobre el río. Nada ha cambiado, pensé.

Incluso, el boliche nocturno “La Bámbole” que frecuentara en mis años de estudiante estaba, pero se había trasladado un poco más abajo, frente a lo que en sus buenos tiempos fue el mayor frigorífico de la zona, “La Caballada”; hoy solo se conservan algunos servicios que lo sostienen en pie.

El coche se detuvo en la entrada de la casa. Un perro desconocido salió a ladrarme, lo corrí con un gesto y empujé la puerta. El desorden era evidente, un olor indescifrable era dueño del lugar.

Entré apartando bultos irreconocibles de papeles y bolsas descartables. Mamá estaba sentada frente a su pantalla, como siempre, como desde la última vez que la había visto. En el respaldo del sillón apoyaba una cabeza blanquecina, despeinada. Dormía con la boca abierta, bandejas de “picadas” a sus pies y el control en sus manos. Me costó reconocerla.

Miré por todos lados buscando a la Tía Eulalia. En la planta baja no estaba, subí las escaleras hacia las habitaciones. Nuestros cuartos conservaban aún algunos elementos míos y de mis hermanos. La guitarra de Luis, sin una cuerda, como siempre, tirada debajo de la ventana. Algunas fotografías nuestras con amigas del secundario, recortes...

Me tumbé en la cama, miré hacia el techo buscando las proyecciones espaciales que mi padre nos había comprado cuando éramos chicos y con las cuales nos hacía dormir. Recordé que se proyectaban a través de un sapo verde, con una sonrisa estúpida que se enchufaba en la pared entre nuestras camas. Miré con gesto interrogativo hacia ese lugar y ya no estaba.

Nunca supe dónde mi padre había comprado el software de la Tía Eulalia. Recuerdo que se lo había traído a mamá para que tuviera una compañía, pero la Tía Eulalia era como un fantasma. Hablaba con mamá, se desplazaba limpiando virtualmente, haciendo las cosas de la casa. Mientras ella se ocupaba de los quehaceres virtuales, en realidad, todo se amontonaba en un basurero increíble. Como el software estaba unido en red a nuestra casa, todos los que entraban en ella, la veían hermosa, ordenada, limpia y con semejante empleada, mamá estaba feliz. Ahora, que la Tía había desaparecido, mi madre había caído en un estado depresivo, difícil de revertir. Pensé en llamar a mi padre, pero estaba de vacaciones con Lautaro y su nueva mujer.

Volví a preguntarme dónde estaría el sapo verde, comencé a buscarlo sin demasiado interés. Salí del ámbito luminoso de nuestras habitaciones, bajando los

escalones despacio, sumergiéndome de a poco en la oscuridad del comedor, llevándome todo por delante. Salí al patio y el perro se me adelantó corriendo a buscar un juguete, un trapito azul, un pedazo de botella de plástico, un sapo verde... sonreí al verlo, se lo quité de la boca y volví a subir las escaleras, esta vez, saltando de a dos los escalones, como queriendo atrapar el pasado. Lo enchufé con la esperanza de que funcionara. En la boca del sapo surgió un mensaje que decía: reiniciar software, le apreté la lengua y milagrosamente empezó a mostrar las estrellas y los planetas, las órbitas ya descoloridas se entrelazaban y parpadeaban. Cuando la emisión espacial se detuvo, comenzó a verse en una nebulosa a la Tía Eulalia, parada bajo el marco de la puerta de la habitación.

—¡Bienvenido, Señor Humberto! —dijo en un tono seco y mecánico, sin sentimientos.

Me acerqué y la miré a los ojos, hacía muchos años que no la veía. Me miró sin verme, su mirada era helada, quise preguntarle alguna tontería, de las que le decíamos con mis hermanos, para desencajarla y dejarla en loop, pero me impresionó que no pasara el tiempo para ella. Pensé en “el retrato de Dorian Grey” de Oscar Wilde y pedí al cosmos que si algún día se hiciera un software de acompañante con mi imagen, fuera del mismo diseño primitivo de la Tía Eulalia. Los que se estaban fabricando últimamente, seguían una evolución naturalmente humana. Si tenían accidentes o morían, eran inmediatamente reemplazados por otro diseño actualizado. Sin un gesto, la Tía Eulalia dio media vuelta y se retiró hacia el baño a comenzar con la limpieza.

—¡Qué estupidez! —exclamé—. ¿Cómo es posible que un software tan importante se transmitiera junto a una proyección para niños? Tenía que hacer algo con el perro que ya estaba junto mí, esperando el momento para atrapar su juguete. Busqué en el placar, recordé que había una luz permanente de baja intensidad que siempre quedaba encendida. Allí estaba, emitiendo con un led una tenue luz, lo desenchufé y en su lugar coloqué el sapo verde, lejos de la mirada del perro que no dejaba de saltar mordisqueando mi brazo. Me aseguré con eso que la Tía Eulalia estuviera protegida y por lo tanto mi madre volvería con sus dietas, sus bandejas de pollo frito engañosamente light, su pantalla y a su mundo virtual.

Antes de retirarme, configuré el software de la Tía Eulalia en mi reloj, así sabría si dejaba de funcionar.

Volví al comedor, una estridente música presentaba un programa de infomerciales de ejercicios, de elementos electrónicos que harían ver a las futuras compradoras como hermosas ninfas del siglo XXII. Deposité en la mano de mi madre, apoyada en el regazo,

una tarjeta cargada con dinero, sin que el perro estuviera presente. Le di un beso y salí de ese lugar oscuro y lúgubre hacia la calle. Me subí al coche, pulsé reiniciar software en mi reloj y traté de dejar atrás el pueblo. Las casas iguales, las calles iguales, la gente y mi madre con su mundo virtual junto a la Tía Eulalia y el perro.

Llamé a Luis.

—Luis, ya está la Tía Eulalia nuevamente en casa.

—Ah, qué bueno, mirá vos, ¿Y dónde se había escondido?...

—En realidad...

—Dale, ok, ¿Todo bien entonces?

—Sí, pero quiero decirte dónde...

—Ok, ok, Humberto... lo más importante es que mamá ya no va a estar más sola. Cortó.

Publicado en "Ruido Blanco 4" - Cuentos de Ciencia Ficción uruguaya

**MÓNICA MARCHESKY**

Uruguay

Páginas WEB: <http://monicamarchesky.wixsite.com/monicamarchesky>  
<http://persecucionesdel13.blogspot.com.uy/>

Facebook: <https://www.facebook.com/monica.marchesky>



# VIDA. VICIO. CIUDAD

ROBERTO PÉREZ

**H**abía cumplido ya la mayoría de edad, no tenía patria, tampoco identidad. No pertenecía a nada, ni siquiera al tiempo. No tenía nada, ni siquiera heridas. El aparente vacío de su existencia se ocultaba con una riqueza espiritual devenida de una vida pasada. No tenía nombre, pero era.

El silencio se viste de gala cuando la ciudad brama por piedad. Las calles se pintan de amarillo, el sol de la tarde las extasia y las embellece. Las minifaldas se levantan con ese pequeño viento de esperanza. Las frentes sudadas, el café frío. Aires de primavera. El posmodernismo apoderado de estas tierras se evidencia con triviales emprendimientos. Basura decorativa.

Su tiempo había pasado, a los veintidós creía tener el control sobre sus vicios. Sus mujeres y las pastillas lo tenían agobiado. La dama de blanco lo consolaba. Lo acariciaba. Lo amaba. Las pociones y el libertinaje le permitían dormir por las noches. A este descolorido hombre que intentaba aprender a vivir de las letras.

Se ha perdido un país, pero se ha ganado criterio. Nada significa nada, tras esas arcas que engordan a unos cuantos. Profusas nimiedades ahora son gestas heroicas. Los mártires ahora visten de amapola. Alucinaciones pasajeras que conducen a la cordura. La vida se ha vuelto paradójica.

Llegaron los veinticuatro y nada más nunca más tuvo una explicación. Ella lo cambió todo. Ella. Ella, que llegó escondida detrás de esa inmensa capa de rabia, estaba rota. La ciudad se pintó de colores y las ráfagas de viento de caricias de algodón. Ella, sin poses ni pasarelas lo llevó al éxtasis, al gozo profundo y al mar. Ella, con quien aprendió que después de todo, siempre habrá lugares más oscuros por explorar.

La sabiduría es caduca si no se la puede aplicar en lugar alguno. Exceso de cerebros y falta de lugar. Ya no se lucra por supervivencia, se hace por vicio. Hay días tan pungentes que se sienten como un enema de ácido sulfúrico. Ella no está más y él, nunca perteneció a nada. Ahora llegó la edad del Rock. Perdura hombre, sobrevive, cae y escapa.

**ROBERTO PÉREZ**  
Ecuador

Blog: <http://deliriosydivagues.blogspot.com/>

Instagram: <https://www.instagram.com/robertoperezr88/>

Twitter: <https://twitter.com/robertoperezr88>

Facebook: <https://www.facebook.com/roberto.perezrivadeneira>





**PRIMER PUESTO**

**CORINA VANDA**

**MATERAZZI**

**D**esde hace días que me venía rondando en la cabeza la idea de escaparme, para no perder el invicto. Son tan hijos de puta estos turros que son capaces de volver...

Anoche pensaba a dónde ir... pero concluí que en mi estado me moriría por ahí anónimamente, seguramente de hambre.

Acá la comida, a pesar de ser centro de numerosas quejas por parte de todos, es bastante variada y generosa. El primer plato consiste en algo blando, como una sopa, un puré acuoso, o polenta, viene acompañado de unas pocas verduras al horno, sopladas y sopladas por las enfermeras para evitar los gritos incontrolables de los postrados. Luego viene la carne, cortadita a pedido si uno quiere. Casi siempre pollo.

Ahí viene Dorita, la veo de lejos por el pasillo con el delantal rosa y la cofia. Las piernas parecen las ruedas chuecas de un Fiat 600.

—Acá tiene, tómelas y deje de escupirlas en la maceta de las Alegrías, que yo no soy estúpida.

Le pregunto para qué. Dorita se muerde el labio de abajo con los dientes moviendo la cabeza de un lado a otro.

Se ríe.

Me río.

Dos rojas, una amarilla y otra de sabor horrible, como a durazno seco y metal herrumbrado. Las esperadas visitas de las pastillas me recuerdan que no estoy acá para vivir, sino para morir.

Somos vestigios de vida para pasar a ser elementos de diferentes fábulas. Algunos son pingüinos, otros cocodrilos, muchos osos, pocos peces, leones sin dientes. Una vez vi una mona que se maquillaba, y otra, un perro que leía a Kafka.

El preludio de la extinción de cada especie es un terremoto. Hay arremolinamientos, empujones, gritos y demás. Lloran al unísono: el que se va y los que participamos como espectadores en diferentes filas. Nos miramos y sabemos que en el minuto del después, los números de la lotería se vuelven a entregar.

El final se vive como un alivio de posguerra, vuelven los ronquidos sinfónicos y el olvido recorre nuestras venas.

Los que recién ingresan, al principio, llenan los fines de semana el comedor con hijos y nietos ¡Son tan molestos! Sus presencias son tan inútiles como la cantidad de estupideces que preguntan:

“—¿Cómo estás?”

No hay palabras que puedan reemplazar una buena escupida.

Pero pronto, todos ingresan a los concursos, mes más...mes menos...

Acá hay dos grandes Torneos.

Los lunes se juega el TC 2000, un torneo de menor envergadura pero muy distinguido. Después de leer los diarios nos juntamos para confeccionar la lista de las excusas más originales por las cuales remiten por teléfono o mail, nuestros hijos y nietos no haber venido durante el fin de semana.

Don Anselmo lleva la delantera.

Hace tres semanas la hija llamó para que le transmitieran un gran beso, dijo le era imposible venir porque el Groupón se le vencía y tenía que sí o sí viajar a las termas de no sé dónde. La semana siguiente insistió con el beso (que esta vez no dijo que fuera enorme) pero no podía venir porque aún no se reponía del jet-lag. El fin de semana pasado pensamos que la creatividad se le había agotado y temí que Don Anselmo perdiera el campeonato.

Clarisa la recepcionista le alcanzó un mail impreso:

“Clarisa: ¿Cómo estás? Espero que bien, te pido le avises a mi papá que me será imposible ir este fin de semana a tomar el té, estoy sin voz ¡Un horror! El aire acondicionado y el sofocante calor de la calle... el cambio de temperatura, viste... En fin. Si necesita algo te pido me envíes el detalle para hacérselo llegar. Me parece que entre el stress de fin de año y el calor esto viene para largo. Bs Sofía.”

Pero los viernes está el gran concurso: El Nascar.

Aventuramos quién tiene menos visitas el fin de semana. Nadie hasta ahora logró vencer mi marca. Sigo puntero desde hace un año. Invicto. Ni un solo registro de visita.

La semana que viene es Navidad... espero no atenten mis hijos de puta contra el único primer puesto que alcancé en mi vida.

Publicado en "Voz en Off" Peces de Ciudad. 2017

**CORINA VANDA MATERAZZI**

Argentina

Blog: <https://barbaramentefea.blogspot.com>



**NADA ES MÁS**

**BELLO**

**ANA MARÍA MANCEDA**

**N**unca imaginé que en este viaje de reencuentro con mi hijo recibiría la noticia más deseada; su regreso definitivo a Madrid.

Llegué al aeropuerto de Arlanda por la mañana, René me estaba esperando con la cara encendida de emoción ¡Qué felicidad! Es la primera vez que lo vería tocar con la filarmónica en el Teatro Real de la Ópera de Estocolmo. Abrazados esperamos el tren, en quince minutos estaríamos en el centro de esta bella ciudad posada sobre catorce islas en el punto que el lago Mälaren se une al mar Báltico. Cuando bajamos sentí que entraba a un mundo mágico, no solo era por la belleza de los edificios barrocos o neobarrocos, sino también por su atmósfera transparente, con halos que jugaban en el aire formando dibujos geométricos con el colorido del arco iris, luego me enteré que eran microscópicos cristales de hielo que a manera de prismas descomponían la luz.

Al otro día de mi llegada ocurrió el gran acontecimiento, René partió temprano hacia el teatro, yo iría a la hora del concierto pues recorrería parte de la ciudad. Fue un muy buen paseo, ya cerca de entrar al teatro admiré la iglesia roja de Sant Jakobs que está detrás de la estatua de Gustav Adolfo II, enfrente del maravilloso Teatro Real de la Ópera.

Con la sala colmada y reluciente saboreé la espera. Comenzó el concierto, la melodía del “Bolero de Ravel” me seducía, busco la silueta de mi hijo, allí está, en la tercera fila, imagino en su cara la expresión de deleite mientras ejecuta su violín.

Al terminar la función lo espero en el hall del teatro, iríamos a comer algo al restaurant Operakällaren de estilo neobarroco que se encuentra en el mismo edificio. Siento los brazos de René.

—Madre ¡Qué felicidad tenerte! Vamos a comer algo.

Mientras comemos me sorprendo al mirar por la ventana; unas plumas de nieve se balancean en el aire hasta caer en la vereda.

—Bella ciudad René y el teatro, el concierto, todo parece un cuento, pero estar lejos es doloroso hijo.

—Ya no va a ser así, pienso regresar a Madrid con ustedes —dijo terminante.

—¿Qué ocurre? ¿Y esa decisión?

—Mirá, ya es bastante haber dejado la Argentina, extraño mucho. Además el idioma y otra cosa, me respetan, me valoran como músico pero yo siento una fina discriminación. Siempre me ubican en la tercera fila y yo sé que estoy preparado para otro rol en la orquesta.

Lo miré estupefacta, no quise emitir opinión, estaba aturdida ¡Suecia es uno de los

países de mejor estándar de vida y de cultura! Le tomé la mano, sabía que faltaba tiempo y sabiduría para extirpar ese prejuicio hacia pueblos latinoamericanos. Miré las plumas de nieve que caían, era una manera de querer atrapar el espacio y el tiempo. Miré a mi hijo, le acaricié el pelo oscuro que parecía brillar como los halos de hielo y supe que nada era más bello que ese instante.

**ANA MARÍA MANCEDA**

Argentina

Web: [www.murmullosenlapatagonia.wordpress.com](http://www.murmullosenlapatagonia.wordpress.com)

Facebook: <https://www.facebook.com/anamaria.manceda>

Twitter: [@amtaboada](https://twitter.com/amtaboada)





**RETIRO**  
**ESPIRITUAL**  
**INUEL LATTANO**

**E**l micro iba a más de cien kilómetros por hora, y el celular quedó muy lejos en cuestión de segundos.

No me importaron los insultos recibidos, ni la trompada que me rompió el labio.

Fue imposible resistirme. De un tirón le saqué el aparato infernal al musculoso que tenía al lado y lo arrojé con fuerza por la ventanilla.

Ni me inmuté cuando el conductor detuvo el micro y en medio del griterío subió la policía. Me llevaron esposado a la comisaría de un pueblucho sin nombre.

Fueron amables. Apenas se quedaron con mi cinturón de cuero, mis zapatillas y mi reloj importado.

—Es suyo, Comisario —dije—, ¿a quién le importa la hora?

Nada de todo esto me afectó demasiado. Lo viví o ¿reviví? con naturalidad. Hasta me llenó de satisfacción ese acto reflejo de locura. ¡Hubieran visto la cara del tipo! No existe una imagen que describa mejor la palabra desconcierto. Aunque no es menos cierto su rápido reflejo, sin embargo, ya no me duele la boca.

Por desgracia todo sucedió con la velocidad de una idea, y la escena solo quedó en mi mente.

Al lado mío todavía sigue, puro músculo, ejercitando duro a sus pulgares; fotografiándose el abdomen plano y sus múltiples tatuajes; charlando a los gritos con sus compañeros de gimnasio.

Hace horas que me tortura.

Apenas puedo concentrarme en mi lectura. Desgraciado: ¡Hasta se apropió del apoya brazos!

Por momentos reaparece esa escena en mi cabeza, y una risita macabra me pide acción.

El monótono ronroneo del micro, y lo poco que pude leer me van adormeciendo. Con los ojos entrecerrándose miro de reojo su teléfono. En cualquier momento abro la ventana y me libero. Pero, no sé si quiero saber nada de mi yo interior.

Me contengo. Toco sutilmente mis labios. Miro mi cinturón, las zapatillas, el reloj. Todo está en orden: en una hora estaré flotando en la piscina del hotel.

Pero no. El ansiado retiro espiritual cambió de escenario. A mi yo interior, poco le importó si quería o no saber de él.

De nuevo perderé la reserva del hotel.

Y vaya que me encontré a mi mismo al despertar esposado en el calabozo de la

comisaría de un pueblucho sin nombre.

Mientras el comisario amable, mete mi cinturón de cuero, mis zapatillas y mi reloj importado, en una bolsa, una risita macabra responde su pregunta:

—¿Otra vez señor Aguirre tirando celulares por la ventanilla?

**INUEL LATTANO**  
Argentina



LA CASA  
FRENTE AL RÍO  
LUCAS G. ALDONATI

**L**a soledad era algo que nunca se había hecho presente en mi vida. Si bien no tenía contacto con otras personas, nunca me sentí tan solo como ahora. Sin embargo, yo solía hablar con el silencio. Él se comunicaba conmigo en los largos pasillos de la casa. Podía escuchar los suspiros de la casa como el viento que huye. Era fácil escuchar los ronquidos de los escalones de madera porque despertaban hasta el último vecino de la cuadra. Aunque nada se compara, aún hoy, con el abrazo de las cortinas que se alzaban desde lo alto y descendían hasta acariciar el suelo, ubicadas en los luminosos ventanales de la entrada.

Al regresar del trabajo noté algo extraño antes de entrar. Las sonrisas del jardín se habían esfumado sorpresivamente y la puerta no me ofrecía su mano para saludarme. Asustado y lejos de comprender los motivos de la situación retrocedí lentamente pero sin bajar la mirada, buscando entender por qué mis amigos no me reconocían. Me pregunte a mí mismo qué fue lo que hice mal, si es que definitivamente hice algo. Busqué y busqué en los archivos pero no encontré motivos para justificar el por qué me ignoraban y fue así que llevé el problema a otro plano. Me cuestioné sobre la clase de amigos que tenía o sobre los que creía tener. Tomé entonces la decisión de sentarme junto al cordón de la vereda. Un viejo amigo de andanzas, un guía, una línea gris que se extravía en el horizonte de esa esquina vacía de toda esperanza. Le comenté lo que me había pasado cuando entré a mi hogar, a ese hogar que ya de hogar no tenía nada. Pero tampoco era una casa cualquiera, pues me producía rechazo, me tentaba, su negación me fascinaba aunque en ella nada familiar salía a mi encuentro para abrazarme y darme calidez. Pero ese viejo amigo tampoco me dio respuesta alguna. Traté de considerar esta actitud suya de buena manera, en definitiva, él ya está un poco viejo y no escucha bien.

Ya no quise seguir ahí sentado y me decidí a entrar otra vez. Mitad distraído, mitad atento, comencé a percibir que estaba siendo vigilado, que los cuadros de la casa lo estaban mirando todo con sus ojos achinados llenos de polvo, llenos del reflejo de una historia de abandono y melancolía. Murmuraban entre ellos, pero yo no llegaba a oír claramente lo que decían. Quizás ahora querían a otra persona más que a mí o quizás ya no querían a nadie. Pero sería algo muy desagradecido de su parte, porque fui yo quien pasó siempre más tiempo con ellos, dedicándoles una mirada tierna, un dulce contacto de sentimientos amorosamente artísticos, de esos que solo alcanza el poeta con su obra. Yo sabía cómo cuidarlos, les hice escuchar innumerables horas de mi vida de la mejor música, Vivaldi, Mozart, Chopin... los cuidé del maltrato de la luz, de las altas temperaturas y de tantas otras cosas. Desde mi niñez, pasando por mi adolescencia, hasta ahora, que ya no

sé lo que soy. O quizás tan solo un muro, o un cúmulo de responsabilidades que se ahoga en sus “debo hacer” o “tengo que”.

Salí de un salto de la casa y me arriesgue a volver a comenzar todo de nuevo, como si lo sucedido hasta aquí no fuese más que un mal sueño, una pesadilla, un momento para el olvido. Allí, bajo el cielo gris, me contuve. La tierra del jardín rechazaba mis pies. Tomé distancia y corrí hacia la puerta para arrebatlarla con una sobredosis de psicodelia inexplicable, pero justo cuando la iba a empujar se abrió sorpresivamente. Con tanta energía contenida y sobreabundancia de secretos pasé de largo, sin poder detenerme, pero por suerte sin golpearme contra nada. Arribé heroicamente hasta el centro del living, el corazón maternal de la casa. Sin recapacitar, busqué unas viejas sabanas y comencé a tapar todos los muebles, porque ellos también participaron, ellos fueron cómplices de ese acto infiel y cruel de dejarme afuera de la casa, de querer devolverme a mi soledad. Arranqué las cortinas y las metí en cajas. Tomé los cuadros y los rompí para que no me pudieran juzgar por mis hechos. Hasta que solo quedaron en casa las frías paredes. ¿Serían estas mis nuevas compañeras o debería derrumbarlas también? Ellas, las que lo escuchan todo pero al mismo tiempo las que me encierran cada vez más dentro de mí. ¿Qué insectos habitarán estas paredes, con que veneno podré sacarlos a la luz? En fin, no importa, no quiero sacarlos. O no a todos. Sé que si muevo algo, todo el resto va a dejar también de encajar. Las miro nuevamente, esas paredes color claro, siempre ellas acobijando mis actos, conteniendo este cuerpo que vive queriendo derrumbarse, pero yo, desagradecido, tanto tiempo las dejé de lado.

Si bien serían apenas las tres de la tarde, en la casa se asentó una oscuridad que no dejaba ver ni siquiera lo que tenía adelante. De repente una voz grave comenzó a decir cosas y fue ahí cuando terminé por asustarme totalmente, cuando comencé a sentir de verdad lo que es el miedo. El terror a algo. Se teme a lo que acecha, eso que acecha, se asoma pero no se muestra, no se deja ver. Y el temor crece y crece, pero es temor, no es angustia. Eso me calma. Vuelvo a mí como un cuerpo arrojado desde la cúpula de una catedral. Se oían pasos que venían de la habitación de arriba. Intenté correr hacia la puerta pero en el intento tropecé con la maldita mesa ratona, esa que nunca me ayudo en nada. Desagradecido sea yo, si habré puesto los pies sobre esa pequeña mesa hexagonal de madera de algarrobo. Sentí desde el suelo lo peor, lo que temía estaba finalmente ocurriendo. Las cajas donde estaban las cortinas se abrían, los pedazos de los cuadros se estrellaban contra las paredes, los vidrios de las ventanas temblaban hasta rajarse. Quise arrastrarme hasta la cocina para tomar un cuchillo. ¿Un cuchillo para qué, para



defenderme? ¿De qué? ¿Cómo podía defenderme de mi mismo, de mi propia imaginación, de mi mal sueño, de estas pastillas mal recetadas y de un sin fin de hechos que no serían más que motivos de risa para el mundo entero? Ah sí, la maquina chirriante sigue procesando el futuro, pero ahora, en este instante, la alfombra sucia continúa enrollando mis pies y me impide moverme. Comencé a asfixiarme, en el fondo siempre lo estuve. Sin embargo, logré gritar con mis últimas fuerzas, fue ahí cuando la alfombra me soltó, los restos de los cuadros pararon de moverse y las cortinas volvieron a sus cajas designadas. Suspiré hondamente, iluso, pensé que todo había terminado. Pero en realidad fue ahí cuando comenzó lo peor, la calma no era más que el ojo del huracán, un temblor empezó a derrumbar la casa, a derrumbar mis sueños, mis logros y todo lo que creía mío. No entendía lo que pasaba, peor aún, todavía no lo entiendo. Aquella voz grave se hacía cada vez más clara.

Hasta que de pronto, desperté. Vi a Juan exclamando gritos y quejas, sacudiéndome para que me levantara. Ya era tarde, ¿para qué?, ¿para ir a la escuela? No... no iba a la escuela, y tenía que aprender que nunca es tarde si uno está vivo. Reflexiones del abuelo, del negocio, del oficio de ser persona. Teníamos que salir con el bote a pescar como todos los días. Hoy me adelanté, y pesqué recuerdos. Nosotros, los que vivimos de la pesca y solo tenemos dinero para pasar el día, soñamos demasiado. A veces sueño, me encanta soñar. Siempre que nos adentramos en el río del olvido miro una antigua mansión rosada que se alza inmensa desde la orilla. Cada vez que la miro me hipnotiza y me extravió en ella. ¿Será que de vez en cuando me llama? Solo sé que un día tendré que asumirme como pescador y animarme a entrar en ella para mostrarle a sus ojos que quiero despertar y no tan solo ser un soñador.

**LUCAS G. ALDONATI**

Argentina

Email: [lucas\\_aldonati@hotmail.com](mailto:lucas_aldonati@hotmail.com)



# EL JARDÍN DE LA ABUELITA ANA

ALINA TORTOSA

**M**amá me llevaba de la mano. Por momentos caminaba rápido y me costaba seguirla, por momentos caminaba tan despacio que parecía que se iba a detener.

Finalmente se detuvo.

—Acá vivía yo cuando era chica. Te voy a mostrar el jardín y la casa.

Siguiendo su mirada vi una casa de departamentos.

—Pero... —dije.

Sus ojos marrones se iban poniendo verdes, cada vez más verdes y más grandes, hasta que en el fondo de sus ojos vi el jardín de la Abuelita Ana.

Entré en los ojos de mamá.

La puerta de hierro verde, verde como la verja que rodeaba el jardín, estaba entornada. La empujé. Caminé con cuidado sobre el camino de piedritas que llevaba a la puerta de entrada. No entré. Seguí el camino que rodeaba la casa para llegar al fondo del jardín. Escuché voces. Una voz cálida de mujer decía cosas que yo no entendía, y otra voz parecida a la de mi hermanita María le contestaba cosas que sí entendía.

Ahí, en el centro del fondo del jardín, estaba el árbol de algodón del que mamá tantas veces me había hablado. Se me hizo un nudo en la garganta.

Bajo el árbol, juntando los copos de algodón, estaba una chiquita morocha que se parecía a mí, y un poquito a María, pero que era...mamá.

Quise llamarla pero no tenía voz, solo el nudo en la garganta.

La chiquita sonreía y le alcanzaba a una mujer rubia los copos que juntaba.

Otra chiquita rubia llena de rulitos saltaba riendo y gritando:

—No quiero juntar los copos de algodón. No quiero. No quiero.

Mi tía Nita. Me dieron ganas de tirarle de los rulos y de gritar con ella. Siempre había sido la más traviesa de las dos hermanas. Mamá había sido siempre la más obediente, "la más aburrida", dice ella.

Me llegó un olor riquísimo a torta, y me acordé que la cocina daba al jardín.

Escuché que se abría la puerta de la cocina.

Una señora alta, rubia, de ojos muy, muy celestes llamó a las niñas. Sentí que se me cortaba la respiración. Traté de acercarme a ella pero mis piernas no se movían.

—Ali y Nita vengan a tomar el té —llamó la señora.

Las palabras se me agolpaban en mi cabeza pero no las podía decir.

Yo también quiero ir abuelita Ana, yo también quiero conocerte.

Me fue imposible hablar o moverme.

Fue entonces que me acordé de mamá y di vuelta la cabeza buscándola. Estaba ahí al lado mío, de pie sobre la vereda. Sus ojos se veían marrones como siempre. Le corrían lágrimas por las mejillas. Seguíamos tomadas de la mano.

Publicado en "El jardín de la abuelita Ana y otros cuentos", Grupo Editor Latinoamericano. Colección Escritura de Hoy, 1995.

**ALINA TORTOSA**

Argentina

Blog: [alinatortosa.blogspot.com.ar](http://alinatortosa.blogspot.com.ar)

Facebook: <https://www.facebook.com/alina.tortosa>

Twitter: <https://twitter.com/alinatortosa>



**UN BASTARDO**

**EN EL**

**DESIERTO**

**ESTEBAN PRADO SAONA**

**D**esde muy niño pudo ponerse en contacto con aquellos seres que preferían retirarse al desierto para calmar sus espíritus. Quedarse en casa significaba aburrirse, lidiar con el encierro obligado, con el estigma de ser hijo bastardo, con la depresión crónica de su madre. De vez en cuando ella volvía a sonreír, sobre todo cuando aquel simpático artesano venía a visitarla, a pesar de todo eso que la gente murmuraba en las calles.

Él no podía jugar ni relacionarse con los otros niños, no porque ellos no quisieran, sino porque sus padres les tenían prohibido llevarse con aquel niño que había sido engendrado en el pecado.

Así prefería salir del pueblo, caminar largas distancias, reemplazar el murmullo de las calles por el silencio abrumador del desierto. Sus sandalias ya gastadas, iban dejando pequeñas huellas en la arena calcinante de aquella alfombra irregular de arena. Pronto aprendió a no perderse entre las dunas, grietas, cavernas y otros accidentes geográficos que encontraba en el camino. Eso lo aprendió solo, el resto lo absorbió de ellos.

—No te preocupes de cómo has venido al mundo ni de cómo ha sido tu vida hasta ahora. —dijo uno de los ancianos anacoretas.— Lo más importante es lo que hagas con tu vida, y sobre todo, cómo te vayas de este mundo.

El niño solía quedarse meditando por horas en las palabras que los anacoretas le transmitían en las interminables horas de meditación en el desierto. Su gusto por la soledad y el silencio eran evidentes para todos, y para él también.

Así transcurrió su infancia, entre idas y venidas entre el desierto y la ciudad, entre el regazo de su madre y el de los anacoretas.

Cualquier padre o madre jamás hubiera permitido en aquellos tiempos, un comportamiento así en uno de sus hijos, sin embargo para su madre, era mejor eso que lidiar cada día con la vergüenza, el rechazo y la condena.

La adolescencia vino sin tocar la puerta, el cuerpo ya no era el mismo, pero la mirada sí. Transparente, llena de vida, penetrante, profunda, llena del silencio y la calma que había cultivado en años de caminar y permanecer en el desierto en contacto consigo mismo, con sus pensamientos, sentimientos, con lo mejor y lo peor de él mismo.

Muchos años disfrutó tanto de este estilo de vida que se planteó seriamente jamás volver a la ciudad y convertirse en uno de esos anacoretas que vivían en las cuevas del desierto y que habían sido sus maestros, sus guías espirituales, pero sobre todo: sus padres.

Ellos también estaban de acuerdo en su decisión, hace tiempo que lo habían



aceptado en el seno de su hermandad, pero eran hombres libres y jamás retenían a nadie en nada.

Interminables horas de contemplación y silencio lo sumían en un estado profundo de trance en el que ninguna metáfora alcanzaba a describir realmente lo que él llegaba a sentir en esos estados. A él le gustaba decir que se comunicaba con el espíritu, que le hablaba en susurros y que él simplemente escuchaba.

Los padres del desierto hacían lo mismo y el desierto habitaba en ellos, su parte humana había sido gradualmente reemplazada por el desierto en el interior de sus corazones. En él no. Un pequeño pedazo de humano había quedado latiendo en su enorme corazón, el desierto lo había cubierto de arena, pero no había podido hacerlo desaparecer, era el pedazo más pequeño, más insignificante, pero el que más fuerte latía en ese enorme músculo que bombeaba la sangre que corría por sus venas.

Su historia es la forma en cómo ese pequeño pedazo se convirtió en el motor de todo aquello que vendría a suceder después y que él no se percataría de ello sino hasta el final.

El tiempo pasó, el reloj de arena del desierto hizo lo suyo.

—Queridos hermanos, tengo algo que quiero comunicarles. —dijo él a todos los anacoretas que se encontraban sentados alrededor de la fogata en la que solían reunirse a conversar de vez en cuando en las frías noches del desierto.

—¿Qué es aquello que nos quieres decir, querido hermano? —dijo uno de ellos, dirigiéndose con amor y respeto hacia su hijo más joven.

—El Espíritu me viene susurrando desde hace mucho tiempo algo que al principio no podía comprender pero que cada vez se me ha hecho más claro y ahora ya no puedo ocultarlo ni en mí ni a ustedes, mis padres espirituales. —dijo él.

—¿Y qué te ha dicho el Espíritu? —dijo otro de los anacoretas.

—Mi tiempo ha llegado, y mi misión se ha manifestado, ya no estaré más entre ustedes, al menos no de la manera en la que he venido estando todos estos años. Ahora he de volver donde están los que caminan por la vida con una venda sobre sus ojos.

—¿Quieres renunciar a tu vida de anacoreta? —preguntó el más anciano de los anacoretas.

—No padre, quiero compartir con la gente, las riquezas que el desierto me ha dado.

—¿Y cómo sabes que no se trata de una trampa de tu mente para auto complacerte en tus escondidas pasiones y deseos carnales? —preguntó el mismo

anciano—. Eso te destruiría por completo y nadie podría hacer nada para salvarte.

—Lo sé padre, ese es el precio que pagaría por arriesgarme en esta empresa que ahora late en mi corazón de una manera tan fuerte e intensa como jamás la había sentido. Pero prefiero arriesgarme a caer en la trampa, que vivir con la conciencia atormentada por no haber escuchado a mi corazón y al Espíritu que habita en el silencio del desierto.

—Como tú sabes querido hijo, jamás te impediríamos que hagas algo con tu vida, nosotros no procedemos así con nadie, amamos la libertad y te amamos a ti, hemos sido testigos de cómo te has ido cultivando y esculpiendo tu alma a través de las enseñanzas que hemos depositado en ti a lo largo de todos estos años. Es la primera vez que uno de nosotros expresa el sentimiento y la certeza que ahora nos vienes a presentar en esta hermosa noche en la que la luz del fuego danza con el manto luminoso de estrellas que ahora nos cobija. No hay nada más que decir, obedece a tu corazón, a ese latido fuerte que vienes sintiendo desde hace mucho tiempo.

—Gracias padre, los amo, yo sabía que podría ser entendido por ustedes. —dijo él.

Se quedaron en silencio todos, mirando la luz del fuego danzar sobre la noche del desierto. El más reservado y silencioso de los anacoretas era el único que no miraba el fuego, permaneció agachado mirando la arena oscura y fría, cargando el peso de callar lo que su alma sí veía.

Así fue como él abandonó el desierto después de muchos años de habitar en sus entrañas. La barba larga, los cabellos tapando los hombros, una pequeña alforja y apoyado en su firme cayado, avanzó entre las dunas y grietas vistiendo una túnica que se confundía con los tonos del desierto.

Cuando llegó a la ciudad lo confundieron con un vago, mendigo y loco. Pero algunos comenzaron a hacerle caso por la facilidad de palabra que tenía y sobre todo por las ideas que transmitía, despertando de su apatía a quienes vivían hipnotizados por la rutina y el trajín de la ciudad.

La ciudad había cobrado un nuevo brillo para él, ese pequeño pedazo de su corazón latía bailando de excitación y curiosidad. Cada vez que se encontraba con alguien, sus ojos brillaban más de lo acostumbrado, le gustaba sentirse rodeado de gente, le gustaba la nueva forma en la que algunas personas comenzaban a mirarlo, tan diferente a las miradas que recibía cuando niño. Había valido la pena alejarse tantos años de la gente, ahora ya nadie lo recordaba, era otro ser, un desconocido y por lo tanto un nuevo hombre en la mente de quienes le rodeaban.

Era bueno sentirse apreciado, era bueno sentirse reconocido, era bueno sentirse

deseado. Deseo era lo que había venido a descubrir en la mirada de aquella mujer que se le acercó para escuchar su palabra.

Los años en el desierto no pudieron acallar su pasión, su vanidad y su necesidad de sentirse aceptado por la gente. No había sido fácil lidiar con el hecho de haber sido un hijo bastardo.

En su interior se debatían, confundían e interactuaban el anacoreta y el niño rechazado, no reconocido, de padre desconocido. Así comenzó a confundirse.

En lo más profundo de su ser habitaba una verdad: Estaba harto del desierto, de la soledad, del silencio, sin contacto con otros hombres, pero sobre todo, sin contacto con mujeres. Estaba aburrido y su mente le había diseñado un plan para salir de todo esto: “Ir a la ciudad a provocar el despertar de la gente”.

Las noches en el desierto fueron reemplazadas por las noches en los bosques que rodeaban la ciudad, al principio estaba solo, luego empezaron a acompañarlo uno que otro ser que había encontrado sosiego en sus palabras para su caótica vida. El vino brindaba calor a sus cuerpos y a sus pasiones, la pasaban bien, cantaban, reían y cuando ella comenzó a venir, él se retiraba en lo más profundo del bosque para hacerle el amor. Nunca había estado tan feliz como en aquellos momentos. Jamás cambiaría por nada, el placer que sentía al retozar en el néctar que emanaba de las puertas que ella le abría a lo prohibido. Su vida había cambiado, se sentía amado, deseado, aceptado y reconocido como nunca antes. Cualquier precio valía la pena pagar por seguir alimentando todo esto.

Ya no era el Espíritu quien le susurraba en sus oídos espirituales, lo más seguro es que nunca lo fue, y en su fuero interno comenzó a crecer y a crecer un inmenso sentimiento de duda e incredulidad hacia todo aquello en lo que se había sostenido todos esos años.

Sin embargo ya era demasiado tarde, por nada del mundo dejaría de representar el papel del personaje que cada día iban construyendo para él, las personas que venían y se encontraban en su camino. Él se había convertido en el personaje ficticio que todos necesitaban inventar para dar un bálsamo a sus almas atormentadas por el mero hecho de existir.

Renunciar era volver a morir en vida, era mejor seguir ejerciendo el personaje, disfrutar del regocijo de encarnar lo que los otros habían creado para él, provocar al sistema, confrontar al poder. Era el héroe de los descarriados, de los rechazados, de las minorías, de los extraviados y estaba dispuesto a morir por ello, por el amor que la gente le tenía, por el deseo que ella le desataba, por ser reconocido como un hijo legítimo. Era

mil veces mejor tener a dios como padre que a nadie, sin embargo al final, ese padre también lo abandonó. Lo llamaban Jesús de Nazaret.

**ESTEBAN PRADO SAONA**

Ecuador

Twitter: [@Xeper9](https://twitter.com/Xeper9)



# AMOR DE MADRE

GIANCARLO

UBILLÚS CELI

Cada ciudad tiene su encanto, su historia, un nombre oficial y cada habitante es todo un mundo por descubrir. ¿Cuál era el nombre de su ciudad? Si, ahora lo recordaba. La Tres Veces Coronada Ciudad De Los Reyes. Esa es Lima, la capital, la gris, la horrible, la única, la del río hablador, la de Taulichusco y los apus vilmente silenciados.

¿Cuántas historias guardan sus calles, sus callejones, sus recovecos más escondidos? ¿Cuántas historias oyó cuando era tan solo un niño? ¿Cuántas historias leyó en las páginas añejas y amarillas de los libros que su abuelo guardaba en la gran biblioteca de su casa? ¿Cuántas historias creyó realmente vivir? Y eso era justamente lo que andaba buscando desde hacía mucho tiempo, escribir una historia, su propia historia. Y trataba de hacerlo entre el ruido asfixiante, la arquitectura colonial agobiante, el olor a comida y la indiferencia de la gente. Buscaba empaparse del pasado de sus libros. “¿Esa era La Catedral de Zavalita? ¿Dónde quedaría el Negro-Negro?” Había hablado, sin darse cuenta, en voz alta. Un señor ya mayor le sonrió y una mujer lo miró con extrañeza mientras apuraba el paso y se perdía en esa jungla de cemento en que se estaba convirtiendo la ciudad.

Caminaba sin rumbo fijo. Poco a poco se fue alejando de la majestuosidad virreinal para caer en la monotonía de la modernidad actual. Empezó a sentirse cómodo entre esas calles recientes y sin historia, donde todo parecía relucir y donde el ruido era un recuerdo lejano y se podía ver en los rostros despreocupación total y una felicidad indescriptibles.

Una taza de café y el periódico del día no caerían nada mal. Luego encender un cigarrillo y vivir sin ninguna preocupación. Después entrar a esa librería nueva y comprar los últimos best seller sin importar el precio. “Debo estar en un cuento, y si lo estoy, tiene que ser en un cuento de Bryce” pensó excitado. No pudo evitar sonreír. “Y ahora iré al club y seguiré leyendo al borde de la piscina, esta vez con un trago helado en la mano mientras los ojos del mundo se posan en mí y envidian mi felicidad”. Una nueva sonrisa y a seguir caminando.

“Y cuando se acerquen a preguntarme qué hago por la vida, les diré que soy un escritor y poeta. Pero no como ese tal Alberto, el que escribía novelitas eróticas en el colegio Leoncio Prado. Les diré que acabo de publicar mi primer libro y que he ganado un premio. Que la fama me había llegado de improviso pero que eso no me agobiaba y que a pesar de todo, era feliz”. Por un momento dudó. Luego asintió, como afirmando “Sí, soy feliz”. Y la gente alrededor se animaría y me pediría que les lea algo de mi autoría. “Estoy trabajando en un nuevo libro pero de poemas que espero pronto salga a la venta. Aún estoy pensando en el título pero tengo un buen presentimiento. Creo que de todas



maneras ha de ganar algún premio”. Todos se reirían conmigo y me pedirían que les recite alguno de esos poemas, futuros ganadores de premios. Y con el pecho hinchado de la emoción y con voz melodiosa y grave empezaría a recitar “te he soñado tantas veces, te he nombrado tantas veces, y todo sin conocerte. Como un huracán entraste en mi vida y así te fuiste. Y te llevaste el fuego de tu cabellera y el de tu vientre...” y cuando haya terminado, luego de un pequeño silencio incómodo, todos me felicitarían. Y solo me lloverían elogios y más elogios. Y no cabrá en mi tanta felicidad.

Y atrás quedarían los días de las burlas y la indiferencia, los días de los llantos desconsolados y de los enmascarados.

Y es que ya tenía todo planificado, ya que con el premio que ganaría por su último libro se iría a Europa, a la Ville Lumière, a la Ciudad de la Luz, donde hacía muchos años llegó un “peruanito” llamado Mario Vargas Llosa para terminar de convertirse en uno de los más grandes escritores del habla hispana y del mundo.

Y al seguirle los pasos al buen Mario, continuaría escribiendo y luego se enamoraría y se casaría y no volvería jamás al ruido, al frío, a la indiferencia y a la injusticia de la ciudad de los reyes, de Lima.

Una brisa fría se apoderó del ambiente. Ya estaba oscureciendo. No había caído en cuenta que llevaba muchas horas caminando sin rumbo.

Lo hacía a paso lento, la mirada al frente, con la ropa de siempre, pensando en Europa, en sus escritos y en esa buena estrella que le era tan esquiva.

De pronto, una extraña sensación se fue apoderando de él y tuvo la necesidad urgente de verla, de abrazarla y tenerla a su lado. “Debe estar esperándome en el palacio. Voy en camino, no te preocupes”. Y es que era su presencia, pero sobre todo su mirada, esa mirada que le transmitía seguridad y tranquilidad, lo que le daba fuerzas para continuar a pesar de todo lo que pasaba.

“Las cosas van a mejorar, te lo aseguro, no te sientas mal. Las cosas malas no duran para siempre, grábatelo” ¿Cuántas veces la oyó decir eso? Fueron tantas que ya había perdido la cuenta. “Cuando sea famoso todo cambiará. Todos nuestros males se irán para siempre. Ni nos acordaremos de todo esto”. ¿Cuántas veces lo oyó decir eso mientras le acariciaba tiernamente los cabellos y le sonreía?

Fue apurando el paso pero a los pocos minutos se detuvo. La larga caminata empezaba a hacer mella haciendo que sus piernas lo traicionaran y no quisieran continuar.

A pesar que hacía frío, sudaba. Y la fina garúa limeña se fue mezclando con sus lágrimas. “¿Pero por qué lloras? No te olvides que los personajes de Bryce son alegres y casi nunca lloran. Ellos son los que hacen reír”.

Eran las lágrimas más sinceras que jamás se habían visto y se verían, eran las lágrimas de alguien aburrido y cansado de la vida, de alguien cansado de buscar respuestas.

Se sentó y fue abriendo su pequeña mochila. Buscó entre sus cosas y sacó su eterno cuaderno azul. ¿Por qué todos tienen un cuaderno azul de navegación?

Iba pasando hoja tras hoja, lentamente, mientras el corazón se le hacía pequeño en su pecho. ¿Dónde encontrarían letras más honestas que esas? ¿Dónde más se desnudaría si no era en ese cuaderno, en esas líneas? Pero sintió que faltaba algo. Y era que ella no estaba ahí, entre esas páginas. ¿Por qué nunca te escribí algo? ¿Por qué a pesar de todo lo que haces por mí? Al fin había encontrado la historia que tanto buscaba. Su historia.

Se incorporó rápidamente y continuó su camino. La ansiedad lo iba consumiendo mientras los ojos de la noche le indicaban el camino y el olor a mar le decía que estaba cerca.

Cuando al fin llegó, tenía el corazón acelerado, y ahora eran sus manos las que lo traicionaban. No podía o no quería abrir la puerta.

Al entrar sigilosamente, la vio bajo una tenue luz. Estaba en el lugar de toda la vida, con su sonrisa inacabable y al igual que él, con la ropa de siempre.

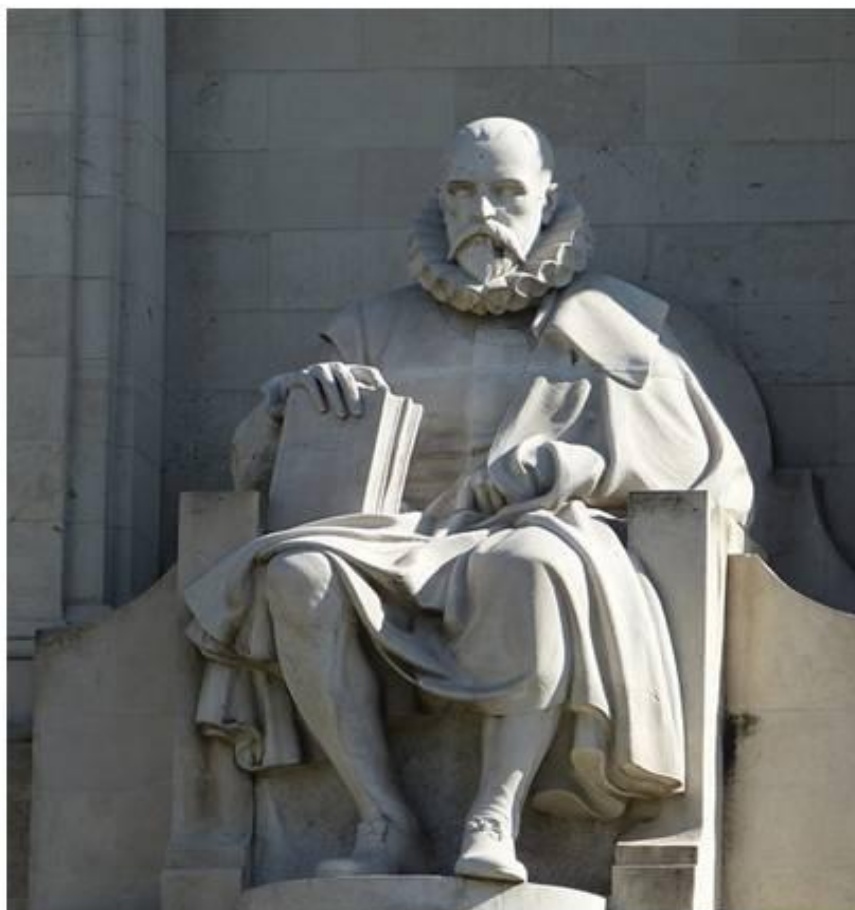
Le sonrió y se fue acercando en busca de sus brazos. Al abrazarla, todo el dolor del cuerpo desapareció y un calor reconfortante lo bañó de la cabeza a los pies. Quería llorar, reír. Quería decirle que lo perdonara, que a pesar de tanto esfuerzo nunca sería un escritor famoso, que nunca serían personajes de un cuento de Bryce, que las cosas tenían que mejorar, que haría lo que fuera por cambiar todas las lágrimas por sonrisas, que era el motor de su vida, que debían resignarse a seguir luchando, a caerse, a vivir en un cuento, pero de Ribeyro, a ser como los gallinazos sin plumas, a sobrevivir.

“¿Todo está bien? Estaba tan preocupada porque no llegabas. Ya es tarde, mira la hora que es. ¿Vas a comer algo?”. Le sonrió. “No”, dijo. “Entonces acompáñame a ver televisión. Ven, siéntate aquí, a mi lado”. Fue acurrucándose en su regazo, mientras las tiernas caricias lo iban convirtiendo en una mansa paloma. “Hamuy urpillay” dijo con voz hipnótica y sonriendo. La miró embelesado mientras sus ojos se iban cerrando y el ruido a su alrededor iba desapareciendo. “Kuyay mama”, alcanzó a susurrar. Todo había vuelto a la normalidad. Ya estaba en casa.

**GIANCARLO UBILLÚS CELI**  
Perú

Twitter: [@gubc](https://twitter.com/gubc)

Blog: <http://www.gubillus.wordpress.com/>



**EL CASO DEL  
MANUSCRITO  
CERVANTINO  
O UN BREVE Y SINGULAR SOLO  
DE CHARLIE FEDSON  
PARTE 2: LA SOLUCIÓN**

**CARLOS M. FEDERICI**

**C**harlie Fedson se ubicó otra vez en la butaca de Barry Coal. Su índice pulsó disimuladamente un botón camuflado en uno de los brazos forrados en cuero negro.

Había llegado su Hora de Gloria, pensó; ¡y por el Cielo que se proponía gozarla! Con los ojos de la mente se vio a sí mismo, digno y seguro de sí (igual que Barry Coal al exponer sus brillantes deducciones), erguido en la butaca del genio como en un trono sui generis, rodeado de los trofeos de Coal (que a partir de ahora podría compartir sin excesivo sentimiento de culpa), dando la espalda a la amenaza (ya inocua) del calendario de pared, con el fálico "1" erecto bajo la palabra "Abril" (fecha nefasta, según Barry le advirtiera al marcharse, sin sospechar que el bueno de Charlie iba a ser muy capaz de frustrar la ominosa conjura). Carraspeó con displicencia, y dijo:

—Les confieso que... no soy experto en Cervantes, aunque sí es cierto que entiendo y leo el español... ¡Se lo debo a mi madre, que es sudamericana, y jamás dejó que yo olvidara su lengua natal! Pero puedo afirmar rotundamente que el texto es falso, a pesar de lo bien imitados que estén el papel, la tinta, y aun la caligrafía y el estilo de Cervantes Saavedra. Y no es difícil determinarlo: ¡a mí me bastó llegar a la segunda línea para estar seguro!

La erudita del Museo del Prado lo fulminaba con la mirada. Sus palabras brotaron erizadas de espinas venenosas:

—No creo una palabra de lo que ha dicho, jovencito. Veo que hemos cometido un grave error, profesor Borisoff: ¡este chico no está capacitado para sustituir a su jefe! Es virtualmente imposible dar crédito a su temeraria acusación. ¡El manuscrito fue revisado por eminencias en la materia! ¡Y el consenso fue unánime! ¡Ninguno advirtió causas valederas para pensar en una falsificación! ¡Es ridículo!

—Porque alguna otra “eminencia” —dijo Charlie—, quizás con más conocimientos que sus colegas, aunque seguramente con menos escrúpulos, colaboró en el fraude para conferirle autenticidad. ¡Ya hemos visto otros casos similares con Barry Coal! La tecnología actual es un arma de doble filo: tanto sirve al investigador como al criminal. Contando con los medios apropiados —añadió—, es posible lograr resultados sorprendentes, que confundan incluso a los expertos.

Se cruzó de brazos y miró directamente a los ojos de la señorita Callejas.

—No tiene por qué sentirse herida en su orgullo profesional, pues —le recomendó, en tono afable—. ¿Y quiere que le diga algo más? ¡Pasado cierto tiempo, la verdad acabaría por salir a luz..., precisamente como se lo propuso la persona que

maquinó todo esto!

La perplejidad de los otros fue como almíbar para el ego de Charlie; su desconcierto, semejante a deliciosas pasas que aderezaban el sabor del éxito. Habría seguido explayándose, pero le interrumpió el sonido de la chicharra.

En la pantalla del televisor, visible a todos, se formó la imagen del inspector McClusky de la policía neoyorkina, otrora teniente de Homicidios, viejo conocido de Charlie.

—¡Bueno, bueno! —exclamó este—. ¡Miren quién nos visita! ¡Adelante, señor inspector! ¡Su llegada no podría ser más oportuna!

Regodeándose en su jovialidad, que contrastaba con la actitud glacial de quienes lo rodeaban, Charlie persistió:

—¡Vaya, vaya! ¡El bueno de McClusky! ¡La ley y el Orden personificados en su más digno representante! Y ahora fíjense —agregó, señalando con un dedo—, esa lucecita roja que parpadea ahí, junto al monitor, nos indica que el buen hombre viene convenientemente provisto de su arma de reglamento!

Ahora que —siguió, con la vista fija en quien se había convertido en su objetivo—, si la lucecita encendida fuese verde (¡igual que ocurrió hace unos momentos, cuando ustedes llegaban, mis queridos amigos, vean qué coincidencia!), si fuese verde en vez de roja, digo, el significado sería otro: una alteración artificial de la fisonomía de alguno de los visitantes.

—¡Estás más despistado que nunca! —rezongó el profesor— ¿A qué alteraciones te refieres, botarate? ¿Qué demonios...?

—Barba o bigotes postizos —repuso Charlie, sin inmutarse ante la furia del viejo—. O lentillas de contacto... ¡¡Epa! ¡Deténgase! —exclamó—. ¡No lo intente! ¡No tiene adónde ir!

En ese preciso instante, cual si el Destino manejase el cronómetro, McClusky ingresaba en el pent-house. Se quedó atónito al sentirse atropellado por la figura fugitiva; pero sus reflejos actuaron al instante, y pronto el chasquido de un par de esposas evitó la huída.

—¿Ahora alguien me va a explicar qué es lo que pasa?—demandó, triturando el cigarro entre los dientes—. ¿Qué delito cometió esa... persona de ahí?

—Tranquílcese, inspector —sonrió Charlie—. Todo se le explicará... ¡Pero primero permítame que le agradezca el haber acudido con tanta presteza a mi llamado!

—¿Tu llamado? —gruñó el policía—. ¡Creí que había sido Barry Coal, como de

costumbre!

—Él está en Washington, con el Gran Jefe —informó Charlie, en tono alegre—, así que me tocó a mí hacerme cargo del fuerte... ¡Se trata de un caso claro de fraude, inspector! ¡Y por una suma que le haría saltar ese cigarro suyo hasta el techo! ¿La víctima en potencia? ¡Mr. Justin Maddox, sobre quien sin duda habrá leído en la prensa!

—Claro —contestó McClusky—, he oído hablar mucho de Mr. Maddox. ¿Es este señor? ¡Bueno, me alegro de haber impedido...!

—¿Impedido? ¿Se alegra? —Maddox parpadeó—. ¡Creo que necesito un buen trago..., o quizás una aspirinal! ¡No he comprendido nada de lo que pasó aquí, señor mío! ¡Ohhh! —y se tomó la cabeza entre las manos.

—Todo empezó con un manuscrito falsificado —dijo Charlie Fedson—, por el cual le habrían sacado... quién sabe cuántos millones a Mr. Maddox... El manuscrito, claro, venía avalado por una experta... ¡Pero resultó que también la experta era de mentiras!

Y Charlie señaló a la supuesta señorita Callejas, que se estremecía impotente bajo la férrea sujeción de las esposas, aseguradas a un pesado armario de roble.

—Tengo el agrado de presentarle a Miss April Furst, alias... ¡Qué sé yo cuántos tendrá!, a quien usted buscaba tanto desde la famosa estafa del 93!... Se la obsequio, inspector.

McClusky miró incrédulo a la enfurecida prisionera.

—¿Esta? ¿Esta es April Furst? ¡Pero si era una belleza que daba hasta miedo mirarla! Y aquellos ojos tan...

—¡Ah! —exclamó Charlie—. ¿A usted también le impresionaron, eh? ¡Pues solo tiene que quitarle las lentillas de contacto a esta señorita, y podrá solazarse a gusto en su contemplación!

Y uniendo la acción a la palabra, despojó a la mujer de sus lentillas, pese a la enconada resistencia que ella le opuso (la cual tuvo como resultado que se le cayera también la peluca canosa que llevaba).

Un “¡ohh!” admirativo se le escapó a los observadores masculinos cuando la ígnea cabellera se derramó en salvaje cascada.

—El resto es maquillaje (o más bien ausencia de él), ropas de solterona, y una actuación digna del Oscar... ¡Pero ya se sabe que la tal Furst es ducha en todo eso! ¿Acaso no le había escurrido el bulto al mismísimo Barry Coal?

—¡Vaya! —dijo el inspector—. ¡Ahora recuerdo! Pero Barry logró arrebatarse el botín! ¿No había jurado ella vengarse por eso..., justamente el primero de abril? ¡Pero si



es el día de hoy! —advirtió, con ambos ojos clavados en el calendario.

—¡Efectivamente! —manifestó Charlie—. Y repare en la similitud de los sonidos: April First (1° de abril) y April Furst, el alias de la damisela en cuestión. ¡Ya me lo había advertido Barry! Él habría querido estar aquí para recibirla, pues no dudaba que iba a cumplir su amenaza de algún modo, y en la fecha prometida (es una joven de tortuosa psicología, inspector, como la mayoría de los delincuentes geniales); pero se le ordenó acudir a las oficinas de Washington, y tuvo que obedecer. ¡Aunque no se le olvidó dejarme instrucciones para que anduviese alerta!

—¿Y cómo fue que te diste cuenta que...?

—Supe enseguida que el manuscrito era apócrifo. Y nuestro dispositivo de TV, por otro lado, indicó que alguien de los presentes usaba un artilugio para disfrazarse..., aunque confieso que no presté atención al principio, porque supuse que posiblemente Mr. Maddox tendría una peluca, o...

—¡Cómo se atreve! —estalló el petrolero—. ¡Mi pelo es bien mío, y también mis treinta y dos dientes, y mis...!

—Le ruego me disculpe, señor... ¡De todos modos, mi error fue subsanado de inmediato! Cuando comprobé la falsedad del dichoso manuscrito, pues...

—¡No sigas, Charlie! —El viejo Borisoff estaba fuera de sí—. ¡Ya acabaste con mi paciencia! ¡Dime en seguida cómo diablos notaste eso! ¡O no respondo de mí!

—Simple deducción, profesor. ¡Y usted mismo a la larga se habría dado cuenta! O cualquier otro... ¡Que era seguramente lo que quería nuestra hermosa delincuente, para que Barry Coal quedara en ridículo, o hasta resultara sospechoso de complicidad, cuando tarde o temprano alguien cayese en la cuenta del engaño, que en definitiva era muy obvio!

Cervantes escribió su famosa novela del Quijote entre 1605 y 1615, si mal no recuerdo, o sea en pleno siglo XVII. Murió poco después, en 1616... Ahora fíjense en la segunda línea del manuscrito... ¡No, no se dejen marear por el primor de la letra o lo enigmático de una lengua extraña! ¡No caigan en la deformación profesional de los especialistas, que solo revisaron la forma y descuidaron el texto propiamente dicho! Traducido el trozo de referencia, dice: "...la silueta de dos grandes molinos..." ¡Y ahí está! ¡La palabra "silueta"!

Charlie se interrumpió para tomar un grueso libro de uno de los anaqueles. Buscó durante algunos instantes y luego leyó:

—“Silueta”, del francés “silhouette” (1798), abreviatura de “portrait à la silhouette”, dibujo que tomó el nombre de Etienne de Silhouette, Intendente General del

Tesoro Francés en 1759. Parece tratarse de una alusión al paso efímero de dicha persona por su cargo... Esta palabra ingresó al idioma español solo hacia 1860... ¡O sea más de dos siglos después de escrito el Quijote, cuando ya Cervantes era polvo!

“Ya ven —finalizó—. La imitación era casi perfecta en todo, hasta confundir incluso a la buena fe de los peritos... ¡Pero ni siquiera Cervantes pudo usar una palabra que en su tiempo no existía! Por eso no tuve dudas de que había trampa. Luego sumé dos más dos, consideré el aviso de Barry con respecto a la venganza de la encantadora April en el día de hoy, más la lucecita del detector, que podría indicar, como efectivamente lo hizo, lentillas de contacto disfrazando los extraños ojos de distinto tono..., ¡tan bonitos, con todo!..., de la tal April, y... Voilà! ¡Asunto concluido!

Charlie sonrió a los concurrentes.

—¿Puedo ofrecerles una copita de algo, señores? ¡Nuestra hospitalidad es famosa por aquí! Y no estando Barry Coal (que se ahíta de esa inicua soda azucarada sin alcohol)... ¿paladeamos algo más sustancioso..., en grata compañía?

Y así terminó el glorioso solo de Charlie Fedson, la consumación de sus ocultos anhelos, y la reafirmación de su identidad. De ahora en más, Charlie estaría más conforme con su cuotaparte de dicha mundana, y la íntima satisfacción de aquel momento le acompañaría hasta su partida de este Valle de Lágrimas. ¡Había resuelto “su” caso criminal sin ayuda!

FIN

Barry Coal y Charlie Fedson son personajes de la historieta **“Barry Coal”**, creada por el autor en 1968, y llevada a la novela en 1982. Este relato se escribió años más tarde, a manera de una suerte de complemento de aquella.



**CARLOS MARÍA FEDERICI**

Uruguay

Wikipedia: [https://es.wikipedia.org/wiki/Carlos\\_María\\_Federici](https://es.wikipedia.org/wiki/Carlos_María_Federici)



# UN MENSAJE DE FE

JUAN ARTURO  
GONZÁLEZ MAGGIANI

**H**oy es un día especial. Papá y mamá me llevarán a ver el circo de marionetas. No querían, pero logré convencerlos. Dicen que es peligroso salir a la calle. No entiendo. Al ver por la ventana de mi cuarto, suelo ver adultos corriendo, jugando a las escondidas. Me gustan las escondidas.

Mamá discute con papá, no quiere salir. Pero insisto. Por favor mami, solo un ratito y regresamos. Salimos de la casa y bajamos las escaleras que dan a la salida del edificio. Papá mira alrededor como buscando un taxi, pero decidimos caminar. Algunas veces me toman fuerte de las manos y brinco para sentir que estoy volando. Me gusta volar.

El parque está cerca, incluso hace dos años salía a jugar soccer con mis amigos, sin necesidad de ir acompañado. Ahora no nos dejan salir solos. Es como si nadie confiara en nadie. Hay mucha gente en el lugar. No veré nada. Siento los brazos de papá en mis costillas. ¡Wow! Ahora alcanzo a ver hasta los pies de las marionetas. Mi mamá se molesta, dice que es peligroso. Me gusta estar en los hombros de papá.

Escucho una sirena. ¿A dónde van todos? Papá me baja. Todos corren, corren hacia todos lados. ¿Qué sucede? Ya están muy grandes como para temerle a las avionetas, ellas vuelan alto. No creo que se caigan. Me gustan las avionetas.

De repente escucho a un elefante caer. Baja el sol y me quema los ojos. Me duelen los ojos. Vuelo. Caigo. ¡Ay! Me duele mucho la cabeza. Me quiero levantar, pero algo pesado esta sobre mi pierna. ¿Papá? ¿Mamá? ¿Por qué tantos gritos? No me gustan los gritos.

Tengo sueño. Papá dice que antes de dormir siempre hay que rezar al ángel de la guarda. Rezo. Una piedra cae a mi lado. Tal vez estén jugando guerritas los vecinos. Me gusta jugar con los vecinos.

**L**as noticias de la mañana me preocupan. Los días en la nación han sido complicados, cambios políticos y militares. La vida aquí ya no es sencilla. Amín, no creo que sea buena idea salir. El departamento es pequeño. Lo entiendo. Pero podemos hacer algo aquí para distraernos.

Discutimos. Aladdin me convence, su entusiasmo me desarma. Igual que su padre.

Me tranquilizo un poco. Hace semanas que no ha pasado nada en la ciudad, parece que han respetado esta zona como lugar fuera de conflicto. Le pido a Amín, que solo revise bien antes de salir de casa, que no haya nada sospechoso. Caminando por la acera, levantamos de los brazos a mi hijo. El vecindario se ve tranquilo.

Entre mis amigas hemos decidido no dejar salir a jugar a los niños solos. Buscamos ser preventivas. También hemos aprendido a convivir con el miedo. Es triste ya no poder confiar en nadie. Parece que este espectáculo de hilos es famoso. Veo mucha gente reunida. No entiendo que tienen de interesante. No subas al niño, se puede caer.

La alarma de ataque aéreo suena. Tenemos que regresar a casa. Tomamos de la mano a Aladdin. En este tipo de situaciones estar bajo techo es indispensable. Me dejo guiar por mi esposo. El girar de las hélices aterroriza a todos. Espero lo peor.

El estruendo fue grande. Cae cerca de aquí. El impacto me arranca a mi hijo de las manos. ¡No! ¡Aladdin! Todo se ilumina y se llena de un calor ardiente.

Las quemaduras parecen ser graves, pero puedo caminar. Mi esposo, mi hijo. ¿Dónde están? Camino entre lo que sé son cadáveres. Vecinos, amigas, evito ver los rostros. No quiero reconocer a nadie. Saco de mi bolsillo la cruz, la aprieto. No es tiempo y lo sabes. No es tiempo y lo sabes. Este no es momento para que pruebes mi fe. Un sonido particular capta mi atención.

Amín

**E**l trabajo de esta semana fue agotador. Creo que salir es buena opción para quitarme el estrés. Aparte, pobre niño. Estos son los momentos de la infancia que no se olvidan. Tendré que convencer a Farah. No será complicado.

Mira, si te da tranquilidad reviso la calle antes de salir. Me persigno antes de salir, costumbre que tengo desde pequeño. Bajamos y salimos. Noto la preocupación en el rostro de mi esposa. El niño va feliz. Le fascina que lo levanten al brincar. No creo que entienda todo lo que está pasando en su mundo. Así debe ser un niño.

El parque está abarrotado. Este espectáculo de títeres debe ser bueno. Levanto al niño en mis hombros. Pobre, no alcanzaba a ver nada. Creo que Farah está nerviosa. La entiendo, su primo murió hace dos semanas en el campo.

¡No! Maldición, debo llevar a mi familia lejos de aquí. Les tomo las manos. Regresar a casa es lo más viable. Las sombras de los planeadores son grandes. Van a tirar algo, no tardan en hacerlo. ¿Dónde? ¿Dónde? ¡Ahí! Vamos.

La bomba se hace presente. Los aprieto fuerte para no dejarlos ir, pero la luz de la detonación no me deja ver, tropiezo con algo, dejando ir a mi familia. El pecho y los brazos me incomodan. Pero la desesperación me hace olvidar el dolor.

Se aclara un poco mi visión. Distingo una piedra a mi lado. Tú fuiste la culpable. El rencor me hace patearla y se va rodando por la calle en ruinas. Con cada bote le roba un tiempo al cruel silencio. Cae a cuatro metros de mí. Pero, ¿podrá ser?

**JUAN ARTURO GONZÁLEZ MAGGIANI**

México

Página web: <https://juanmaggiani.wordpress.com/>

Google + : [Juan Maggiani](#)





# LA SALVACIÓN

CARLOS ENRIQUE

SALDIVAR ROSAS

Clara, para evitar que el río se la llevara, se sujetó con firmeza de la rama de un árbol caído que se hallaba estable. La niña se desgarró la palma de la mano, de la herida comenzó a manar sangre; el dolor no le importaba, era eso o ser arrastrada por el torrente. Estaba perdiendo el conocimiento, por momentos cerraba los ojos y enseguida los abría de golpe. Se sentía extraviada en una especie de infierno líquido, intentó pensar en algo que la sacara de aquella situación, sin embargo, no había nada claro en su cerebro, sólo fragmentos atroces, gritos, angustia, dolor y mucha agua sucia que la embestía de modo constante como un toro furioso. Los chillidos eran de otros individuos, que poco antes fueron tragados por el río.

La chiquilla empezó a recordar: se anunció mal tiempo y las autoridades les pidieron a los colegios que habían acampado en los alrededores, que evacuaran la zona, porque el río podía desbordarse. Clara lamentó que ella y sus amigos tuvieran que volver a Lima antes de tiempo. El haber salido de la ruidosa ciudad para hallarse en una enriquecedora armonía con la naturaleza la había hecho feliz. Se suponía que el alojamiento en un par de casas de campo (una para las muchachas, otra para los varones) duraría una semana, no tres días. Además acamparon cerca, en el bosque; las exploraciones diurnas y las tertulias nocturnas habían hecho sentir a la niña más cerca de sus compañeros. Fueron instantes de dicha.

Luego todo se convirtió en tragedia.

Las cosas sucedieron muy rápido: los profesores pidieron salir del área en el autobús de viajes, el chofer dijo que no habría problema si cruzaban el río, era la única forma de llegar a la carretera y así alcanzar la ansiada ruta a casa. El vehículo se atoró en mitad del cauce, la corriente creció de súbito, los maestros les dijeron a todos que salieran del carro, o si no, morirían irremisiblemente; lo hicieron, tomados de la mano, empero, el enemigo líquido los golpeó y se llevó a los amigos y docentes a Clara. Ahora ella estaba sola ahí, esperando por ayuda. Su mejor amiga, Edna, ya no estaba a su lado; su último quejido aún estaba grabado en la mente de la niña. Ella asía con fuerza del borde del árbol, pero la corriente arreciaba cada vez más. Lloraba y gemía con desesperación. Todo parecía ya perdido. Se dijo que fallecería de un momento a otro, se preguntó si le dolería mucho o si la sensación de fatalidad sería como cerrar los ojos y entrar a un sueño del que no despertaría. Se dijo que no crecería, nunca sería mujer, no podría tener un futuro con Adrián, el muchacho de la clase que le gustaba y al cual no le confesó sus sentimientos. Jamás tendría un futuro con nadie. Pensó en su familia, de algún modo eso le daba fortaleza, aunque sabía que acabaría cediendo a la potencia del agua. El árbol, del cual ella

estaba aferrada, aguantaba, estaba enganchado de otros árboles, esto le brindaba una oportunidad a Clara, no debía soltarse, pero sus fuerzas se estaban acabando; sabía que su final era cuestión de tiempo, de minutos.

Entonces lo vio. Él nadaba con bravura junto con la corriente. La había avistado. Se había quitado su casaca y la enredó a un árbol que flotaba cerca. Poco a poco se acercaba a Clara y la tomó de la mano en el último segundo antes de que ella se desasiera de una rama.

—¡Están todos muertos! ¡Es horrible! ¡Es una pesadilla! —gritaba histérica la chiquilla.

—Calma, calma —dijo el joven con una voz madura y tranquilizadora—. Ya te tengo, nos quedaremos juntos agarrados a este árbol hasta que nos rescaten. Por favor, resiste.

—¿Quién eres tú? No eres de mi grado. ¿Qué haces aquí? ¿Eres residente del lugar?

—No, así como tú, vine para acampar con otro grupo, de otro colegio, soy de quinto año.

Dijo llamarse Pablo, era alto, trigueño y de contextura fuerte. Aparentaba unos dieciséis años. No había miedo en su rostro. Había vida. Tenía poco cabello, su corte de pelo era casi militar, pero eso le brindaba un atractivo poco común. Había dos heridas algo profundas en los dos extremos superiores de su frente, la sangre resbalaba en delgadas líneas, aún así condujo a Clara consigo alrededor de troncos caídos y arbustos espinosos hacia otro árbol, al cual subieron juntos. La niña todavía chillaba por ratos, no se sentía plenamente situada en el mundo; no obstante, se dejó llevar por Pablo convencida de que con él estaría segura.

Se acomodaron entre las ramas altas del árbol, se abrazaron, para calentarse uno al otro.

Así estuvieron un par de horas: él calmándola y ella, llorando, encomendándose a alguna fuerza divina, en la cual confiaba desde que tuvo uso de razón, diciéndole al muchacho que si no lograba sobrevivir, por favor, le dijera a su familia que la amaba, a sus padres, a sus tres hermanos, en especial a la pequeña Katty, con la que un día antes de ir al campamento había peleado. El cálido abrazo del chico la reconfortaba, ella logró tranquilizarse. Pudieron intercambiar algunas frases mientras esperaban la ayuda, pero en aquella zona boscosa e inundada era muy difícil que alguien los viera. Clara no sabía lo que ocurría en tierra firme. Ahí la consideraban desaparecida. Los demás ya habían sido

ubicados por los rescatistas. El caso se estaba exponiendo en los medios de comunicación, y ya era considerado un desastre de gran magnitud. En total, perecieron veintidós niñas y veintiocho niños, todavía faltaban unos pocos nombres que eran buscados con ahínco. Muchos apoyaban la búsqueda, no solo el personal de las autoridades, sino la gente común. Sin embargo, la situación era grave: un helicóptero había caído al agua cuando se agotó el combustible, sus tripulantes se salvaron, pero el piloto se hallaba grave. Los padres de quienes aún no eran encontrados estaban a la expectativa, y el país en general. ¿Cómo se había podido producir tal catástrofe? Claudia no sabía esto, pero lo intuía y no se equivocaba. El jovencito a su lado le daba ánimos. No cesaba de hablarle. Ella, al oírlo, percibía que aún permanecía con vida. La presencia de su acompañante avivó el espíritu de la niña, quien decidió de corazón aferrarse a la existencia.

—No vi que hubiesen otros campamentos —dijo ella entre lágrimas.

—Llegué recién ayer... ¿Clara, verdad? —respondió con una sonrisa.

—Me conoces, ¿cómo así? —dijo ella con una expresión de asombro.

—Te he visto y he preguntado por ti. Eres una chica muy linda. Sobreviviremos, te lo prometo. Saben que faltamos en la lista de rescatados, la salvación llegará dentro de poco.

Clara vislumbró esos bonitos ojos pardos que brillaban con un aura de vitalidad, pero la tragedia no cesaba de atosigarlos: el árbol cedió y el chico, aunque la agarraba de la cintura con firmeza, la perdió. Ella cayó directo al agua y fue arrastrada por el torrente. Chocó contra un tronco, la sangre le cubrió los ojos. Pablo le exigía que se sujetara de algo, ella no podía, se resbalaba, estaba muy débil. El chiquillo empezó a gritar con gran energía:

—¡No lo hagas, por favor! ¡Si te pierdes de mi vista, me soltaré también y nos iremos juntos! ¡Iré por ti! ¡Solo espera unos segundos...! ¡Clara!

La niña pensó en él y reunió todas sus fuerzas, estiró la mano y pudo sostenerse de las ramas de un enorme arbusto; vomitó agua, estaba amoratada por la baja temperatura del líquido letal. No obstante, levantó la mirada y la esperanza resurgió en ella: su amigo parecía repuesto de su herida e iba en su ayuda otra vez. Era fuerte, estoico. La chiquilla se soltó otra vez, el joven nadó tras ella. La blusa rota de Clara se enganchó a las pequeñas ramas de un árbol que se partía en dos. Si se soltaba perecería, si permanecía ahí también. Frente a ella se encontraba la inmensidad del río que conducía a la muerte. Piedras sueltas y escollos en cantidad. Iba a soltarse, su piel se lastimó. Oyó la voz del que intentaba

salvarla.

—¡Sé valiente, vamos! ¡Unos instantes de esfuerzo, y así tendrás tu vida! ¡No morirás! ¡Mírame, Clara! ¡Sostente! ¡Iré por ti! ¡Espera!

Ella no podía resistir. Se desasía. «No puedo», dijo con lágrimas. Él se acercó, se despojó de su correa y pantalón, hizo una especie de sogá; la lanzó, ella no pudo cogerla.

—¡Sé valiente, maldición! —gritó el chico—. ¡Sé valiente Clara! ¡Valor, debes vivir!

La niña se sujetó de la improvisada sogá y logró acercarse a él, quien la abrazó con una mano en tanto apoyaba la otra en el árbol, el cual aguantaba la potencia del torrente. El refugio los sostuvo. Ella se agarró de un lado del tronco, desde allí se desprendían algunas ramas que eran pequeñas pero resistentes. Pablo se quitó el polo y la casaca, ató las prendas a las ramas por un extremo y el otro a un brazo de Clara. Transcurrió una hora. Dos horas.

Pablo la apretaba a él hablándole al oído, diciéndole que se salvarían, que la ayuda estaba cerca, que ella merecía vivir, que lo estaba haciendo bien. Clara cerró los ojos. El calor de su nuevo amigo era dulce y misterioso; lo único bueno de tan horrenda pesadilla.

La ayuda llegó. Rescataron a Clara desde un helicóptero. La última víctima que faltaba en la lista de los niños. El país entero lloraba la tragedia de los escolares limeños.

Cuando Clara llegó al hospital, recobró todos los sentidos y musitó el nombre de su salvador: «Pablo». El médico y los enfermeros no comprendían, le dijeron que quizá el jefe de los rescatistas, que estaba en el edificio, sabría algo.

—Pablo, un chico alto, de dieciséis años —dijo Clara—. ¿Lo han rescatado? ¿Está aquí? ¿Se encuentra bien? Estuvimos juntos allá. Él me salvó.

—Lo siento, pequeña —dijo el jefe del equipo de rescatistas—, en la lista no hay ninguna persona llamada Pablo. Eran cincuenta y nueve niños, tú eres la única que faltaba. Has tenido suerte. Tu familia está aquí, desea verte.

Ella no supo qué pensar. Preguntó luego si en los alrededores del lugar del desastre hubo otros campamentos; le dijeron que no. Consultó si faltaba algún adolescente que vivía en la zona. Le dijeron que nadie vivía en esos lares, el área pertenecía al municipio.

Su historia no trascendió. Su familia estaba emocionada, mas no le creía. «Nuestra Clarita, siempre ha tenido un imaginación poderosa». Sin embargo, ella insistió en que Pablo había estado a su lado. Lo sabía. Sólo ella lo sabía. Era un recuerdo que permanecía vivo en su mente y al cual podía volver una y otra vez. Todo fue real, no se trataba de un producto del delirio. Ella lo sabía, y eso le bastaba. Siempre fue una incógnita cómo había sobrevivido aquella jovencita tan pequeña de trece años durante dieciocho horas en el río.

Nadie lo entendería. Clara descubriría la verdad al contemplar de nuevo a Pablo el día antes de que fuera dada de alta del hospital; cuando en las sombras de la habitación una hermosa luz roja parpadeó al pie de su cama y un refulgente rostro, del que emanaba gran vitalidad, se presentó ante la muchacha. Ella se puso de pie para abrazarlo, y él le correspondió sonriente. La adolescente pensó en besarlo, pero se contuvo. Lloró. Él la tenía rodeada con los brazos, la miró con un intenso cariño; la soltó y empezó a alejarse mientras le decía: «Si alguna vez me necesitas, ya sabes. Lo hiciste bien, criatura bella. Cuando me necesites, ahí estaré; no dejes de creer en mí». Las, antes oscuras, alas de aquel asombroso ser relampaguearon en la oscuridad iluminándolo todo. Luego se apagaron. En la armoniosa penumbra la fascinada niña sólo pudo musitar, entre tibios sollozos, cuatro palabras eternas:

—Gracias, Lucero del amanecer.

**CARLOS ENRIQUE SALDIVAR ROSAS**

Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/carlosenrique.saldivarrosas>  
<http://fanzineelhorla.blogspot.pe/>





**EL GOL DEL**  
**TATA**  
**RAMÓN MARTÍNEZ**  
**VENTURA**



**L**a pelota partió, larga y precisa, de los pies del “Capi Zalo”. El conocimiento mutuo de tantos años le dijo a donde iba a ir ese pase y picó hacia allí cuando lo vio “acomodar” el cuerpo. Llegó solo frente al golero y, con todo el tiempo a su favor, esperó su salida y la tocó justo al otro palo. Un lindo gol...

Lo gritó y alzó el puño. Inmediatamente lo bajó y se sintió algo avergonzado ya que no parecían un grito y un gesto apropiados para un partido de veteranos a beneficio de la escuela rural cercana a su pueblo. Buscó con la mirada la cabecita de su nieto entre el gentío... no lo vio. ¿Habría visto el gol del Tata?

Curiosamente no le gustó el fútbol hasta los doce años. Prefería explorar los montes de acacias que se extendían desde atrás de los médanos de la playa, corretear culebritas, agarrarlas por la cola y decir como si nada: no te pican porque la cabeza no puede llegar a su cola.

Sus juegos eran desde luego, las interminables batallas de indios y cowboys, montados en nerviosos palos de escoba que relinchaban feroces y echaban espuma por la boca. Decía que era un indio guenoa, aunque no tenía idea de dónde habían vivido los guenoas. Simplemente le gustaba el nombre.

Una vez su padre lo invitó a ir a la cancha a ver un partido de la selección local. Y de pronto se enamoró para toda la vida de ese deporte. Lo fascinaron de inmediato las largas carreras de los punteros, el rudo choque de los cuerpos y el salto de los cabeceadores, que parecían que se colgaban del cielo para llegar a la pelota. Y sobre todo la habilidad con la que acariciaban la pelota antes de pasarla o tirar con terrible violencia.

Se propuso porfiadamente ser jugador, y a sacrificio y entrenamiento se fue haciendo un jugador regular, llegando luego a la primera división y luego a la selección local con la que lograron ganar el primer campeonato departamental de la historia.

Terminó el partido. Cansados, felices y maltrechos caminaron lentamente hacia el vestuario, como tantas veces, como siempre. Allí volvían a nacer las viejas bromas, las mentiras y verdades de aquella jugada de veinte años atrás, que, curiosamente renacía, cada vez más linda, cada vez más perfecta.

Desde que habían ganado un campeonato departamental para su pueblito, hacía tantos años, se habían convertido en los “mimosos” del lugar. Cuando se retiraron y pasaron a la categoría de veteranos, comenzaron las invitaciones a exhibiciones, partidos a beneficio de alguna escuelita o comisión vecinal y, como todos amaban el fútbol, iban a todos lados, se amontonaban en tres o cuatro autos y algunas motos. Y allá iban nerviosos y expectantes aunque estaban seguros que los esperaban el cariño y el recuerdo a donde

fueran.

Es que en la cancha disfrutaban de una vida particular en la que solamente tenían que enfrentar a otro equipo y se apoyaban mutuamente. Dependían de su habilidad y agilidad para enfrentar al marcador, generalmente un vecino del lugar que lo que menos quería era lastimar a alguno de los viejos cracks. Eran reglas claras y sencillas, ayudabas a tus compañeros y ellos te ayudaban a ti. Tu habilidad solo enfrentaba otra habilidad.

Cuando terminaba el partido terminaba el sueño compartido. Volvían, apretados, rodillas sangrantes, machucones, dolores por todos lados.... Claro que ya no eran aquellos briosos centauros de veinte años atrás y volvían a la vida cada vez que salían de las rayas de cal.

Y la vida los esperaba fuera. La exigente amante que engañaba con sus transparentes tules, tras los cuales un brillo que encandilaba ofrecía un mundo perfecto de riqueza, amor y sensualidad... ¿Un mundo feliz? Todos se tiraban de cabeza a través del tul y muchos encontraban una caída sin fin en un interminable pozo hacia la muerte... o se estrellaban en una realidad que les decía: ¡Vuelta atrás, comienza nuevamente de cero!

El duro tablón del vestuario no ayudaba a calmar los dolores de los músculos cansados... pese a todo las conversaciones eran siempre las mismas y distintas: “¡Tragón! estaba solo y no me la pasaste!”, “lindo gol, pero el arquero no llegaba ni a los cordones de sus zapatos”, “¿Te acuerdas del gol en la final del 69 contra el Chuy?”. Claro que se acordaba. ¡Ni la peor de las desmemorias borraría ese recuerdo!

Tomó el bolso y caminó, rengueando y lento hacia el auto. Agradecía distraídamente las felicitaciones y el cariño de los organizadores. Miraba hacia la gente que se retiraba de la cancha pero era poco probable que viera a su nieto. Le pareció que había visto a varios de sus amigos, así que supuso que se habría ido con ellos a ambiciosas aventuras de capa y espada. Lógico, con ocho años qué va a estar mirando partido de viejos.

Cuando iba cerca del auto, de pronto su espalda se enderezó, sus pasos volvieron a tener la rápida agilidad, los dolores desaparecieron y la vida dejó de ser, maravillosamente, aquella arpía que los pisaba y una y otra vez, y les ofrecía las uvas demasiado altas. Un grupo de niños lo esperaba, y uno de ellos se adelantó con una sonrisa radiante:

“¡Tata! ¡Qué golazo hiciste! ¡Mis amigos quieren que les cuentes los goles del 69!”

**RAMÓN MARTÍNEZ VENTURA**  
Uruguay



# LA NOCHE Y LA LUNA

DENI MORZILLI

**L**a Noche le preguntó cierta vez a la Luna por qué brillaba con tanto ímpetu iluminando todo con su hermoso resplandor. La Luna, imprudente, le contó que llevaba una perla, que adornaba su vestido blanco, y que la hacía feliz porque gracias al adorno todos los ojos se fijaban en ella.

Durante el día pasaba desapercibida sin la perla. En cambio, durante la noche, la llamaban hermosa y única por su brillo incomparable. La Noche no entendía la arrogancia de la Luna que solo aspiraba a ser amada y aceptada por desconocidos. La felicidad de la Noche se basaba en hacerles perder el rumbo a los viajeros en su oscuridad impenetrable.

Cierto día, aburrida de que los viajeros no se perdieran gracias al resplandor inagotable de la perla, llamó a una estrella pequeña y rencorosa para que le quitara la perla a la Luna. La estrella, cansada de que nadie le prestara atención, salió antes del amanecer, mientras la Luna dormitaba, y le robó la perla.

La tristeza de la Luna cuando despertó y no encontró su amada perla fue tan grande que no paraba de lamentarse y la Lluvia la acompañó con lágrimas de dolor por varios días, arruinando las cosechas e inundando los campos.

El Sol quiso saber qué pasaba y descubrió la maldad de la Noche. Le pidió a la Luna que le dejara ocupar su lugar. Aquella noche fue un día eterno y la Noche disgustada se tuvo que retirar, amenazada por el Sol, que le advirtió que no habría más oscuridad si no le devolvía la perla a la Luna. La Noche la devolvió pero antes ofreció un trato: La Luna se quitaría la perla durante unos días al mes, para que la Noche mantuviera su reinado. La Luna accedió feliz.

Desde entonces, durante unos días cada mes, la Luna no brilla en el cielo y los demonios salen a cazar a sus presas, mientras los elfos prenden velas en las puertas de sus casas y llaman a las luciérnagas del bosque para que los iluminen, porque la Noche acecha malvada en cada rincón, colmando todo con su negrura.

Cuento publicado en "MEDANIA" Editorial Dunken.

**DENI MORZILLI**  
Argentina

Página Web: [www.medania.com.ar](http://www.medania.com.ar)



# EL CARNAVAL DE MI PUEBLO

ADA INÉS LERNER

**E**lca estaba preparada a las diecinueve horas de ese Martes de Carnaval, para que su papá la acercara con auto al centro del Pueblo. Luego él la seguiría de cerca, por las dudas, aunque no se dejaba ver.

Los mozos eran atrevidos con las chicas bonitas ¡Si lo sabía él!

El disfraz de Elca era un gorro frigio de un rosa deslucido que simulaba tapar el pelo gris deslustrado y de corte desparejo. La careta flexible dejaba entrever sus ojos celestes, burlones y simulaba tener una nariz aguileña enorme sobre una sonrisa guasona. La piel de su cuello y su cuerpo juvenil mal disimulados con una larga camisa del mismo basto rosa sucio que llegaba hasta el piso.

Ella recorría la avenida principal donde los pueblerinos se apiñaban para no perderse las carretas y la diversión. Elca arrastraba con una mano una escobilla de escasos hilos, y en la otra llevaba guantes enormes con largas uñas falsas que aparecían mal pintadas y rotas y la bujía de una sola vela apagada.

Entonces Elca se paraba frente a un joven, le alargaba la bujía y pedía que la encendiera mientras ella, con gesto burlón pero bajando la cabeza con falsa humildad simulaba barrer la calle y las alpargatas de los más cercanos.

Algunos la satisfacían con una sonrisa y ella, si el mozo le agradaba, apagaba la vela y lo miraba pícara para repetir la acción. Cuando terminaba el desfile, ése y también otros elegidos o no, la invitaban a bailar en la pista.

Esa noche uno de ellos la invitó a bailar una polca y la fue llevando fuera de la pista hasta un rincón debajo de un viejo ombú. Elca intentó deshacerse de la opresión y apareció el padre, intentó convencer al joven y como este no cedía su presa le tiró un golpe debajo de la cintura. Al mismo tiempo, Elca gritó una advertencia a su padre pero fue tarde, este sintió el metal ardiendo en su espalda y a Elca un muchacho la subió a un jeep que se alejó rápido. Mientras alguien conducía otro le arrancó la camisola y buscó su sexo. Triste Miércoles de Ceniza para Elca y su familia.

**ADA INÉS LERNER**  
Argentina

Blogs: <http://yosoylaescritura.blogspot.com>  
<http://empezarporcerrarlosojos.blogspot.com/>





LUNA. LUNITA

JOSÉ RAMÓN

VILLALOBOS



Érase una vez un día radiante, como todos los días en la ciudad de Maracaibo, en una urbanización ubicada en la parte norte-este. Todos los días, solía salir un señor delgado, perteneciente a la tercera edad, pero de contextura fuerte. Acostumbraba a sacar a su perrita a dar unas vueltecitas por su lugar de residencia; además la perrita de pasear, distraerse, aprovechaba para hacer sus necesidades fisiológicas, y el señor lo disfrutaba.

En esa rutina de todos los días, algo inesperado sucedió en esa mañana hermosa, cuando el señor Pepe, que así le conocían en su sector residencial, estaba sentado con su perrita, contemplando el ambiente, viendo pasar varios niños que iban uniformados para el colegio, unos acompañados de sus padres y otros solos con sus amiguitos, así como también jóvenes y adultos que esperaban su transporte para realizar sus diligencias. Pepe, estaba entretenido pero pendiente de su perrita, cuando de repente la mascota, llamada Lunita, le dice:

—¿Está caluroso el día? ¿En qué piensas Pepe?

—¿Queeeeé?, le responde Pepe, todo asombrado por lo que estaba escuchando, y riposta:

—¿Lunita, tú hablas?

—Sí, dijo ella.

—¡No lo puedo creer! ¡Par diez! ¿Estaré soñando?

—¡Pues no! —lo inquiera Lunita— ¡No estás soñando! Y, ¡pues, sí, hablo! ¿No me estás escuchando? Por favor, ahora que lo sabes quiero que me guardes el secreto. Por lo que más quieras en el mundo, no se lo digas a nadie.

—¡A nadie! ¿Ni a tu protectora Ramona, que te quiere en demasía?

—Ni a ella, porque es una sentencia de mi ser supremo, quien me lo dijo bien clarito, que solo seleccionara a un ser humano de mi entorno que tuviese el don de la chispa de la eternidad. De no cumplir con esto, otro cuento será.

—¿Chispa de eternidad? ¿Qué es eso? —todavía anonadado, seguía preguntando Pepe.

—Te lo diré en otra oportunidad, para eso tenemos mucho tiempo, ahora que están comenzando las cosas buenas entre nosotros, quiero ir al grano, unas de mis misiones es la de conocer quién soy, de dónde vengo, quiénes son mis padres, cuántos hermanos tengo para poder resolver este conflicto de identidad que me agobia.

Pepe, todavía embelesado, aturdido y abrumado por lo que le estaba sucediendo y

viviendo, por la gran sorpresa de saber que su perrita Lunita hablaba, le pregunta:

—¿Qué conflicto?

Y se pone las dos manos en la cabeza y se la soba en forma circular, se toca, se da golpes en la cara, se pellizca, hasta se muerde los labios y se ve un hilito de sangre. Y siente lo que está viviendo y, ya centrado a la realidad y a la veracidad de los hechos, reinicia su diálogo con Lunita, quien lo observa de pies a cabeza.

—¡Bueno Lunita!, en verdad, te contaré lo que se de ti... ¡Mija!, la verdad es cruda. como toda la verdad, pero es la verdad.

—¡Pues dígamela ya, señor Pepe! ¡Estoy ansiosa! Estaba esperando este día para conocer mi historial.

—¡Con calma Lunita! Ahora te lo digo yo, para eso hay mucho tiempo, como me lo dijiste hace ratito ¿O no?

Ambos soltaron sus carcajadas al unísono como si estuviesen sincronizados.

—¡Bueno!, —empieza el señor Pepe a decirle— Era una noche muy bonita, el universo estaba lleno de estrellas, era un día dos de octubre del año 2009. Ese día se presentó a nuestro cuarto-dormitorio, el menor de nuestros hijos, llamado Jemetachón, en wayunaiki (idioma indígena Guajiro) significa sabrosito, todo misterioso, inquieto, y en su mano derecha, traía algo muy pequeñito, algo peludito, que solo le cabía en una mano, algo de color champagne y dice:

—*Maa, Paa, aquí les traigo un regalito que sabré que va a ser de su agrado por su buen corazón* —entonces su mamá la señora Ramona, se sienta a orilla de la cama y dice:

—*¿Qué es eso?*

—*Es una perrita,* —contesta Jemetachón— *que me regaló una amiga para que la recordara cada vez que viera a esta criaturita de Dios.*

En ese momento yo que estaba acostado viendo la televisión, junto a Ramona y que había escuchado todo, le digo:

—*Esta criaturita no mide ni diez centímetros, no ha abiertos los ojitos, tiene las orejitas cerradas, aún no tiene dientecitos, su boquita es muy chiquita, se ve que no tiene fuerza para succionar ni las tetas de su madre.*

Mientras que Pepe le contaba esto a Lunita, ella lo miraba a sus labios para no perderse de una sola palabra de lo que estaba escuchando... Y continúa el relato:

Y yo le digo:

—*Jemetachón ¿Por qué no la llevas de nuevo a tu amiga, hasta que tenga siquiera dos meses?*

*porque se ve que apenas tiene pocos días de haber nacido.*

Y responde Jemetachón:

*—Paa la dueña está regalando todos los cachorros de la perra que le parió para no botarlos al basurero y es por eso que decidí aceptarla así y evitarle una muerte segura.*

La conversación fue rápida, como lo fue la solución o la alternativa al problema.

*—¡Bueno, buenol, —digo, mirando a Ramona— Veremos qué hacer con este regalo, con esta criatura de Dios, para salvarle primero la vida. Como ya es de noche, la llamaremos Luna pero como es de una raza pequeña la llamaremos Lunita, para recordar que vino de noche a formar parte de nuestra familia.*

A partir de esa noche te quedaste a dormir en una cajita de zapatos como cunita al lado de nuestra cama.

Y Pepe le sigue contando su historia a Lunita:

—Lunita aún no habías abierto los ojitos, no tenías aún dientecitos. Te compramos un pote de leche maternizada para sustituir la leche materna para el momento y cada tres horas te dábamos tu alimentación con ayuda de un algodoncito porque no agarrabas el biberón, porque tu boquita era muy chiquita y no tenías fuerza suficiente para succionar, hasta que creciste y te hiciste adulta.

De pronto interrumpe Lunita la caminata y dice:

—¡Aja! ¿Cuántos hermanitos tengo? ¿Cómo se llaman mi mamá y mi papá?

Responde Pepe:

—Solo sé que tenías dos hermanitos más. El nombre de tu mamá le decían Princesa, de tu padre no lo sé. Solo sé que preñó a tu madre en un descuido de ella al salir a la calle sin permiso, y es por eso que su dueña o protectora, no los quería a ustedes porque según ella ustedes fueron producto de la lujuria, del pecado y que ella como buena cristiana no iba a aceptar los productos del pecado en su casa.

Interrumpe Lunita para decir:

—Siga, siga, siga señor Pepe, porque me está gustando su historia, bueno mi historia. Trataré de no interrumpirlo más, pero es que me gusta, me gusta ¡Ajá!

—¿Por qué estas tartamudeando, gagueando?

—Eheeh queque cuan cuando me emociono me mepa pasa esto, señor Pepe, no se preocupe que se me pasa rápido.

Las horas pasaron, como si fuesen segundos, minutos para los dialogantes, primero porque Pepe se asombró con esa buena noticia de que Lunita hablaba como los seres humanos; y por la otra parte Lunita estaba conociendo su historia, su árbol

genealógico. Estaba resolviendo su conflicto que la estaba martirizando desde que tenía uso de razón, según ella.

Retomando la conversación entre el señor Pepe y Lunita, Pepe le dice:

—¡Bueno Lunita!, para continuar tus relatos, tu historia, te haré unas preguntitas, que me han inquietado y me dan vuelta en la cabeza y no se me quiere despejar.

Responde Lunita:

—Afloje que estoy dispuesta a todo.

—La pregunta es la siguiente —dice Pepe— ¿Por qué no seleccionaste a Ramona para informarle de tu don de hablar?

Responde Lunita:

—Es muy sencillo señor Pepe, ella no posee la chispa de la eternidad, es una criatura mortal, como todos los mortales que al morir, muere su físico, y su alma y su espíritu morirán. Me da lástima ella es por eso que constantemente la sigo por donde vaya, aunque sea en nuestra casa para evitar que le pase algo, porque es un ser débil como lo dije al comienzo, la trato de proteger; y cuando se ausenta de mi casa me pongo triste, muy triste por no poder estar a su lado. Es por su debilidad mortal ¿Usted me comprende, me entiende señor Pepe?

—¿Por qué tardaste tantos años para develar tu secreto?

—Bueno señor Pepe, sinceramente creí que usted no estaría preparado para soportar mi develación, pero ahora me he dado cuenta que usted es una persona fuerte, con razón tiene también la chispa de la eternidad. Le diré que cumplí lo que mi ser supremo me indicó “que al pasar de cuarenta años luz perruna y luego de pasar tres lunas menguantes”, podía revelar mi potencial divino, de poder expresarme como los humanos, pero eso sí, solo con un ser humano que posea la chispa de la eternidad como la tienes tú.

—¡Epa, Epa!, Lunita te he oído hablar de la chispa de la eternidad en varias ocasiones, quiero que me expliques eso, por favor.

Sonríe Lunita y dice:

—Está más claro que el agua, no todos los seres humanos tienen la chispa de la eternidad, eso significa que quien la posea al morir su alma no muere, muere su carne, muere su físico que se transforma en otra cosa y por esa razón usted fue el seleccionado en la escritura perruna para que yo cumpla mi misión en esta tierra.

Las conversaciones entre Pepe y Lunita duraban horas, todos los días de la semana, del mes y del año, de todos los años, ambos se reían, jugaban como niñitos con juguetes recién recibidos, se contaban sus cuitas, sus aciertos y desaciertos de sus

vivencias; y cuando llegaban a la casa de retorno de su paseo y la señora Ramona preguntaba ¿por qué tardaban tanto? El señor Pepe solo respondía:

—¡Caso de la vida! Hay momentos que Lunita decide venirse rápido a la casa cuando escucha cualquier explosión de cohetes o ruidos raros y otras veces no le para a eso.

El señor Pepe y Lunita se miraban, con esas miradas de picardías por el secreto bien resguardado por ambos dos, como dicen los del cono sur.

Soles, lunas, días, meses, años, pasaron y el secreto de ambos permanecía incólume. Al salir a pasear buscaban un lugar que fuera solitario o poco trascurrido por la gente para no ser descubiertos. En uno de esos trajinares, el señor Pepe le dice:

—Lunita ¿Por qué cuando tú estabas en celo rechazabas a tus pretendientes, muy diferente a otras perritas que más bien los acechan para unirse?

—La respuesta es muy sencilla, señor Pepe, yo vine a cumplir con una misión y no es la procrear, porque soy diferente a las demás de mi especie, porque poseo la chispa de la eternidad, la chispa de la inmortalidad. Es más, te diré que mi misión es la de hacer feliz a la familia que me acogió en su casa y que son ustedes. Te lo voy a pedir de nuevo no vayas a decir este secreto, este pacto entre un ser humano con chispa y una perrita con chispa que esa soy yo. Si por casualidad, señor Pepe, usted revelara este secreto, ese día mi físico, mi cuerpo se consumiría como los otros seres mortales y los dejaría físicamente.

En ese momento, ya para finalizar la idea, el señor Pepe fue despertado a besos por la perrita Lunita. El señor Pepe estaba durmiendo y soñando.

**JOSÉ RAMÓN VILLALOBOS**  
Venezuela

Twitter: [@JrVillalobos51](https://twitter.com/JrVillalobos51)

Instagram: [Jrvillalobos51](https://www.instagram.com/Jrvillalobos51)



**DESDE LA**

**VENTANA**

**ROLANDO DI LORENZO**

**E**n una mesa de Marechiare nos juntamos y estábamos en plena charla, cuando recordé el caso de Doña Luisa.

—¿Ustedes saben lo que le pasó a la dueña de la pinturería con Darío?

—Darío? ¿Quién es ese? —dijo el Negro sorprendido.

—El empleado de la pinturería —dije— aunque ya no está más.

—Sí, ya se —dijo Carlitos, al que no se le escapaba nada— vos también lo conocés Negro, un tipo gordito y pelirrojo, lo que no sabía era que se había ido...además... ¿saben que es un robot?

—Ya sé de quién hablás, ¡no me digas que es un robot! —dijo el Negro riéndose y mirándonos a los dos.

—Yo tampoco lo sabía, me enteré después del lio; porque es de los nuevos y no se nota, pero ¿Les cuento o no? —Les dije haciéndome rogar— Pero ojo que esto no es una broma, pasó en serio y lo sé de buena fuente.

—Seguro que te venís con un drama, aunque pensándolo bien ¿los robots tienen dramas? —me dijo Carlitos preparándose para el relato

—Y... ya los hacen tan iguales a nosotros, que en una de esas los aparatos esos sufren —siguió el Negro ya filosofando— dale contá lo que sabés.

Autorizado por la mesa, me dispuse a contar lo que le había pasado a Doña Luisa y su robot:

—Todo comenzó hace un tiempo, Darío, parecía un buen muchacho y sobre todo con buena presencia. Lo habían pagado muy caro, porque era uno de esos aparatos preparados para trabajar sin descanso. Muy formal con los clientes y servicial, digamos un tipo correcto, de esos que te olvidás que son una máquina.

Luego de un tiempo, el robot, fue sometido por la dueña de la pinturería a un acoso sexual permanente. Aparentemente la mujer, vio la posibilidad de recuperar viejos tiempos y como se lo imaginó, estas máquinas estaban preparadas para no negarse nunca ante sus dueños. Era quizá la última oportunidad que le quedaba en la vida.

—¿Estás hablando de la dueña?... ¡Es una vieja!—argumentó Carlitos.

—Es que cuando a uno le agarra fuerte la pasión es bravo —acotó el Fede, que recién llegaba a la mesa.

—Seguí con el cuento —me dijo el Negro interesado, y así lo hice:

—Darío al principio no le daba bola, posiblemente porque no tenía idea de cómo actuar. Pero parece que una noche, luego del cierre del negocio, la mujer lo llevó a una habitación de arriba. Esto comenzó a pasar seguido y llamó la atención de Tito, el viejo



robot que trabaja como ordenanza; al que no se le escapaba ningún detalle. Este se la rebuscó para acercarse a la ventana de Doña Luisa, en el primer piso y, haciendo equilibrio sobre el techo de tejas, pudo ver lo que había imaginado —Ya me había ganado la atención de todos en la mesa, entonces continué:

—Él mismo fue el que me contó todo, por eso dije que era de buena fuente — detuve mi relato, para crear un ambiente de suspenso y luego de unos segundos continué — Aunque parezca mentira, la vieja lo fue convenciendo y enseñando a Darío, hasta que lo convirtió en su amante. Esto no tardó en causar la intriga de Don Pedro, el marido, al ver que día por medio, luego del cierre, ella subía con el empleado a revisar anotaciones contables. El hombre, como todos saben, está condenado a una silla de ruedas, no podía subir escaleras ni hacer ninguna investigación, pero se animó y le pidió a Tito que le hiciera un favor especial, tenía que ir a la habitación de arriba y, bajo su responsabilidad, ver qué pasaba allí, porque estaba seguro que Darío los estaba estafando en el negocio.

—El viejo piola se dio cuenta de la metida de cuernos —gritó el Negro.

—Quizá, pero si me dejan les sigo contando —nuevamente autorizado a hacerlo, seguí:

—A Tito le dio mucha lástima, porque ya sabía lo que pasaba y no pensaba decírselo a Don Pedro, para no hacerlo sufrir; ya tenía demasiado con su invalidez. Se le ocurrió entonces meter mano en el asunto y hacer justicia secretamente. Sabía que el traidor era un robot de los buenos, pero igual se la ingenió para atacarlo una noche cuando se iba para su casa. En realidad, dos cosas lo motivaban, hacer justicia por un lado y demostrarse a sí mismo, que podía ser mejor que este último modelo, tan publicitado. Había cargado con una serie de herramientas como para desarmarlo o inutilizarlo. Luego de arrastrarlo hacia el garaje de la casa, bien atado, lo estudió de arriba abajo y como buen robot que era; aunque de un modelo viejo, se dio cuenta enseguida que en la zona de la nuca tenía una abertura, cubierta con una tapa de piel; allí dentro encontró una serie de plaquetas y conexiones diminutas, con las que se entretuvo un rato probando las reacciones del aparato cuando las sacaba y las ponía de diferentes formas. Por último dio por terminado su trabajo, tapó la abertura y lo desató, había pasado toda la noche trabajando.

Al día siguiente, cuando abrieron la pinturería, Darío se acercó a Don Pedro y cariñosamente le dio un beso y le hizo una caricia, luego se dirigió primoroso al mostrador dispuesto a atender a los clientes mañaneros y, ante el asombro de Doña Luisa ni le dirigió la mirada, solo un frío “Buenos días señora”. A medida que fue pasando la

jornada de trabajo, fue embarazosa la actitud del robot hacia los varones que llegaban al negocio, miradas furtivas, “ojitos”, sonrisas melosas y hasta algún que otro piropo. Tito no pudo aparecer en toda la mañana por el negocio; invadido por una risa incontrolable, solo con mirar a la enfurecida Doña Luisa y al satisfecho y divertido Don Pedro.

**ROLANDO JOSÉ DI LORENZO**

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/rolandojose.dilorenzo>



# **PALABRAS AL VACÍO DEL PAPEL EN BLANCO**

**CARLOS A. GÓMEZ D.**

"Las personas se sienten aisladas, desamparadas y víctimas de fuerzas más poderosas, a las que no entienden ni pueden influenciar"  
Noam Chomsky

Palabras que vienen que van que sienten que vienen que van.

**U**n día tuve una pesadilla....soñé que las letras abandonaban el planeta, las páginas de los libros se quedaban deshabitadas, las letras salían cual si fuesen hormigas voladoras abandonando su imprenta morada.

Las hojas escritas iban quedando en blanco, la gente corría en todas las direcciones, las mismas por donde las letras huían en un último intento por su regreso.

Se había dado tanto derroche de todo, que recuerdo con absoluta precisión las palabras que gritó un hombre en la plaza: “¡¡¡Mundo, planeta tierra, qué queda de ti, qué queda, solo viento queda, eco de polvo queda, eso queda de ti, eso queda, mundo planeta tierra!!!”

Las palabras fueron declaradas oficialmente, por primera y última vez, materia prima, insumo, recurso natural no renovable...era un hecho real y por tal los más ingentes esfuerzos del hombre se centraron en divulgar los medios por los cuales se creía supuestamente que las letras y sus conjuntos se podían preservar.

Se inventaron detectores de letras y se comenzaron a ofrecer recompensas por conjuntos de letras o palabras ya que sin este importante material no se podían hacer oraciones o discursos, ni versos ni poemas, ni se podían conjugar los verbos o realizar proverbio alguno, ni mucho menos hacer de la música un montuno.

Cada letra perfeccionaba cada vez más su capacidad de sobrevivencia y se escapaban cuando el hombre dormía y los pocos noctámbulos, en la noche que libre es, no se ocupaban de cuidarlas aún.

Cuando comenzaron a agotarse las letras se buscaban por medio de la minería terrestre y acuática, se cavaba profundo en su búsqueda, pues una sola letra llegó a ser más apreciada que un diamante en bruto.

Como las letras y sus conjuntos habían demostrado algunas propiedades físicas, cierta capacidad de ser eco, de retumbar y lógicamente de sonar, entonces se puso todo el poder de la ciencia en su búsqueda por medios acústicos.

Luego sucedió lo más terrible, las letras de los teclados, como si fuesen palabras dichas, igualmente se marchaban y de manera continua, como el agua, los conjuntos de letras que estaban en lo más profundo del ser fueron las últimas en abandonarnos.

Este escrito se realizó con las últimas letras que se pudieron juntar.

**CARLOS A. GÓMEZ D**

Twitter: [@cabetogomezdiez](https://twitter.com/cabetogomezdiez)



**MÍ SERA ELVIRA**

**MARÍA ISABEL  
BRICEÑO ARMAS**



Eh! Lasciate che vada/ Egli non merta / che di lui ci pensiati.  
(Eh ! dejad que se marche ! Ese no se merece / que penséis en él).  
Mozart (Don Giovanni)

**J**ohn Jairo agoniza si a su alrededor no revolotea un montón de mujeres como guayabas perfumadas a punto de caer a sus pies.

Las percibe en su taller de reparación y venta de férulas; en la antesala cansona de una oficina de impuestos; en un roce de manos al mercar; en el parloteo entre vecinas, amigas de las primas, comadres de las tías.

Basta una vieja en su territorio, para que desde su cerebro se dispare el impulso de acecharla, activos todos sus sentidos, dispuesto a la cacería.

Sin más preámbulos que un soplo de feromonas, la aparición pasa enseguida a formar parte de un catálogo particular de amigas elegibles de todos los tipos, donde cada una pudiera mantener las esperanzas, siempre que le demuestre una idolatría sumisa, sexual, enamorada. Sobre todo, si mantiene cero aspiraciones a entintarle la agenda, y ni la más remota esperanza de trascender, favorita, por encima de las demás.

A primera vista, John Jairo nada especial tiene para justificar la posesión de semejante harén. Más bien enjuto, cara común, narizota, frentón, entradas en el pelo, vestir simple; obsesionado con su trabajo y las rutinas de su casa solitaria. No posee pues una guapura extraordinaria, ni montones de dinero, ni el clásico trashumar del habitué bien dispuesto, galante, acosador e irreverente, réplica de los donjuanes habidos y por haber.

Pero basta el sonar de su voz de bajo, nunca le rendiría igual si tuviera esa desgraciada voz aflautada que condena a algunos infelices, basta el musk de su natural fragancia... ¡vamos! Que a la mujer va y se le descoyunta algo muy adentro, arrebatada por la peregrina creencia de haber encontrado al de su vida.

Garantizada la fácil atracción, el araño —si respetamos la aplicación de géneros tan de moda— empieza a tejer. Danza antigua, primigenia, dirigida por John Jairo con estudiada habilidad.

A esto agrega el hacerse útil de inmediato a la de turno, ya sea para abrirlle paso, invitarla a un café, sujetarle la puerta del taxi, ofrecerle un detalle, allanarle alguna gestión, aconsejarla con mucha cautela en algún lío personal, compartir sus opiniones totalmente, simpatizar con el hijo, valorarle la belleza del atuendo, la gracia de un pendiente... Al llegar a este punto, la pobre, hasta las narices del día a día, sin destrezas para gratificaciones, concluye muy convencida, neblina rosa y campanillas incluidas, en que se

ha ganado el gordo de la lotería.

Es el momento esperado por él para decirle con mucho sentimiento —dándole un gran susto— a ella, la jamás soñada, que no podrá responderle como obviamente se lo merece: con compromiso y dedicación absoluta. Por más que. Es su desgracia, la causa de sus fracasos anteriores: ser un hombre sumamente ocupado. Compungido muy sinceramente.

¡Tonterías! Ella se desboca igual al Caballo Viejo de Simón: sin pararle al freno ni a falsas riendas, lanzada a un abismo escalofriante de éxtasis, encaramada en Un amor tan grande no puede morir así, remake personal.

Para él, ella no es más que la más reciente chica en su galería. Más nada.

Sin embargo, nada es perfecto.

Existe para John Jairo un segmento femenino donde no tiene suerte: el de esas mujeres a las que sus mamás, la experiencia de la vida, los libros... ¡quién lo sabe! les enseñaron: los hombres, con ligerísimas excepciones, para lo que sirven. Con esas se le hacen añicos sus artes de seducción. Por eso él, curtido, enfila hacia la media humanidad criada bajo ese régimen de horror denominado patriarcado.

Y así, pez en el agua, living la vida loca, se pasea por todo el norte de Suramérica dejando una estela de colombianas y venezolanas secretamente adictas, justificándole en el “pobrecito... él también sufre mucho con su manera de ser...” aunque en los picos de la verdad, más desengañadas que comprador de baratija china.

John Jairo, más astuto que Ulises, sabe retirarse a tiempo, acusándolas, con desfachatez, de no estar a su altura, de pecar por excesivas, o por lo contrario. Cualquier excusa para poder escapar antes que reaccionen histéricas, acosadoras, asesinas, suicidas, echándole en su persecución un candelero de parientes narcos, santeros, guerrilleros, policías, enchufados, malandros, todos unidos, como no los acercaría jamás ni el más sustancioso bussiness.

Se instala definitivamente en Caracas porque cree en esa Tierra de Gracia, no por el oro, ni el paisaje, ni el clima, sino por sus mujeres repotenciadas. Lo obnubila hallar todos los colores y formas del mundo en cada crisol y, después de unos años gozando un continuum de embriaguez sexual como no lo había vivido en otro lugar, se deja preñar.

Como cualquier adolescente.

John Jairo se dispone a enfrentar aquel embate de la vida del que no puede desentenderse con facilidad. A eso de la paternidad, no sabía las razones, él no le puede pasar por encima tan fácilmente.

Muy raro en un Don Juan pero es así.

Sin embargo, da la pelea. A él, macho corrido por siete plazas, no lo van a atrapar tan a lo tonto con semejante truco. Mucho menos una verdadera infiltrada en su catálogo de elegibles, con nada en la proa ni en la popa. Ni pompis, ni pechuga, ni rulos, ni botox, ni silicón, ni palabra, ni acción, ni dinero, ni oficio, como la de esta vez. Y comienza un duelo:

Ella: Me fallaron las anticonceptivas.

Él: ¡Bien mosquita muerta que me salió usted!

Ella: Qué pena con mis padres, se infartarán.

Él: ¡La llevo ahora mismo a una clínica de esas!

Ella: La Iglesia de la Congregación del Día del Juicio Final me lo prohíbe.

Él: ¡Mierda!

Ella: No lo es. Casémonos para que tenga un hogar donde criarlo como debe ser y... — Repentinamente, a él no le disgusta la idea.

En realidad, tal como lo rumia en los últimos tiempos, ya las cosas no son como antes. Se acerca a los cincuenta, aunque aparente diez menos. Necesita de alguna estabilidad, alguien esperándolo en casa con la mesa servida y los calzoncillos doblados en las gavetas. Eso de comer a salto de mata y cargar los trapos a la lavandería y enfermarse y automedicarse sin saber ni lo que agarra del botiquín... Quizá, en parte, hasta sea un buen negocio eso de casarse. Aprovecha el momento para imponer a esta mujer unas condiciones caníbales, de usurero, ante las que ella alucina de felicidad:

Él: Mire, nos casaremos solamente luego de que nazca el niño, si es que ese asunto llega a feliz término.

Ella: Acepto.

Él: Con lo de mi negocio, el local, mis carros, mi casa, otras cosillas, quiero separación de bienes.

Ella: Acepto.

Él: Nada de trabajar en la calle, ir al culto, ni de visitas o cines, esos cursos...

Ella: Acepto.

Él: Quiero mi casa a punto, mi ropa limpia y planchada, la comida a la hora, nada de empleada, ni amigos en la casa o viejas husmeando.

Ella: Acepto.

Él: Y ni un reclamo por mis ausencias, llegadas o salidas. No aguantaré ni una sola cara larga por mis amigas.

Ella: Acepto.

Él: Ah! Y se me encarga usted solita del papeleo.

Elvira acepta, encantada. Ya sueña con su nueva vida.

**MARÍA ISABEL BRICEÑO ARMAS**

Venezuela

Twitter: [@isacuento](https://twitter.com/isacuento)



LA CABAÑA DE  
LA QUEBRADA DE  
LA CIEGA  
ROB UTOPIAS

Fede es tal vez el más alocado del grupo. Siempre con ideas sorprendentes. Con él la ruta se hacía breve siempre. Esta vez junto al Chueco y el Turco la acampada sería en una cabaña que el suegro de Fede tenía en medio del bosque en La Quebrada de la Ciega. Nadie supo nunca el origen de ese particular nombre para la Quebrada, estaba a tan solo unos trescientos kilómetros de la ciudad.

En un desvío de la ruta principal tomamos el serpenteante camino a través del bosque. La cabaña estaba a medio camino de la ruta y la cúspide del cerro. Unos diez kilómetros en medio de álamos y pinos con un piso tapado de hojarasca seca, piñas y pinocha. Arribamos a media tarde con tiempo suficiente para descargar la camioneta doble cabina, reconocer la cabaña y ver el terreno circundante. Disponíamos de un gran estar con hogar y leña suficiente, amplia cocina, baño, dos habitaciones en la planta y dos más subiendo los quince escalones al piso de arriba. Recorrimos todo, armamos las habitaciones. Con el Turco decidimos dormir en el piso superior. Una amplia ventana permitía ver el amanecer bañando las camas. Este dormitorio contaba con una puerta que no daba a ningún sitio. Al fondo del piso también había una escalera que solo daba a un rincón del techo sin salida. Fede nos contó que el arquitecto era un viejo alquimista que falleció al terminar la construcción de la cabaña.

Nos hicimos un festín con la comida preparada que llevábamos y ya llegaba la noche, cuando nos retiramos a descansar agotados.

Me sumergí en un profundo sueño hasta sentir un desgarrador grito en el interior del cuarto. Sobresaltados, con el Turco tomamos nuestras linternas, alumbrando hacia todos lados para encontrar de dónde era que provenía ese grito. El chirrido que hizo la puerta del techo al abrirse fue tan aterrador como el grito. Apuntamos la luz hacia el techo. Por más que nos esforzábamos la luz no alumbraba el fondo del túnel que se había descubierto sobre nosotros. Sonaban en su interior más dolorosos gritos. Todo indicaba que eran dos o más personas o animales que estaban siendo atacados, vaya a saber por qué maldita cosa. Tan sorprendentemente como el grito, empezó a caer sangre desde la puerta del techo y unos pasos se acercaron.

Salimos a todo correr del cuarto. Una voz desde la escalera nos dijo: —Hacia aquí. Corran rápido. Una ventana se abrió donde antes estaba el techo. Trepamos velozmente por la escalera y nos pasamos por la ventana. Con sorpresa nos vimos en medio del bosque. La hojarasca y la pinocha crujían a nuestro paso delatándonos.

Los pasos nos seguían pese a que éramos veloces y girábamos sin sentido para todos lados. Trepamos a un pino enorme sintiendo que los pasos estaban ya cerca. Allí en



el árbol una mano pálida, descarnada, me tocó el hombro y con el índice de la otra en los labios nos llamó a silencio. Las órbitas de sus ojos, huecas, dan razón al nombre de la quebrada. Los pasos se habían detenido muy cerca del árbol. Nosotros, temblando de frío y miedo, sumidos en total desconcierto, mirábamos a la Ciega que con su babeante y desdentada boca se acercaba cada vez más. Fue un reflejo que tuvimos con el Turco y, tomando de los brazos a la Ciega, la lanzamos al vacío. Un ruido sordo nos indicó el final de su caída contra el suelo del bosque. Rápidamente bajamos del pino para huir. No sabíamos dónde. Giramos la cabeza para ver dónde estaba la Ciega y vimos una masa oscura, sin forma, en la cual el cuerpo iba desapareciendo. Dentro de esa masa se oían aún gritos de dolor que suponíamos eran de nuestros amigos que habían quedado en la cabaña. En nuestra desesperada huida nos metimos en aguas cenagosas, hedían putrefactas. Al llegar a la orilla, desfallecientes, caímos al piso. De la nada surgió la masa oscura y se apoderó del Turco. Tomé su brazo para intentar rescatarlo pero fue en vano, se lo devoró en segundos. Los gritos de dolor del Turco eran espantosos. Tan grande fue el impacto que caí desvanecido a orillas del pantano.

Al amanecer el sol en mi cara logró sacarme del desmayo. Abrí los ojos para verme acostado en mi propia cama. El Turco se encontraba en la otra cama del cuarto. Ambos estábamos húmedos, olíamos fétidamente y teníamos hojas y pinocha en los cabellos y la ropa.

Desperté al Turco para ver como se encontraba, él nada recordaba de la noche pasada, mas le intrigaba ver sus ropas sucias y malolientes. Bajamos a ver a Fede y el Chueco que dormían plácidamente en el piso bajo. Al despertarse, les conté la experiencia de la noche en el cuarto. Hubo risas al principio, pero luego, al ver las pruebas de los sucesos, decidimos no quedarnos ni un minuto más en la cabaña.

Fede, como siempre impulsivo, decidió permanecer una noche más en ella. Nosotros nos fuimos en la camioneta y quedó allí solo en el cuarto superior a pasar la noche.

A la mañana siguiente no pudimos saber qué había sucedido. Fede, ciego, solo hablaba de una masa oscura en estado de total demencia.

Nunca más recobró la cordura y nosotros no pudimos convencer a las autoridades de lo ocurrido. Es así que purgamos penas de prisión por las heridas sufridas por nuestro amigo Fede.

El Turco y yo aún no sabemos qué ocurrió en la cabaña esa noche aciaga. El Chueco no se separa de un peluche que fue siempre su mascota y no recuerda nada. Se

comporta como un niño de pocos años.

**ROB\_UTOPIÁS**  
Uruguay  
Twitter: [@rob\\_utopias](https://twitter.com/rob_utopias)



# VESTIDO NEGRO

URIEL VELÁZQUEZ

BAÑUELOS

**-D**espierete, Señor G.  
Para Max Goodman no es fácil mantenerse despierto un lunes por la mañana. Ni cualquier día de la semana.

—¡Despierte Señor G!

Su mente vagó por un camino del cual se perdió ante tanta imaginación derramada por los faros que iluminan la carretera. Pero su jefe siempre construye un muro de piedras en mitad de la carretera cuando golpea la mesa. La vibración de tal golpe sacudió la barbilla de Max que yace en su escritorio. Esa vibración, también es el leve empujón que necesitó para ser aplastado por un muro de piedra que le caía encima.

—¡Con un demonio Señor G!, ¡Despierte! Más le vale entregar esas facturas antes del atardecer. Récele a su dios para que sea así. Juro que si le veo dormir de nuevo, me percataré que la próxima vez... ¡Usted dormirá acompañado de un perro viejo y un bote de basura lleno de sus mierdas en las afueras de mi edificio!

Y con un gran azote al cerrar la puerta, el Jefe Gordon abandonó la oficina.

Max, aún atontando por el despertar, hizo caso omiso a las advertencias. Solo escucho la puerta cerrarse.

Miró su calendario. El día tachado era el 3 de julio del año 2000. Miró su reloj y las manecillas le dijeron que eran las nueve de la mañana.

Se levantó de su silla para ver a través de la pared de cristal. Para su mala suerte, no pudo observar más allá de los demás edificios. Su deseo de ver una puesta de sol en las colinas, en las costas, lo mantienen en sueños, incluso en horas de trabajo.

Con 1883 facturas por revisar, Max apagó la computadora y salió de su oficina para darse un respiro.

Al salir de la oficina, Max tuvo cuidado de que nadie lo viera. Y así fue. Todos estaban ocupados dentro de sus cubículos, atendiendo llamadas de personas que debían dinero.

Conforme caminaba, se dio cuenta que los «¡Ring!» «¡Ring!» de los teléfonos, se colaron por su oído para incrustarse en su cabeza y rebotar para siempre. El «Tac Tac» de las teclas, golpeadas por más empleados, clavó pulsadas de sangre en sus ojos, los párpados le pesaron cada vez más.

Todo va bien, pero algo está mal en Max. Puede escuchar su respiración. Es monótono. Una espina que no puede quitarse, un ardor en la piel que no se va. Es... alguien que se levanta de su asiento para cortarle el paso.

Lo mira, y Max le mira a sus ojos. En ellos, ve el paisaje que soñó.

Aquella mujer dentro de un vestido negro, delgada, y de pelo castaño oscuro le invita un vaso con agua. Un recipiente de plástico blanco que Max golpea sin importancia alguna.

El vaso cayó en la alfombra de terciopelo de color café. La bella dama, que no pudo contenerse, limpió sus lágrimas con su vestido.

Max subió las escaleras para subir a la azotea. Incluso al estar arriba, aún hay ruido. Max solo quiere silencio. Cerró los ojos, y con su sueño y el rostro de la mujer en su mente, caminó hasta quedarse sin suelo.

—Despierte Señor G

Para Max Goodman no es fácil mantenerse cuerdo. Ni aunque dejara de escribir las noticias más locas para el periódico.

—Se ve tan lindo cuando duerme, señor G, pero esto es importante, no podrá creer lo que paso esta noche en una de nuestras calles.

Su mente es libre al escuchar la voz de su secretaria, tan cerca de su oído. Aquellos halagos son como presenciar el canto de un ángel que yace en lo más alto de una colina. Él, más que nadie, sabe que los enamorados viajan a ese lugar en secreto, solo para besarse. Él, y solo él, sabe que esos besos son las olas al golpear la costa.

—De acuerdo Max, dejaré esto por aquí, solo asegúrese de enviar la edición antes de las doce.

Y con un beso en la mejilla, la secretaria, Gabriela, lo abandonó.

Max sigue fantaseando, incluso tras el beso. Lo único que llegó a notar al despertarse, fue el lápiz labial en su mejilla. Esto lo supo gracias al reflejo de una de las esferas del péndulo de Newton.

Tomó su celular para ver la fecha y hora:

“10:15 AM. 3/07/00”

Se levantó de su sofá para ver a través de la pared de cristal. Una silueta que descendía en medio de la nada, lo sorprendió. Aquel hombre parecía que jugaba con su reflejo causado por los espejos de los edificios a su alrededor. Es como si una sombra tratara de esconderse en un mundo de luces. Pero ese suicidio no es noticia para mañana. Nunca.

Con una nota periodística pendiente, que narra la tragedia de la muerte de un hombre al ser aplastado por un muro, Max, sale de su oficina para darse un respiro.

Max se siente libre al caminar entre los cubículos donde sus compañeros trabajan.

Algunos de ellos, colgaron el teléfono para dejar la llamada en un «¡Rong!» «¡Rong!» Y cesaron los «Tic Tic» de los teclados, solo para tratar de entablar una conversación con su amigo.

Todo va bien, pero algo está mal en Max. Puede escuchar su respiración. Es monótono. Una espina que no puede quitarse, un ardor en la piel que no se va. Es...alguien que se levanta de su asiento para invitarle un café.

Max escucha a la mujer; en su voz, encuentra un infinito placer

Aquella mujer, dentro de un vestido negro, delgada, y de pelo castaño oscuro, mira como los labios de Max se sumergen en el negro del café.

—Dígame señorita, ¿La he visto alguna vez? Me resulta familiar. ¿Nos conocemos de alguna parte? Mi nombre es Max, por cierto.

La chica del vestido negro sacó un cigarrillo de su bolsillo. Lo encendió y comenzó a fumar.

—Oh sí, nos hemos conocido numerosas veces señor G, solo que usted sigue sin darse cuenta. Recuérdele como Dora, o mejor aún, como “Aquella figura”.

La mujer sopló y el humo del cigarrillo entro por las narices de Max para aferrarse a su mente.

Max notó un sangrado que provenía de su nariz. Sus manos comenzaron a temblar, por lo que ya no pudieron sostener la taza de café. Pronto, sus pies no pudieron con él. Y, como con simpleza, cayó al fino tapete azul.

—Buenos días, Señor G.

Para Max Goodman no es fácil recordar todo lo que ha pasado. Tampoco le es fácil dejar de ponerse pedo en las fiestas.

Su mente es oprimida por la voz robótica de su asistente. Es como sentir un impulso en el pecho. Como si una corriente eléctrica pasara por todo el cuerpo, mientras una voz, que solo hace su trabajo, exige que vuelva a la vida.

—Hoy es lunes. Usted tiene que comprar el periódico de esta tarde para su padre. Saldar las deudas que encontrará en la mesa, y comprarme nuevas baterías porque...

La voz de su asistente electrónica se distorsiona hasta apagarse.

Aún sigue crudo tras despertar, por lo que no se sorprendió al verse solo en la oficina.

Se levantó del piso. Max, a duras penas sabe en dónde está. Todo da vuelta dentro de su cabeza. Trato de ver a través del cristal en la pared para orientarse un poco, pero



solo la luna y las luces de las calles se hacen presentes.

Con responsabilidades por hacer, Max sale de su oficina.

Max intentó caminar entre las sombras. Fue cuidadoso al no pisar el vómito de los ebrios y alguno de sus cuerpos que yacen en el suelo. El edificio y todos ellos, duermen profundamente.

Todo va bien, pero algo está mal...en mí. No lo sé. No puedo escuchar su respiración, mi respiración. Es monótono, soy monótono. Ha sido el trabajo, creo que tengo uno, dos, tres, o ninguno. Bueno, malo, bien, no lo sé. Todo va bien pero algo va mal, no lo sé. Esta espina que no puedo quitarme, un picor que no se va, tengo muy poco tiempo para hablar, menos aún para hacer esto, hay algo que falla...es como aquella figura que me ve desde lo lejos, desde las sombras.

La miro:

“Piel pálida, pelo castaño oscuro, figura esbelta, todo negro. Una chica de vestido negro.”

Dora, sí, no. No lo sé. Tengo que preguntárselo. Necesito que ella se fije en mí.

Conforme me acerco a ella, me doy cuenta que puedo escuchar mi respiración. También me doy cuenta...De que creo amarla. Sé que es el tipo de persona a la que le puedes contar todo, sin importar que tan malo sea, y aun así, nunca dejara de amarte, porque te conoce. Aunque yo, nunca me perdonaré si le llego a faltar el respeto. Nunca jamás.

Ella se posa en lo más alto, arriba de los cubículos. La luz blanca que está por encima de su cabeza, ilumina su figura.

Quizás sea el poco alcohol que hay en mí, pero no tiene su vestido negro. En vez de eso, dos alas, de plumaje negro como la noche, envuelven su cuerpo desnudo.

Me mira. Creo que trata de decirme algo por la forma de su sonrisa; no lo sé. Es posible que ella no sepa que está aquí. Pero siempre la amare, en todas mis vidas.

Extiende sus alas, y comienza su canto. Su dulce voz no es la cima de una montaña, es ella por encima de todos los que viven y perecen.

Conozco la canción. Es la historia donde un mortal se reúne en secreto, con su destino. Una tragedia que está dispuesto a aceptar, porque se aman. Y nuestros besos no son el sonido de las olas al golpear. Su amor es un martillo, y mis labios simples tornillos que ella golpea en cada beso, para sellar mi ataúd. Mi perdición.

Epílogo.

Esta mañana desperté solo, en mi habitación. Realmente, no estoy tan solo.

Recuerdo que hace unas horas en el lobby del hotel en el que me encuentro, mi novia llegó a mí con un cálido abrazo. Recuerdo su respiración en mi cuello. Recuerdo susurrar su nombre en su oído seguido de un “Te amo”. Recuerdo, que ella viste como la noche.

Tomados de la mano, y atento a su plática, rentamos una lujosa habitación. La escogimos especialmente por su balcón, en el cual, se puede apreciar un hermoso paisaje acompañado de un atardecer.

Lo que no recuerdo, es el por qué discutíamos después de hacer el amor. Olvide las palabras, más no las imágenes que viví. Estaba enojado por algo, no...más bien decepcionado. Y ella, también. Fue la que más se tomó en serio esto, andaba de un lado a otro, buscando un respiro que pudiera dar. Se vistió únicamente con un vestido, y cruzo por esa puerta negra.

Ahora, varado en mi cama. No he apartado la mirada de la puerta por donde salió. Quiero acompañarla, hacerle entender mi error, que me perdone. Pero temo que al pasar esa puerta las cosas sean diferentes.

¿Algún día se cansaría de mi amor?

**URIEL VELÁZQUEZ BAÑUELOS**

México

Facebook: <https://www.facebook.com/uriel.velazquezbanuelos>



**CIERTO**  
**ATRACTIVO**  
**AGREGADO**  
**ZANDRO ZÁS**

Cuando Oscar vio a Luna sentada en el suelo de la cancha de básquet de la plaza de deportes del pueblo, con la espalda apoyada en el pie del aro, con la capucha puesta, los anteojos negros también puestos y temblando de frío a pesar del atardecer caluroso que azotaba la ciudad, dejó de lado toda timidez... no había lugar a dudas, una mujer como aquella merecía todo tipo de catedrales, por Luna se ponían en duda imperios enteros. Las guerras no se libraban porque ella lo quisiera, sino por si tal vez lo quería.

Luna...la magnitud de su femineidad lo justificaba todo.

Oscar llegaba al centro desde una caminata a orillas del río, por la calle de tierra que corría paralela a este. En los últimos días había saldado algunas pequeñas deudas pendientes con su cabeza. Hoy había escuchado unos cuantos rocanroles, ya se había sacado los auriculares al entrar a la ciudad y los llevaba colgando del cuello; también se había tomado dos latas de cerveza, la última prácticamente tibia, bastante insulsa... una de tantas lager con más reputación que personalidad. Se disponía a pasar por el Bar, tomar un café en la barra y, con un poco de suerte, encontrarse con el Tipo que Espera. Era bastante probable que en un día de calor tan intenso, y siendo ya casi de noche, estuviera allí... esperando. Lo había cruzado hace un par de semanas mientras él salía del Bar y El Tipo que Espera entraba, y le había dicho que tenía algo que le iba a interesar mucho:

—Hola Oscar. ¡No te imaginás el libro que encontré! Te va fascinar. Por ahí te lo puedo prestar... mejor no. Te lo muestro y listo. No te lo presto nada, al menos por unos meses... después vemos.

—Bueno, me quedo y me mostrás.

—¿Adónde te vas?

—A lo de mi novia... pero me puedo demorar un poco.

—Mejor no, andá... pero pasá antes por la feria, por el puesto del artesano nuevo, el rubio medio idiota... el de pelo largo.

—Y por qué habría de...

—Vos pasá. No pares ni nada. Solo andá al puesto del hijo de Tridente, él te va a estar esperando. Desde allí vas a ver todo. Y... después te venís para acá y vemos.

—Mierda. Voy. Pero no me esperes. No vuelvo. Nos vemos mejor otro día. ¿Y qué libro tenés? Ahora decime.

—Jamás. ¡Cuando lo veas te vas a caer de culo! Andá, solucioná eso y después nos encontramos y nos tomamos unas cervezas... y te muestro...

—No voy a solucionar nada. Voy, miro y desaparezco.

—Sabio mi pequeño amigo... solo te hace falta depurar el arte de esperar y sos un ser evolucionado.

—Para eso estás vos... gracias por el dato.

—Recordá que el hijo de Tridente te espera, no te mandes de una.

—Chau. Nos vemos.

Y así Oscar salió del Bar, El Tipo que Espera entró y la puerta de vidrio se cerró.

Una vez en la feria, desde el puesto del hijo de Tridente pudo confirmar que su novia estaba en el puesto del Visitante. El hijo de Tridente le confirmó que había estado allí toda la tarde. Oscar no permaneció allí mucho tiempo, se despidió del hijo de Tridente y se fue. Compró un regalo de despedida, al otro día, de noche se lo llevó a su novia y no la vio más.

Hacía una semana que luego de salir del colegio emprendía una caminata a orillas del río, no le llevaba más que un par de horas; a veces se demoraba un poco más, a veces un poco menos. Luego volvía al pueblo y encaraba la noche. Esta caminata le generaba la sensación de que se ordenaban ciertas cosas en su cabeza, era muy placentera, caminaba tranquilo, escuchaba música por los auriculares, cada tanto se los sacaba para escuchar el ruido del río corriendo a su lado, y cuando empezaba a sentir un leve cansancio en sus pies su cabeza parecía estar un poco más ordenada, más liviana. Dos días antes, en la cuarta o quinta caminata, al retornar, había hecho un ranking.

En estos días lo que hacía era caminar hasta cierto lugar, siempre el mismo, en el que entre la calle y el río había un espacio más grande, una especie de estacionamiento natural; de hecho a la noche habitualmente ahí paraban autos y, a veces, allí se juntaban algunos de sus compañeros de clase a escuchar música, tomar, drogarse y esperar el amanecer. Bueno, una vez que llegaba allí se sacaba los auriculares, abría una cerveza y volvía sobre sus pasos. El retorno generalmente implicaba algún ejercicio mental, ya no bastaba solo con la música. Y hace dos o tres días ese ejercicio fue construir una lista de las mujeres más lindas del pueblo. Había definido cinco ítems a puntuar. Personalidad, rostro, tetas, culo, andar. El andar de una mujer, según su entender, era importantísimo. Le daba dos puntos a cada ítem y listo, cuatro era insuficiente, cinco apenas suficiente y diez... Las participantes debían tener al menos dieciséis años y no más de treinta y cinco. La única que había logrado diez era Luna. La que le seguía, digna rival y un ejemplar destacadísimo del género femenino, había puntuado ocho, y debía reconocer que le había adjudicado dos puntos en personalidad...lo mismo que a Luna, reglas que había que respetar, pero obviamente Luna era muy superior en personalidad... y en su andar; si

hubiera definido que a cada ítem se le otorgara un máximo de cinco o diez puntos, la diferencia sería abismal. La novia de Tridente era sin lugar a dudas la mujer más hermosa que caminaba por esas calles. Y Tridente el tipo más desquiciado...

La silueta de Luna sentada permanecía inmóvil con los antebrazos apoyados sobre sus rodillas y, si no fuera por el rápido y rítmico movimiento de uno de sus pies que golpeaba permanentemente contra el suelo, Oscar hubiera jurado que estaba dormida. Oscar no apuró el paso, simplemente siguió caminando a la misma velocidad, pero cambió de dirección; desde la vereda de la plaza apuntó hacia Luna y se dirigió en diagonal hacia ella. Estaba lanzado, no había vuelta atrás.

La última vez que había estado con Luna y Tridente fue en el Bar, Luna tomaba cerveza y hablaba mucho, Tridente tenía un cigarro puesto entre la oreja y la cabeza, la única parte de su cabeza en la que tenía el pelo rapado. En ese momento pensó que no le extrañaría nada que la única razón por la que se rapaba el pelo a los costados fuera para usarlo de apoya-cigarros. Tenía un vaso de whisky sin hielo apoyado en el mármol de la barra, con el que jugaba moviéndolo de un lado a otro con sus dedos. Las otras tres personas que estaban con ellos, o mejor dicho que los rodeaban, incluyendo el dueño del Bar del que los separaba la barra, permanecían callados mirando y escuchando a Luna, casi absortos. Entró al Bar con tres libros bajo el brazo, menos de la mitad de las mesas estaban ocupadas, pero toda la acción se encontraba en la barra; esa reunión lo intimidó bastante por lo que apenas traspasó la puerta se dirigió al baño, una vez adentro se apoyó en el lavado, se miró al espejo, se lavó las manos, para hacer esto tuvo que apoyar los libros sobre la cisterna, y luego de secárselas con un par de toallas de papel salió y se dirigió hacia la barra. Cuando llegó solo Luna lo miró, lo miró y dijo: —Hola Oscar.

Y siguió hablando, habló, y habló, y habló...

Habló de la sincronía de las ideas, habló de la rigidez relativa de la poesía y habló de la limitación del lenguaje... menos mal que el lenguaje era limitado, sino se derretirían los polos y Luna seguiría hablando. Por su parte, él podía pasar la eternidad que no habitaba escuchándola, podía morir escuchándola, podía... vivir escuchándola.

Luego de unos minutos Tridente, sin mediar palabra, le tocó el hombro y muy suavemente lo empujó colocándolo en el lugar en el que él se encontraba, para así salir de la reunión y dirigirse al baño. Luna lo miró, sin dejar de hablar, le sonrió y siguió hablando. Sintió inmediatamente el odio de los otros dos. El dueño del Bar puso whisky en el vaso vacío de Tridente y lo miró con amabilidad.

—¿Qué vas a tomar Oscar?

Oscar miró el vaso recién servido de Tridente, miró al dueño del Bar y, lentamente, pronunció la palabra cerveza.

—¿IPA tirada?

Oscar sonrió y asintió levemente con la cabeza.

Al volver Tridente del baño, los otros dos oyentes de Luna se movieron de forma apresurada, dejándole espacio, pero Tridente se paró en el lugar exacto que Oscar dejó al alejarse un poco de la barra. Otra vez odio colectivo... otra vez bienestar.

Tridente le extendió los tres libros que había dejado en el baño, y habló. Luna paró de hacerlo justo dos segundos antes.

—Te olvidaste de estos muchachos en el baño, sobre la cisterna. Me tomé la libertad de disfrutar de uno de ellos.

—¿Tan rápido lo leíste?

Cuando terminó de formular esta pregunta notó la ironía y la sonrisa de Tridente. Miró los libros y advirtió que el volumen de tapa dura de Historia Universal de la Infamia de Borges era el de la parte superior de la pila. Los otros, dos volúmenes de tapa blanda de Franny y Zooey de Salinger y Diez (posibles) causas para la tristeza del pensamiento de George Steiner, completaban la pila y estaban por debajo de Historia...

—Hay más de una manera de disfrutar de los libros, querido Oscar.

Por supuesto, nunca pensé que fueras un tipo unidimensional a la hora de disfrutar la literatura...

—Siempre opiné que Borges es un viaje...

—¿De ida?

—Los viajes son viajes, las idas y vueltas son interpretaciones de los viajeros, el viaje es el mismo.

—Siempre pensé que el viaje es siempre distinto...

—El que es siempre distinto es el río... y los viajes, en plural. El viaje en cuestión, sea cual sea, es uno.

—De acuerdo. En este caso Borges sería el viaje.

—Y la tapa de tu hermoso libro la barcaza.

—Te agradezco que la hayas limpiado.

—Un buen vikingo deja el barco en condiciones luego de navegar.

Luna se acercó, besó a Tridente en la comisura izquierda de los labios y le pasó las puntas de los dedos por los orificios de la nariz, como limpiándole con ternura los restos imperceptibles de un polvo blanco que no se veía. El dueño del Bar sonreía y los otros



dos miraban sin entender nada. A partir de ahí fue un diálogo de tres, con Tridente hablando a 150 kilómetros por hora, Oscar escuchando y apoyando o cuestionando oportunamente y Luna sonriendo, a veces riendo abiertamente, y abrazando a Tridente y asintiendo cuando Oscar hablaba. El recuerdo del final de esa noche es bastante confuso, luego de mucho hablar salieron del Bar, el dueño le dio a Tridente la botella de whisky por la mitad, a Luna una caja de cigarros y a Oscar una botella de cerveza. Cuando Oscar quiso pagársela le hizo una seña con la mano deteniéndolo, y les dijo: —Que tengan una buena noche.

Ya en la calle, todo se vuelve más fragmentado, imágenes, frases, risas. Tridente ya con el aerosol en una mano y la botella de whisky en la otra, Luna con un cigarro entre los labios y riendo. Tridente caminando por encima de un auto, la alarma que se suelta y los tres que corren. Luna bailando bajo la luz de un foco sobre un enorme tacho de basura. Oscar sentado sobre el cordón de la vereda mirando como Tridente ataca con el aerosol negro una pared, mientras Luna está parada a su lado sonriendo y leyendo lo que escribe. Tridente y Luna abrazando a Oscar absolutamente borracho y tambaleante, uno de cada lado, abriendo la puerta de la casa de sus padres y ayudándolo a entrar. Y al otro día la resaca... y un bienestar enorme, y más resaca.

Recién al llegar al lado de Luna, Oscar percibe que, además del movimiento del pie, está temblando de frío. Luna lo mira desde abajo, se saca los lentes, deja al descubierto las ojeras más hermosas que Oscar haya visto o imaginado en su vida.

Oscar se agacha frente a Luna, apoya su mochila en el piso, la abre y saca una campera de cuero negra. Con ambas manos la coloca sobre los hombros de Luna. Ella lo mira, esboza una sonrisa, suspira, mira el suelo, lo vuelve a mirar, una mirada profunda y limpia... y pronuncia las palabras:

—Un tipo que aparece en el momento justo tiene, necesariamente, cierto atractivo agregado. Hola Oscar.

Y Oscar dijo todo lo que su lucidez momentánea, luego de escuchar aquello, le permitió decir:

—Hola Luna.

**ZANDRO ZÁS**  
Uruguay

Blog: [www.letrasquemuerden.wordpress.com](http://www.letrasquemuerden.wordpress.com)

Twitter: [@LetrasqMuerden](https://twitter.com/LetrasqMuerden)

Facebook: [www.facebook.com/zandro.zas](https://www.facebook.com/zandro.zas)



# EL NOMBRE

## ALFÉIZAR

**E**sa tarde llegó en su carro, nada llamativo por cierto, hasta el lugar de siempre. —Rutina feliz de cada viernes a las cuatro y diez. —decía para sí. ¿Rutina o necesidad? Lo cierto es que, cumplidamente, asiste a esta cita, desde hace dos meses. —Dos meses ya... Cómo pasa el tiempo —reflexionó.

En efecto, era lo transcurrido desde la primera vez que la había visto, una tarde como cualquiera; pero encontrarla, hizo la diferencia aquel 16 de marzo, caluroso, seco, polvoriento.

Como de costumbre, estacionó su vehículo y descendió sin ocultar la ansiedad del momento. Allí estaba ella, junto al semáforo, esperándolo; sin demostrarlo, sin comunicarlo, sin hacerlo evidente.

Al advertir quien había llegado, vistió su rostro con una sonrisa espontánea, sincera, feliz. Apuró la marcha, llevando una carga preciosa entre las manos, en procura de su encuentro. Se detuvieron, uno frente al otro.

Él, alto, maduro, intelectual, con su cabello largo y desordenado; sus ojos detrás de unos gruesos anteojos, vestido con un saco gris, sin gracia aparente y una camisa amplia, blanca, plana. Ella, delgada, con un vestido florido, muy usado; su cabello castaño recogido, hermosos ojos miel que enmarcaban un rostro juvenil, pero con sombras de tristeza, de soledad, de abandono, de privaciones.

Le entregó aquel puñado de rosas blancas que había escogido, muy temprano y que había preparado, muy temprano, con dedicación, agua fresca y unos besos furtivos que se hicieron invisibles al posarse sobre la delicadeza de sus pétalos.

Sonrió complacido, nervioso. Lo recibió y sintió el roce suave de unos dedos ajados, maltratados. A su vez, le entregó un puñado de billetes, ajados, maltratados y ella sintió el roce de los dedos de él; suaves, cuidados.

—Gracias —dijo él. La vendedora de rosas no respondió. Simplemente, buscó sus ojos con los suyos y una mirada ávida de afecto, de dulzura, de atención. Él, rehusó la invitación y tímidamente, prefirió posar su mirada en los besos invisibles que adornaban los pétalos blancos, aprisionados entre sus manos temblorosas.

—Lléveme con usted, por favor —dijo ella, de repente— Quiero conocer su mundo, ser parte de su vida, que usted sea mi vida. —imploró.

Él, confundido, sin saber qué palabra articular, sintiendo que su corazón latía sin piedad, con una expresión de infinita sorpresa, preguntó: —Pero, ¿cómo? ...¿Cómo me dices eso, si ni siquiera conoces mi nombre?

Ella sonrió con ternura y luego de un corto suspiro, respondió: —Sí, yo sí sé su nombre. Usted se llama, Amor...

**ALFÉIZAR**

Colombia

Twitter : [@Al Feizar](https://twitter.com/AlFeizar)

Blog : <https://al-feizar.tumblr.com/>



**LA GOTA**

**ANA MARÍA**

**CAILLET BOIS**

**E**l aire dormido en el jardín espera...  
De pronto se despierta en un callado silencio.  
Cae con fuerza, las calles de tierra se vuelven lodo.

Salgo a chapotear bajo la lluvia, siento el barro pegado a mis zapatos recién lustrados.

Necesito llenarme de gotas: gordas, grandes, de seda, pero, una gotita chiquita, traviesa, cae por mi flequillo y se posa en mi nariz, me hace cosquillas. De un solo salto certero se instala en mi boca.

Trato de no hablar, no quiero que se muera, pero el temblor de mis labios cuando me besa me llena de una algarabía gozosa.

Recorre mi cuerpo con pereza y cae transparente, distinta.

La sigo, llega a la esquina, dobla a la derecha, corre hacia el jardín y salta mansamente entre las rosas.

Me alejo, siento un cosquilleo de miedo, la pequeña gota me sigue, trepa a mis zapatos recién lustrados, recorre mi cuerpo, besa mis labios, se posa en mi nariz y se esconde en mi flequillo. Lo usa de trampolín y se va nadando por las calles de mi pueblo.

**ANA MARÍA CAILLET BOIS**

Argentina

Facebook: [www.facebook.com/ana.cailletbois](https://www.facebook.com/ana.cailletbois)



# PUBLICAR EN EL NARRATORIO

## ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL

Invitamos a escritores (Género Cuento) a formar parte de nuestro próximo número. Los cuentos podrán ser o no inéditos, deberán estar escritos en castellano y su extensión deberá ser menor o igual a 2.000 palabras.

El tema es libre.

Las obras deberán enviarse por correo electrónico en archivo adjunto, formato word con asunto

REVISTA DIGITAL EL NARRATORIO Nro 16 a:

[elnarratorioblog@gmail.com](mailto:elnarratorioblog@gmail.com)

Deberá incluirse en el cuerpo del mail, nombre y nacionalidad de los autores y enlaces a sus páginas web y/o redes sociales.

La publicación estará protegida con Creative Commons 3.0, donde se puede copiar, distribuir y comunicar libremente la obra sin fines comerciales ni obra derivada, reconociendo el crédito de los autores y la revista.

Fecha límite: 31 de mayo de 2017.-

**EL NARRATORIO**  
blog



**E** L NARRATORIO  
D I C I O N E S



# EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL  
AÑO 2 NRO 15 MAYO 2017



AGUILAR QUINTERO ALDONATI ALFÉIZAR ANDALUZ QUEIROLO  
BRICEÑO ARMAS CAILLET BOIS DI LORENZO FEDERICI GÓMEZ D  
GONZÁLEZ MAGGIANI GOÑI CAPURRO LATTANO LERNER MANGEDA  
MARCHESKY MARTINEZ VENTURA MATERAZZI MORALES MORZILLI  
OLASAGASTI OLIER ARENAS PÉREZ PRADO SAONA ROB UTOPIAS  
SA SALCOVSKY SALDIVAR ROSAS TORTOSA UBILLÚS CELI  
VALENCIA VELAZQUEZ BAÑUELOS VICTORIANO VILLALOBOS ZAS

ISSUU: [WWW.ISSUU.COM/ELNARRATORIO](http://WWW.ISSUU.COM/ELNARRATORIO)

BLOG: [WWW.ELNARRATORIO.BLOGSPOT.COM](http://WWW.ELNARRATORIO.BLOGSPOT.COM)

FACEBOOK: [HTTPS://WWW.FACEBOOK.COM/EL.NARRATORIO/](https://WWW.FACEBOOK.COM/EL.NARRATORIO/)

TWITTER: @NARRATORIOBLOG

E-MAIL: [ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM](mailto:ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM)

[ELNARRATORIODIGITAL@GMAIL.COM](mailto:ELNARRATORIODIGITAL@GMAIL.COM)